

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
PROGRAMA DE ANTROPOLOGÍA

ÁREA DE SALUD, CONOCIMIENTOS MÉDICOS Y SOCIEDAD
LÍNEA DE SALUD MENTAL, CONFLICTO Y VIOLENCIA

**MEMORIAS, EXPERIENCIAS Y TRANSFORMACIONES CORPORALES EN LA
GUERRA Y EN LA REINCORPORACIÓN DENTRO DE LAS FARC-EP EN EL
ETCR DE ICONONZO**

Presentado por

MATEO MORA MOLINA

Tutores

JOSÉ GABRIEL ZAPATA GARCÍA

CLAUDIA PATRICIA PLATARRUEDA VANEGAS

CARLOS IVÁN MOLINA BULLA

Bogotá, septiembre de 2020

Tabla de contenido

1	<i>CAPÍTULO 1: CONFLICTO ARMADO Y PROCESO DE REINCORPORACIÓN. RECONOCIENDO EL ETCR.</i>	10
1.1	Cifras y retos en la reincorporación hacia la paz.....	10
1.2	Transitando los espacios de la reincorporación Farc en Icononzo, ETCR La Fila, antigua ZVTN Antonio Nariño.....	19
1.3	Historias que convergen en el ETCR, infancias marcadas por la crudeza de la precariedad, la guerra y hoy la apuesta por la paz.	24
2	<i>CAPÍTULO 2: CORPORALIDADES COLECTIVAS EN TRANSFORMACIÓN</i>	30
2.1	Memorias de la insurgencia. Construcciones corporales colectivas para la guerra. 31	
2.2	La vida en la guerrilla más allá del combate, otros escenarios colectivos.....	49
2.3	Transformaciones corporales colectivas en la reincorporación	56
3	<i>CAPÍTULO 3: TRANSFORMACIONES COTIDIANAS. MEMORIA COLECTIVA EN ESPACIOS Y SITUACIONES CAMBIANTES</i>	69
3.1	Día a día en Icononzo. Nuevos retos y nuevas posibilidades	71
3.2	Memoria colectiva que se manifiesta en la cotidianidad, voces que buscan ser escuchadas	88
4	<i>REFLEXIONES FINALES</i>	92
5	<i>REFERENCIAS</i>	98

INTRODUCCIÓN

Colombia se encuentra actualmente en un proceso de implementación del Acuerdo de Paz entre el estado y las otrora Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), dicho proceso atraviesa y atravesará varios obstáculos. Los excombatientes de las Farc fueron ubicados en diversas zonas del país y hoy la ruta de reincorporación de los que siguen en el proceso presenta múltiples matices.

El Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR) de La Fila, en Icononzo, donde se encuentran algunos excombatientes Farc en proceso de reincorporación no es la excepción a tales particularidades. Hoy en día se encuentra cerrado, por la eventualidad de una pandemia mundial que no los hizo ajenos.

En el ETCR comparten entre 100 a 120 excombatientes, que permanecen en la infraestructura construida por ellos y ellas mismas, llevando a cabo en la medida de lo posible proyectos productivos que se pactaron en el Acuerdo Final, con los que se espera puedan reincorporarse laboral y económicamente a la vida civil.

La presente investigación está situada en ese lugar, en donde se indagó por la experiencia corporal de estos sujetos en escenarios pasados, como lo fueron zonas inhóspitas de la geografía colombiana en donde vivieron en la insurgencia y la clandestinidad, y en dónde también se enfrentaron al estado y sus fuerzas e instituciones militares en combates a muerte.

En la actualidad el escenario es distinto, ya que los excombatientes deben enfrentarse a nuevas prácticas cotidianas, nuevas rutinas y nuevos quehaceres, que, como se verá, atraviesan el cuerpo constantemente, pues la existencia en sí misma es corporal, y las experiencias por las que atraviesa una persona quedan inscritas en el cuerpo de variadas formas. Tanto en un cuerpo físico, netamente anatómico, como en la constitución de un cuerpo emocional, mental o espiritual.

El análisis, por tanto, tiene que ver con qué sucede hoy en día, en la reincorporación, con la situación de esa colectividad imperante en tiempos pasados, donde el régimen militar

así lo exigía, y cómo el nuevo escenario plantea las mismas o nuevas posibilidades de construcción corporal en el ETCR actualmente.

El presente ejercicio investigativo pretende exponer las relaciones e interacciones de seis excombatientes, así como sus memorias y experiencias pasadas, situadas en un contexto, primero de guerra, entre otros, y luego en el concerniente al proceso de reincorporación. Para esto se parte de una serie de conceptos referentes, tales como: cuerpo, memoria, experiencia, subjetividad, cotidianidad e individualidad/colectividad. Estos conceptos no son abstracciones inamovibles, por el contrario, cumplen la función de una bisagra, es decir, son la puerta de entrada a la comprensión del fenómeno, pero, a su vez, se pueden mudar por otros, se pueden resignificar o criticar, o pueden aparecer de modos insospechados en diversos espacios.

En primer lugar, el concepto de *cuerpo* será entendido como una construcción social y requisito de identificación social, que sitúa y da pertenencia. El cuerpo es un producto de diversos conocimientos y discursos que están sujetos al cambio. Éste no es más que un proyecto siempre inacabado que incide en la forma de relacionarse con los demás, crea o no vínculos y representaciones en un contexto dado, y, a su vez, puede convertirse en creador de subjetividades e identidades (Lupton, 2012).

La *memoria* será comprendida como un modo de producir significados (Castillejo, 2009), identidades o subjetividades colectivas y de la experiencia singular. La memoria también es una reelaboración y construcción de experiencias de la cotidianidad, en la que confluyen un pasado y un presente en la construcción de un posible futuro (Salcedo y Salazar, 2010).

La *experiencia* será vista como un elemento que configura, estructura y transforma diferentes expresiones humanas (Valenzuela, 1997). Como tal, la experiencia no es inmediata ni estable, por el contrario, es constantemente cambiante, y está estrechamente relacionada con sucesos o etapas vividas por sujetos particulares en momentos determinados.

La *subjetividad* será comprendida como una categoría que ayuda a pensar la realidad social, y la forma en que los sujetos reelaboran y reconstruyen experiencias de y en la cotidianidad, por medio del lenguaje y del cuerpo. La subjetividad guarda una estrecha relación con la identidad, con los valores y con vínculos de cada quién. Ella se constituye como una dimensión de la vida, tanto individual como colectiva, ya que permite significar experiencias y construye sentidos de identidad y de pertenencia (Lara, 2010).

La *cotidianidad* será entendida como la experiencia de la existencia humana, como un movimiento reflexivo que regresa a un mismo punto de partida. La cotidianidad hace alusión a niveles y dimensiones que tienen que ver y están relacionados con la existencia diaria de los sujetos (Giannini, 2004). Ella permite comprender lo que pasa todos los días, cuando no pasa nada nuevo. No obstante, la novedad, entendida como ruptura, es lo que también interesa indagar en esta investigación, a partir del concepto de lo cotidiano.

Finalmente, se encuentran los conceptos individualidad/colectividad, que se analizan a partir de las diferencias encontradas en el trabajo de campo y en los anteriores procesos de reinsertión y reintegración, hoy reincorporación. Por un lado, está el concepto de colectividad, que hace alusión a la importancia que asume un grupo homogéneo respecto a un individuo, como lo es la exguerrilla de las Farc, por la cual se está dispuesto a entregar la vida.

Por su parte, el concepto de individualidad, más vinculado a los anteriores procesos de reinsertión y reintegración, en el que los excombatientes emprenden el camino de resocialización por su propia cuenta, como ocurre nuevamente con los desertores de los ETCR a nivel nacional y que no se encuentran en las Nuevas Áreas de Reincorporación.

De esta forma, en el primer capítulo el texto expone un contexto general del proceso que se ha llevado a cabo desde la firma del Acuerdo de Paz, con cifras de instituciones encargadas para la verificación de lo pactado. También se presenta el espacio donde se lleva a cabo la reincorporación en Icononzo, Tolima, y a los seis excombatientes que compartieron amablemente sus memorias de ingreso a la organización, sus años en la guerra y en el monte con el colectivo, y sus experiencias en la actualidad.

En el segundo capítulo, se ahondará en cuanto al ingreso y los años en el conflicto en relación con el uso y la concepción de la corporalidad y de la experiencia narrada desde el cuerpo por los excombatientes. Una corporalidad que fue construida para la guerra, una corporalidad guerrera moldeada desde y para el colectivo.

Posteriormente se analizarán también otros escenarios en el conflicto distintos al combate, momentos de alguna distensión y en los que se compartía y se conocía a los camaradas desde otro ángulo, distinto al de la guerra. Ambos espacios, tanto los combates como los momentos de distensión hablan del lugar de la colectividad en la guerra y en la insurgencia, y como a partir de ésta se fundamenta la configuración corporal en estos contextos para los excombatientes.

Se hace relevante entonces el concepto de colectividad, cómo esta moldeó y construyó la experiencia y vivencia del cuerpo de los excombatientes. También el concepto de memoria inscrita en el cuerpo, que juega un papel clave entendiendo que se quiere dar voz a los sujetos que vivenciaron el combate en carne y hueso, visceralmente, fueron sus cuerpos y sus mentes las que estuvieron presentes en la guerra colombiana, por lo tanto, es menester de la investigación presentar esas memorias con relación a la cotidianidad actual y las transformaciones que puedan surgir.

Para el tercer capítulo, es el concepto de cotidianidad el que adquiere relevancia, ya que es en el desenvolvimiento diario de los excombatientes, en el compartir actual, ya no únicamente con sus camaradas, sino con la población civil y con el enemigo del pasado, encarnado en la policía o las instituciones militares que acompañan el proceso de paz, en donde se hace manifiesta la transformación y los retos constantes que los excombatientes y sus cuerpos, diseñados para el contexto de la insurgencia, deben sobrellevar.

Es allí, en las nuevas prácticas, nuevas rutinas, nuevos escenarios que plantea la reincorporación para la población Farc, desde donde se analizan esas corporalidades acostumbradas a prácticas y rutinas de la guerra, así como las posibles tensiones que puedan surgir en el escenario actual, en los usos cotidianos de las corporalidades de las y los excombatientes.

Por medio de este análisis se plantea el fortalecimiento de algunos escenarios y espacios para exintegrantes Farc en reincorporación, que puedan brindarles herramientas para llevar a cabo este proceso colectivo que plantea el Acuerdo Final, desde la transformación cotidiana de sus corporalidades, por medio de la expresión y la visibilización de sus memorias colectivas, unas memorias colectivas corporales.

El momento actual de transición enfrenta a Fernando, al “Abuelo”, Juan, “Gato”, Valentina y Janeth, y al resto de excombatientes Farc en proceso de reincorporación a nivel nacional, a un modelo o ruta institucional que podría ser denominada como DDR. Desde el año 2003 se utilizaban los conceptos de reinserción y reintegración para el proceso con exintegrantes de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Hoy en día esta fase se denomina reincorporación (Conpes, 2018) en parte gracias a que el modelo DDR y los antiguos procesos de reintegración y reinserción han sido discutidos desde Farc y modificados conjuntamente entre excombatientes y el estado.

Según el documento de la Política Nacional para la Reincorporación Social y Económica de exintegrantes de las FARC-EP -Conpes 3931 de 2018-, la actual ruta de reincorporación pretende reincorporar en lo social, político, laboral y económico a los excombatientes, tanto en un plano individual como colectivo. Este proceso se plantea a largo plazo, a diferencia de la reinserción, y se espera que haya una atención tanto individual como colectiva.

La ruta de reincorporación plantea entonces fortalecer la colectividad Farc en los ETCR con fines económicos, políticos y sociales, sin embargo, como se verá, con el paso del tiempo la relevancia y el estado del grupo se torna cambiante y muchos excombatientes deciden emprender su propia reincorporación de manera individual, o se establecen en nuevos espacios de reincorporación como las Nuevas Áreas de Reincorporación (NAR), distintos a los ETCR. Por tanto, si se comprende al cuerpo como un agente político y como contenedor de subjetividades, con experiencias e identidades (Ferreiro, 2002), también se podría considerar relevante el preguntarse sobre la transición de esa noción de la colectividad

imperante en la guerra desde el cuerpo hoy en la reincorporación, escenario que plantea contextos donde la individualidad puede tomar más preponderancia.

A su vez, se reconoce que el cuerpo dialoga constantemente con un contexto social e histórico, y cuenta historias a través de expresiones o sensaciones. No es una unidad fija ni estable, se transforma constantemente. Por tanto, la reincorporación abre un abanico de posibilidades en torno al estudio y la comprensión de este proceso desde las corporalidades de los excombatientes.

Mediante su análisis se puede abordar la reincorporación desde quién la asume y desde quienes vivieron el conflicto en carne propia. Son ellos y ellas quienes se ven enfrentados diariamente a ese nuevo contexto, a un nuevo aprendizaje, una nueva realidad, con quizá nuevas reglas de convivencia.

De esta forma y con ayuda de los anteriores conceptos, se pondrá en discusión la implementación de la reincorporación acordada en el proceso de paz desde los cuerpos de los excombatientes, reconociendo que elementos como la corporalidad no son abordados completamente en una ruta institucional que homogeniza y simplifica la complejidad de un conflicto armado y un proceso de reincorporación a la vida civil.

También, el hecho paradójico de que la ruta institucional de la reincorporación abogue por una reincorporación colectiva, por el fortalecimiento del cuerpo colectivo Farc en temas laborales, económicos, políticos y sociales. Sin embargo, la realidad muestra que los excombatientes están dejando los ETCR a nivel nacional para establecerse en núcleos familiares o en grupos más pequeños, para conformar disidencias y volver a la insurgencia o simplemente establecerse en nuevos territorios clandestinamente para que no los maten impunemente.

Así, el cuerpo será visto como un agente político, como contenedor de memorias y experiencias en la guerra, como experiencia corporal que se manifiesta y se transforma cotidianamente. Por tanto, será tema de indagación el cómo manifiesta la corporalidad de los excombatientes haber vivido el conflicto, y estar viviendo hoy en día la reincorporación.

Esas experiencias narradas por seis excombatientes desde sus cuerpos serán abordadas desde estos dos escenarios, la guerra y la reincorporación. Así, permitirán indagar sobre cuerpos que hicieron parte de un combate a muerte y que huellas dejó este escenario, posibles tensiones o ventajas para la experiencia y configuración actual de esas corporalidades y que relación tiene lo anterior con una colectividad hegemónica que actualmente también se transforma.

Lo anterior tiene que ver con cómo adaptar el cuerpo al contexto actual, como comportarse frente a la reincorporación, frente al estado de la colectividad, frente a los camaradas y los enemigos del pasado. Cómo establecer nuevas relaciones y nuevos vínculos con los anteriores actores y que tiene que decir el cuerpo al respecto.

1 CAPÍTULO 1: CONFLICTO ARMADO Y PROCESO DE REINCORPORACIÓN. RECONOCIENDO EL ETCR.

El conflicto armado ha estado presente en nuestro país por un tiempo considerable y se espera llegar a su fin como consecuencia del proceso de paz adelantado entre el expresidente de Colombia (2010-2018), Juan Manuel Santos Calderón y Rodrigo Londoño Echeverri, alias Timochenko, máximo jefe de la extinta guerrilla¹. El acuerdo de paz se firmó el 24 de noviembre de 2016, luego de un proceso de diálogo adelantado en la Habana, Cuba.

En términos generales, en el presente capítulo se describe un contexto del proceso de reincorporación actual, identificando algunas tensiones y retos por los que han transitado y transitarán los excombatientes.

En segundo lugar, se da cuenta de uno de los espacios en donde se encuentran hoy en día excombatientes Farc que siguen apostándole a la reincorporación. Esta población se encuentra ubicada en uno de los denominados Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación, que anteriormente se conocían como Zonas Veredales de Transición a la Normalización (ZVTN), en Icononzo, Tolima.

Finalmente, en tercer lugar, se presenta a los excombatientes del texto y algunas de sus características. Gracias a su aporte y a través de la narración de sus diversas experiencias, permitieron adelantar la presente propuesta investigativa.

1.1 Cifras y retos en la reincorporación hacia la paz.

La historia de los distintos procesos de paz en Colombia ha sido de largo aliento, teniendo múltiples altibajos, con mesas de negociación, preacuerdos de negociación, intervención de organismos internacionales, entre otros. Sin embargo, no se había logrado

¹ Es pertinente señalar que la firma del acuerdo de paz no ha garantizado el fin del conflicto y de la violencia en Colombia. Así mismo, se debe resaltar que, aunque el acuerdo de paz se adelantó con la guerrilla de las FARC, muchos de sus miembros no cumplieron lo acordado, y se alzaron en armas conformando grupos que hoy en día se conocen como disidencias de las FARC (Laverde, 2019).

cumplir con el objetivo último, es decir, acabar con la violencia armada fruto del enfrentamiento de las guerrillas colombianas con el Estado (Gutiérrez, 2012).

El acuerdo de paz llevado a cabo entre las Farc y el Estado colombiano, logro, al menos de manera parcial, dar fin a una historia de enfrentamientos armados en varios territorios en Colombia.

Fisas (2011), a este respecto, recoge una ruta metodológica utilizada anteriormente en otros conflictos armados a nivel mundial, denominada DDR. Las siglas hacen referencia a: en primer lugar, al desarme, que es la acción llevada a cabo por los excombatientes al renunciar a las armas como medio para conseguir los objetivos deseados; en segundo lugar, a la desmovilización, que es entendida como aquella acción a través de la cual un grupo militar se licencia de su actividad, es decir, deja de cumplir con acciones militares; en tercer lugar, la reinserción y reintegración, que es el paso de la vida militar a la vida civil que suelen llevar a cabo los grupos insurgentes que se desmovilizan (Fisas, 2011).

Sin embargo, la utilización de esta ruta metodológica fue cuestionada desde Farc, lo que ha generado transformaciones en conjunto con el estado de la implementación de la reincorporación buscando no repetir errores de reinserciones y reintegraciones implementadas de manera previa, esperando que se fortaleciera el sentido colectivo y político del proceso, lo cual contrasta con el paradigma individual de los modelos previos.

Dentro de ese proceso de reincorporación que se adelantó posterior al acuerdo de paz en Colombia, se llevó a cabo “el tránsito a la vida civil de más de 13.000 miembros de las FARC-EP, incluyendo unos 3000 privados de su libertad (ARN en cifras, 2020). Como tal, los miembros de las Farc fueron ubicados en 23 ZVTN, establecidas en todo el país, cuya creación fue pensada con el fin de asegurar el cese al fuego y las hostilidades (Abramovich, 2018).

Las ZVTN son consideradas como “veredas o fracciones de veredas. La vereda es la más pequeña subdivisión en la estructura administrativa territorial colombiana” (Villegas, citado por Restrepo, párr. 4, 2016). Estas zonas, como su nombre lo indica, fueron lugares de

paso transitorio (inicialmente se pactaron a 180 días), en las que los excombatientes iniciarían su proceso de desmovilización. Inicialmente, estas zonas estaban pensadas como campamentos de los cuales no se podía salir, ni recibir visitas. Las ZVTN “representaron el último lugar de la guerra y el primero para la construcción de paz” (Marín & Espinoza, 2017, p. 441).

Sobre el proceso de desarme, que se cumplió el 27 de junio de 2017², cerca de unos 13.000 excombatientes de las FARC entregaron alrededor de 8.994 armas a la misión de la ONU que se encargó de recibirlas (Espejo, 2018). Este momento fue ampliamente resaltado por el gobierno, desde donde se recalcó que el armamento recolectado sería utilizado para la construcción de distintos monumentos en Colombia, Estados Unidos y Cuba. Dichos monumentos se plantean con el objetivo de “**hacer memoria** de un episodio nefasto de la historia del país, para que nunca vuelva a ocurrir” (Redacción Política, El Espectador, 2017, párr. 2).

Posterior a la dejación de armas, muchos excombatientes recibieron acreditaciones de la oficina del Alto Comisionado para la Paz (Maya, 2018), para luego establecerse en las diferentes ZVTN (Belalcázar & Botero (2018). En este punto, las ZVTN, gracias a una petición realizada en agosto de 2017 por excombatientes y en concordancia con lo pactado en el Acuerdo Final, se convirtieron en los actuales ETCR. Inicialmente, se acordó que en estas zonas permanecerían los excombatientes por un período de dos años, en los cuales desarrollarían diversas actividades, las cuales estarían encaminadas a lograr su completa reincorporación a la vida civil y a la reconciliación territorial.

Los excombatientes recibirían apoyos financieros y acompañamiento técnico y económico para avanzar en su ruta de reincorporación. Allí, cada exguerrillero recibiría ayudas individuales, como una Renta Básica Mensual (RBM) -correspondiente a 90% del salario mínimo mensual vigente de 2019, COL\$830 000, entregado hasta el cierre de los

² No se puede asegurar que el desarme se llevó a cabo en su totalidad, puesto que, posteriormente y con armas en mano, exlíderes guerrilleros como Iván Márquez, Jesús “Santrich”, “El paisa” y “Romaña”, se alejaron del acuerdo de paz con la intención de anunciar el nacimiento de una nueva guerrilla, con el objetivo de, en palabras de Márquez, “luchar por la paz traicionada (Redacción Colombia, 2019. párr. 1).

espacios- y la Asignación Única de Normalización (AUN), por una sola vez, por COL\$2 000 000, para iniciar algún proyecto productivo (Acuerdo Final para la terminación del conflicto, citado en Valencia, 2019, párr. 8).

Sin embargo, si se presta atención a los múltiples informes del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) y del instituto KROC de estudios internacionales para la paz de la Universidad de Notre Dame, respecto a la verificación de los acuerdos de paz, es permitido concluir que la paz es frágil y que la construcción de la misma va más allá del fin del conflicto armado (CINEP/CERAC, febrero 2019), por tanto ni el éxito del proceso está garantizado, ni el riesgo de recaer nuevamente en conflictos ha desaparecido totalmente (KROC Institute, 2020).

Las dos entidades nombradas, el CINEP y el Instituto Kroc fueron escogidas por el gobierno colombiano para la construcción de tales informes. En dichos informes se detalla, cada cierto tiempo, cómo va el cumplimiento de lo pactado entre el Estado y las Farc, y a su vez, señalan cómo va el desenvolvimiento del proceso de paz. Los resultados, si bien no son muy alentadores, dejan una luz de esperanza, pues no todo es malo.

Tanto en el segundo, como en el tercer y cuarto informe entregado por el instituto KROC, para el conocimiento del país en general, publicados en agosto de 2018, febrero de 2019 y junio de 2020, respectivamente, y en el quinto informe de verificación del CINEP, publicado también en febrero de 2019 se exponen las siguientes conclusiones:

Se recalca que gran parte de la población de las Farc a nivel nacional ha abandonado los ETCR. Los informes en cuestión indican que, para noviembre de 2019, cerca de 9.000 excombatientes de los casi 13.000 del total de la población en reincorporación ha abandonado los ETCR (Kroc Institute, 2020). Hoy en día, muchos y muchas se encuentran en espacios alternativos a los ETCR, denominadas Nuevas Áreas de Reincorporación (NAR), desde donde muchas y muchos intentan continuar con la reincorporación.

Lo anterior puede indicar que un gran porcentaje de la población excombatiente no le cree al gobierno en su voluntad de llevar a cabo un adecuado proceso de paz, como lo

manifestaba Janeth, Juan y Fernando. Muchos y muchas excombatientes manifestaban la poca infraestructura terminada, las pocas ayudas económicas y las bajas garantías en seguridad para ellos y ellas, lo que les hacía tomar la decisión de abandonar los espacios del proceso y emprender su resocialización por su parte. Con corte al 30 de abril del 2020, la ARN (2020) expone que desde el 2001 han sido 19.927 los excombatientes Farc que se han desmovilizado individualmente, frente a las 13.510 quienes lo hicieron bajo el Acuerdo Final del presente proceso de paz.

También, como comentaba Fernando, muchos excombatientes abandonaban los ETCR por ir en búsqueda de la familia, o a buscar empleo por su propia cuenta, lo que hacía retornar al poco tiempo a muchos, pero de otros no se tenía conocimiento.

Todo esto, a consecuencia de que los ETCR han presentado durante todo el proceso de paz varias deficiencias de accesibilidad e infraestructura, entre otras. Lo anterior también lo comentaba Janeth, quien afirma que se ha generado una “pérdida de confianza en estos espacios y, en últimas, en el proceso de paz”, ya que ha sido muy notoria la poca infraestructura encontrada por las Farc al momento de llegar a Icononzo, así como la organización y colaboración del estado en temas económicos y de seguridad, en el caso de este ETCR puntualmente.

Entonces, el tema del abandono constante de los ETCR a nivel nacional por parte de los excombatientes y el olvido estatal expresado por estos mismos genera incertidumbre tanto en la población civil, que espera que la violencia no vuelva a los territorios del país, así como en los mismos integrantes de las Farc, quienes no ven un horizonte claro al respecto. Fernando y el “Abuelo”, quienes manifestaron que “al gobierno no se le ve intención clara de que el proceso sea exitoso”, y que la población Farc reciba las herramientas necesarias para la reincorporación que se desea son muestra de ello.

También es muestra de que el proceso de reincorporación no ha sido exitoso la aparición de nuevos grupos armados ilegales, así como en la conformación de disidencias de las Farc (Laverde, 2019), que se suman al conflicto, aún sin resolver, entre el Estado y la

guerrilla del ELN (Ejército de Liberación Nacional), grupo insurgente creado en 1964 (Padilla, 2016).

En cuanto a los informes del Instituto KROC, el progreso en los objetivos a corto plazo es considerable, sobre la dejación de armas, el cese al fuego y a las hostilidades y, en últimas, al fin del conflicto armado entre las Farc y el Estado. Esto se evidencia en la transformación de la extinta guerrilla en partido político³. En general, se puede aseverar que, para noviembre de 2019 todos los puntos del acuerdo presentan avances y el ritmo del avance del proceso se encuentra en el promedio.

Sin embargo, y pese a lo anterior, en lo relacionado a los objetivos de mediano y largo plazo, la situación se mueve a paso de tortuga. Las garantías de seguridad para líderes sociales, afro, indígenas o reincorporados es bastante pobre. Esto lo evidencian hechos como los asesinatos cometidos contra excombatientes en lo que va del proceso de paz, que para Julio de 2020 ya alcanzaban a las 219 muertes, o el traslado de todo el ETCR de Ituango hacia Mutatá en Antioquia, por motivos de seguridad (El tiempo, 2020).

El 2019 fue el año más crítico en cuanto a asesinatos de excombatientes desde la firma del acuerdo, con 77 muertes, y en sólo el primer cuatrimestre del 2020 se contabilizaban hasta la publicación del cuarto informe del Instituto Kroc, 21 excombatientes asesinados, para un total de 201 asesinatos hasta ese momento. Hoy la cifra sigue subiendo y es escalofriante.

De igual manera, las garantías para la participación política de los excombatientes, que son elementos necesarios para evitar repetir el genocidio de la Unión Patriótica, por ejemplo, no se han dado de ninguna manera (ARN, 2018).

Adicional a lo anterior, es pertinente señalar que el acuerdo de paz, para el Instituto Kroc (2020), aún presenta ausencias en cuanto a enfoque de género. Esto se debe al hecho de que no son claras las medidas que se deben implementar para brindar herramientas a las

³ El partido político conformado por los líderes de la extinta guerrilla de las FARC se conoce como Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común, cuyas siglas son las mismas del grupo guerrillero: FARC. Al respecto, Rodrigo Londoño señaló que esto se realizó porque, aunque para muchos sea una carga representativa negativa, ellos quieren que su pasado “no se desdibuje” (Redacción Paz, El Tiempo, 2017 párr. 10)

mujeres excombatientes y los hijos e hijas de éstas en la búsqueda de una completa reincorporación para esta población en particular.

El acuerdo, para el informe del instituto Kroc tampoco es claro en señalar de dónde saldrá la tierra para el uso de los excombatientes, y un tema como la sustitución de los cultivos ilícitos, genera muchas dudas, en relación con el punto uno del acuerdo, la Reforma Rural Integral (RRI).

Por su parte, un elemento que ha generado que el proceso de reincorporación se presente de manera difusa es la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). Como tal, el mecanismo creado para impartir justicia transicional para investigar y juzgar a los victimarios y ofrecer justicia y verdad a las víctimas (Acuerdo Final para la terminación del conflicto, 2016), y que a pesar de estar “blindada” por un período de tres gobiernos (Tickner, 2019), ha recibido múltiples críticas y ataques por parte de la bancada de gobierno, encabezada por el presidente Iván Duque (2018-2022) y el expresidente y actual senador Álvaro Uribe Vélez (2002-2010).

Sobre los proyectos productivos, que se esperan sean los encargados de generar el sustento diario a la población excombatiente, es pertinente señalar que en general se presentan pocos avances y necesitan, urgentemente, que se establezcan mecanismos de verificación de lo acordado en este aspecto.

En cifras, expone el cuarto informe del Instituto Kroc, que hay avances significativos en la implementación entre diciembre de 2018 a noviembre de 2019. Estos avances están divididos de la siguiente manera: avances completos 25%; avances intermedios 15%; y avances mínimos 36%. El 24% restante aún no presenta un avance significativo (Kroc Institute, 2020). En términos generales, los puntos del Acuerdo de paz que presentan mayores avances son el tres y el seis, que se refieren al fin del conflicto y la implementación, verificación y refrendación, respectivamente. Por su parte, los puntos con avance más deficiente son el primero y el segundo, concernientes a la RRI y a la participación política, respectivamente.

En sus informes, el Instituto Kroc expone también que, pasados casi cuatro años desde la firma del acuerdo de paz, es de destacar que no se ha retornado al conflicto. Para el instituto, este período de tiempo representa un buen augurio, en especial si se tienen en cuenta conflictos armados anteriores. Sin embargo, como se ha señalado anteriormente, no se puede olvidar que siguen existiendo conflictos con disidencias de las Farc, en especial luego del abandono del proceso de paz por parte de figuras representativas del secretariado, como la de Jesús Santrich, e Iván Márquez, entre otros, quienes hoy son prófugos de la justicia.

Un elemento que vale la pena destacar es que, para mayo de 2018, si bien de forma pausada, se han puesto en marcha la JEP, la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad (CEV), y la Unidad para la Búsqueda de Personas Desaparecidas (UBPD), que son mecanismos esenciales para una reparación, tanto de víctimas como de victimarios, todo con base en contar la verdad de lo ocurrido y los crímenes cometidos durante el conflicto armado.

Adicionalmente, cabe destacar también que, según el informe del instituto Kroc, el Gobierno Nacional y el Congreso de la República han desarrollado medidas legislativas, políticas y programáticas, que buscan establecer un marco institucional que les brinde estabilidad jurídica a dichos mecanismos de verificación (KROC, 2019). Esto es importante recalcarlo, puesto que en el año 2019 se realizaron diferentes elecciones en cargos de representación política en todo el país, las cuales han generado demoras y obstáculos a lo ya logrado.

Entonces, si se observa con atención la información expuesta en los informes anteriormente citados, se puede ver cómo, por parte de ambas instituciones, se destaca la labor de las Farc a lo largo del proceso de paz. Si bien su participación no ha sido perfecta y ha tenido un sinnúmero de dificultades, se ha avanzado gracias a la disposición de sus excombatientes en diferentes ámbitos, tales como la búsqueda de garantías de seguridad y protección en el ejercicio de la política, la puesta en marcha, en gran parte autónoma, de la reincorporación socioeconómica a través del desarrollo de proyectos de ecoturismo, energía alternativa, de la creación de escuelas rurales alternativas, y la generación de alianzas comerciales en producción de café, cerveza o miel, entre muchos otros productos, o escuelas

de rafting, con noticias tan alentadoras como la participación de excombatientes en el mundial de rafting en Australia, en Mayo de 2019 (El Espectador, 2019).

También es pertinente señalar que se ha logrado que la mayoría de los excombatientes de las Farc, que suelen ser personas de procedencia rural, hayan superado el analfabetismo e incluso hayan finalizado su educación básica primaria y secundaria. Adicionalmente, según datos suministrados por el informe *Hacemos Memoria* (Maya, 2018), a aquellos que terminan el bachillerato se les ha brindado la oportunidad de capacitarse en formaciones complementarias, semi-calificadas como auxiliares, operarios, técnicos, tecnólogos y en algunos casos en pregrados universitarios. Del mismo modo, *Hacemos Memoria* rescata el hecho de que, de sus aproximadamente 13.000 miembros, cerca del 80 % se mantienen en la legalidad.

El informe *Hacemos Memoria* también expone que se han hecho algunos esfuerzos para la inclusión financiera y pensional de los excombatientes, concretamente en el Banco Agrario de Colombia y en Colpensiones. Esto se ha hecho a partir de la apertura de cuentas de ahorro, con las que se busca brindarle mayor estabilidad financiera a los diversos proyectos productivos que se realizan hoy en día en los diferentes ETCR, tanto individuales como asociativos, en los que, además, cuentan con el apoyo de la constitución jurídica *ECOMUN*, asociación de las FARC.

De igual forma, en cooperación con la embajada de Suecia, el Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena) y el colectivo Farc, se plantean modelos de formación en temas agrícolas, los cuales están pensados para solucionar inconvenientes de soberanía alimentaria y autoabastecimiento. En últimas, lo que se busca con esta serie de apoyos, es lograr llevar a cabo una reincorporación completa, entendida como proceso dinámico y adaptativo, que se forja también con el apoyo de la totalidad de la población colombiana.

Sin embargo, y a pesar de estos avances, como se vio el proceso de reincorporación también presenta múltiples fallas y se podrían mejorar bastantes aspectos en cuanto a la implementación de lo acordado, sobre todo en lo concerniente a la protección de líderes sociales, mujeres e indígenas en el país, al igual que comunidades en riesgo humanitario y la

seguridad de los propios y propias excombatientes (Instituto KROC, 2019) ya que están siendo asesinados impunemente.

Hoy en día las peticiones por parte de la población excombatiente son diversas, sobre todo en cuanto la descentralización de los recursos que sólo llegan a los ETCR y no a las NAR, que en la actualidad se contabilizan cerca a las 100 a nivel nacional (El Espectador, 2020). También hacia la desarticulación de proyectos productivos o a la finalización de la infraestructura, como ya se dijo.

Icononzo y su ETCR no son la excepción a tales peticiones, pese a que se considera que es un ETCR representativo para el proceso, por los avances en los proyectos productivos, su cercanía con la capital del país, la facilidad en términos de accesibilidad y cercanía con una población receptora, así como la constante visita de entes externos verificadores de la reincorporación, precisamente por sus facilidades de acceso. Este espacio presenta algunas particularidades que se expondrán a continuación.

1.2 Transitando los espacios de la reincorporación Farc en Icononzo, ETCR La Fila, antigua ZVTN Antonio Nariño.

La antigua Zona Veredal *Antonio Nariño* se encuentra ubicada en Icononzo, Tolima, un lugar habitualmente relacionado con el conflicto armado colombiano. Sin embargo, según sus propios habitantes, los enfrentamientos armados durante los últimos años casi no se sintieron, cada vez son más escasos. A esta zona se llega, desde Bogotá, tomando un bus en la terminal de transporte, cuyo valor oscila entre los \$ 20.000 y los \$ 25.000, según algunas características del recorrido y la ruta elegida.

Al llegar al pueblo, en el que se siente un calor considerable, hay que buscar la plaza central. Allí se parquean diferentes taxis que suben al espacio donde se encuentran los excombatientes. El lugar queda a unos 40 minutos, hay que subir a la parte más alta de la plaza y parquearse al frente de un gran mercado contiguo a varias carnicerías.

En este lugar se espera la llegada del transporte, ante la atenta mirada de algunos lugareños, quienes, a pesar del incremento de turistas y académicos, reconocen a las personas que pertenecen y a las que no pertenecen al ETCR. Poco a poco, en el lugar de espera iban llegando algunos excombatientes, con quienes se empieza a conversar tímidamente. Se conversa sobre el transporte, para abaratar costos, o sobre el clima o el estado de la carretera. Todo esto, mientras se “agarra” confianza.

El servicio de taxi lo tomé en varias ocasiones, y aunque en la primera visita, que sucedió en julio del 2017, me comentaban que salía muy caro, la relación entre precio y comodidad, sobre todo si se tiene en cuenta que es un viaje en carretera destapada, nunca pareció exagerada. Este transporte tiene un precio de \$ 10.000 por persona, y se debe esperar hasta que se llene el cupo, de cinco integrantes. Casi siempre, estos momentos fueron el primer encuentro con algunos integrantes de la *guerrillerada*, como le llaman al grupo los propios excombatientes.

En dichos encuentros entablé conversación con varios miembros de las Farc, a quienes no les gusta que los denominen excombatientes o exguerrilleros, contrariamente, les gusta que se les denomine como revolucionarios o transformadores sociales. Esto se debe al hecho de que consideran que su etapa de la guerra ya paso, pero su labor como revolucionarios acabará el día de su muerte.

Estas premisas discuten y debaten constantemente la implementación y las rutas elegidas por el gobierno para el proceso de paz, como los DDR, así como conceptos utilizados o las categorías que la población Farc adquiriera luego de completado el proceso, como las de excombatientes o exguerrilleros. Para tal fin es necesaria una co-creación constante, y de ahí que varios elementos acordados se han redireccionado o renombrado según las necesidades de los directamente implicados.

Retomando la llegada al ETCR, para conseguirlo hay que subir una trocha muy maltrecha, la cual está llena de piedras y en la que el aumento de la temperatura es constante. Poco a poco, mientras se rompía el hielo y se perdía el temor sobre qué conversar o qué preguntar, las y los excombatientes, al reconocermelo como forastero, me preguntaban que de

dónde venía, qué si venía a hacer entrevistas, qué cuánto tiempo llevaba sin afeitarme, todas eran preguntas muy casuales que permitían entrar en confianza y dejar cualquier prejuicio de lado, tanto propios como de los excombatientes.

Por mi parte, eventualmente preguntaba por la carretera, por las casas, por la infraestructura del lugar, y las respuestas fueron similares en los distintos casos. Ellos y ellas argumentaban que “el gobierno no ha cumplido con lo que se pactó”, “que los materiales de las casas son malos para la salud”, “que la comida que mandan es de mala calidad”, “que no hay refrigeración” y “que el agua también es de mala calidad”. En general, se puede evidenciar que hay un gran inconformismo por la falta de compromiso del gobierno nacional con elementos básicos de infraestructura, mejora en la calidad de vida y en el suministro de elementos para suplir las necesidades básicas.

Después de los 40 minutos de duración del recorrido y de disfrutar de un paisaje imponente, se llega a un portón bastante rustico, en el que se mantiene un letrero viejo con el nombre antiguo del espacio: *ZVTN Antonio Nariño*. Luego, y después de una bajada profunda, se llega a la recepción, donde, en dos de las visitas ocurridas en octubre de 2017 y marzo de 2018, me recibió el “Abuelo”, quien nunca consiguió recordar mi nombre. Cuando no estaba él en la entrada, la persona recién llegada debía acercarse al restaurante a avisar que había llegado y pedir el respectivo alojamiento.

La recepción es una plancha grande de cemento, con afiches de líderes representativos de las FARC, como Manuel Marulanda Vélez (*Tirofijo*), Jorge Briceño (*Mono Jojoy*) o *Jacobo Arenas*. En el lugar se adecuaron un par de mesas con sillas rimax y, desde octubre de 2018, se instalaron dos baños, con duchas y sanitario. Esto, quizá, para dejar de utilizar los *chontos*, los cuales son hoyos profundos y de poco diámetro que utilizaba la guerrilla en el monte, y que en las primeras visitas al ETCR se seguían utilizando. Estos estaban ubicados a unos 5 metros de la plancha, bajando la montaña.

Detrás de la recepción, dentro de una construcción alargada parecida a una gran casa, se encuentra el lugar donde los visitantes pasan la noche. Una hilera de cuartos con camas (al principio muy rudimentarias, luego mucho más elaboradas) hechas en su totalidad de

madera, con un colchón encima. Primero, para la separación de las habitaciones se utilizaron grandes bolsas de plástico, que hacían de puertas, luego se adecuaron cortinas, que conforman cada cuarto y los dotan de privacidad. Siendo sincero, nunca pasé una mala noche: las camas parecían bastante frágiles y rudimentarias, y los cuartos pequeños, pero ambos eran amañadores.

En las habitaciones hay iluminación por un pequeño bombillo, y al final de la hilera se encuentra la cocina comunitaria, en la que se preparaban los alimentos que cada uno llevara desde el lugar del que llegó. En las dos primeras visitas realizadas, la cocina estaba abierta para el uso general, luego este servicio se privatizó con un candado, y su uso conllevaba un costo de \$ 20.000 diarios. Esto se realizó porque los miembros del ETCR debían buscar recursos para terminar la infraestructura del espacio, la cual en la actualidad no está acabada en su totalidad.

Cuando aún estaba permitido el uso de la cocina, siempre hubo una gran cantidad de alimentos necesarios para la preparación de los platos más comunes: aceite, arroz, lentejas, frijoles y algunas verduras y frutas. También había gran cantidad de platos y vasos para usar según orden de llegada. Nunca me cobraron por estos alimentos, y tampoco me exigían lavar cada plato después de comer, sin embargo, intenté hacerlo cada vez. Las habitaciones no tenían ningún costo en las dos primeras visitas, sin embargo, con el tiempo pasar la noche tiene un valor de \$ 15.000 por persona.

El recorrer la zona consiste en bajar la montaña por un camino destapado, en el que cada vez aparecen más estructuras de casas en donde viven los excombatientes. La mayoría de estas casas son construidas por ellos mismos. El primer lugar comunal que se encuentra es la tienda, donde se venden productos de diversa índole a precios módicos, y en donde los excombatientes se sientan a charlar y a esperar el anochecer. Al caer la noche los visitantes suelen pedir cerveza y música, especialmente canciones de música popular.

En el último tiempo adecuaron un televisor de pantalla plana de unas 40 pulgadas, que sirve para ver películas, eventos deportivos o también poner música, y aunque su uso no es restringido, no se le utilizó mucho durante el tiempo en que me encontraba en el ETCR.

También se adecuaron dos mesas de billar pool, las cuales sí se utilizan con bastante frecuencia, en especial, después de las 6 pm. Allí compartí varias charlas con “el Gato” y otros excombatientes, quienes tomaban una buena cantidad de cerveza. Lo mínimo para los jueves, viernes y sábados, era una paca de 24 latas de cerveza por cabeza, cuyo valor rondaba los \$ 50.000.

En la tienda también pude conversar dos veces con el “Abuelo”, y una con Juan, cuando lo conocí. La tienda se abre por horas, aunque nunca logré tomar atenta nota de cuáles eran las horas de servicio, puesto que variaban según la demanda de víveres.

Este espacio siempre fue mi lugar favorito del ETCR, ya que era el predilecto de muchos excombatientes para distenderse de las actividades diarias y simplemente compartir, jugar billar, tomar cerveza o escuchar música, y para mí siempre fue el lugar en que más los encontraba abiertos y en disposición a la charla.

Allí jugué billar, y luego charlé sobre diversos temas de la situación actual del país con el “Gato” y otros cuatro excombatientes más, quienes me invitaron de sus bebidas. Ese fue el momento, con un par de cervezas en la cabeza, en que me sentí más en confianza.

Bajando aún más, atravesando varias viviendas entre las que se encuentran las casas de Janeth y Paola, y con la compañía de varios perros bastante inquietos ante los nuevos visitantes, se encuentra el segundo espacio comunal: un pequeño coliseo con dos grandes dibujos de *Simón Bolívar* y *Tirofijo*. En este lugar los guerrilleros comparten con profesionales de diversas disciplinas y realizan diferentes reuniones.

Luego de este espacio, se encuentra una cancha de fútbol, que poco y nada se utiliza, ya que como comentaban Fernando y Juan, “casi no queda tiempo para eso”. De ahí para abajo, se encuentran más construcciones de vivienda y restos de materiales para seguir construyendo. La construcción es una actividad que realizan todos los días los excombatientes. Al frente de la cancha, se encuentra un salón pequeño con una carpa contigua. Este lugar es utilizado como puesto de salud, y cuenta siempre con una persona

dispuesta para atender a quien lo solicite, aunque en mis estadias no presencié que alguien se acercara a pedir algún tipo de ayuda.

El último lugar común que pude conocer es el restaurante, donde se preparaban, de manera colectiva y rotativa, los alimentos: las tres comidas del día. Este queda debajo del salón destinado para los proyectos textiles, de los que hablaré más adelante, y está acompañado, a unos pocos metros, de otro espacio destinado con mesas y sillas rimax, para que más personas puedan sentarse a desayunar, almorzar o cenar.

Durante las dos primeras visitas no pagué por la comida, pues aún la afluencia de personas no era tan alta. Posteriormente, se estableció que la comida debe pedirse de manera anticipada y tenía un costo que oscilaba entre los \$10.000 y los \$15.000. El lugar donde preparan los alimentos se trata de un cuarto grande, el cual se encuentra equipado con una cocina mediana, y muchas ollas de gran tamaño, platones y olletas –bastante grandes también- para servir las bebidas.

Finalmente, pasando por el pequeño puesto de salud y más hileras de construcciones de vivienda, se llega a una pequeña huerta creada por los excombatientes, en la que siembran diferentes vegetales y plantas.

Al momento de mi última visita al ETCR, la huerta no estaba en funcionamiento, pero la infraestructura ya estaba acabada, por lo que su apertura no debería de tomar mucho tiempo. Luego de la huerta, la maleza se empieza a asomar, y no se ven más construcciones o infraestructura. Aquí termina el ETCR, el nuevo hogar de los excombatientes de las FARC en Icononzo, Tolima, en donde conviven y comparten con sus camaradas los seis excombatientes que se presentan a continuación.

1.3 Historias que convergen en el ETCR, infancias marcadas por la crudeza de la precariedad, la guerra y hoy la apuesta por la paz.

Las historias que se pudieron conocer y que atraviesan el texto de principio a fin son la de seis excombatientes, que conoceremos bajo los nombres de: Fernando, el “Abuelo”,

Juan, “Gato”, Valentina y Janeth. Todos ellos tienen una serie de historias que hoy se entrecruzan en Icononzo, y que le apuestan a la reincorporación, así como en su momento le apostaron al proyecto político y militar de una guerrilla que se le enfrentó a un Estado por más de medio siglo.

Fernando es un hombre de baja estatura, de aproximadamente 60 años, oriundo del occidente de Boyacá, de Tanche. Actualmente es el gerente de la cooperativa agropecuaria de las FARC en Icononzo. Él es la persona encargada de dirigir a los camaradas que decidieron entrar en los proyectos productivos con productos de diversa índole, como: el aguacate, el café, la porcicultura, el comercio de aves, conejos, entre otros.

A Fernando lo conocí cuando tuve la oportunidad de asistir con un voluntariado estudiantil a la ZVTN, luego ETCR. Lo conocí en un momento en el que los excombatientes aún no podían relacionarse con gente externa al proceso de desmovilización. Él, como voz de mando y experiencia, siempre bajaba a conversar con los estudiantes y maestros que nos habíamos desplazado hasta la zona.

Es un hombre bastante conversador, alegre: hace bromas por todo. Eso sí, genera respeto, se nota que tiene experiencia manejando grupos de personas considerables. Él comenta que en la guerra llegó a tener bajo su mando un par de escuadras, concepto militar en cuanto a divisiones de grupos que más adelante se explicará.

Por su parte, el “Abuelo” es un hombre, también, con vasta experiencia, de 60 años aproximadamente. Él también es de baja estatura y algo canoso: se parece un poco a Fernando. Nació en Bogotá, pero desde pequeño, por recomendaciones de unos amigos del barrio, se fue a buscar trabajo en el departamento del Vichada. Tenía muchos hermanos y pocas posibilidades económicas, por lo que se desempeñó recogiendo café, algodón, cuidando fincas y ganado en esta zona del país.

Es él quien recibe a los visitantes, les muestra la recepción, los baños, la cocina, y los cuartos. Siempre está atento a cualquier cosa que se presente. Conmigo siempre fue muy amable, y creo que nos entendíamos bien por compartir ciudad de origen. Adicionalmente,

cuenta con una memoria bastante prolija, pues recuerda con bastante precisión las direcciones en Bogotá, sobre todo en las que pasó su infancia, al sur de la ciudad. Sin embargo, siempre manifestó que no le hacía mucha falta el ambiente urbano, pues el campo y el ambiente rural lo cautivaron desde siempre.

Juan es un hombre mucho más joven que Fernando y el “Abuelo”. Él tiene 37 años y es oriundo del departamento del Chocó, pero también desde muy pequeño anduvo por Antioquia buscando trabajo. No terminó el colegio, porque creía que necesitaba trabajar para ayudar a su familia, a su mamá y sus hermanas. La situación era complicada, pues no tenían dinero para pagar la educación de todos en la familia, por lo que desde pequeño se la rebusco en infinidad de trabajos: algunos rurales, muy parecidos a los realizados por Fernando y el “Abuelo”, pero también se desempeñó como obrero o celador en la ciudad de Medellín.

A Juan lo conocí cerca de la tienda. Me encontraba un poco nervioso por no saber cómo acercarme a la gente, y él simplemente me saludó y empezamos a hablar. Es un hombre también muy conversador, dispuesto a la charla. Sinceramente, siempre que hablaba con él era difícil imaginarlo en el contexto de guerra. Me sorprendía que a pesar de la dureza que se debe tener para afrontar momentos como los que vivió, siempre los compartió amablemente conmigo.

Al “Gato” lo conocí en la última visita que realicé. En el ETCR es muy famoso, todos conocen al “Gato”. El día que lo conocí él era el encargado de la tienda, y me invitó a sentarme con sus compañeros. Tenía aproximadamente 50 años, y gozaba de un gran conocimiento de la historia del país, esto se debe al hecho de que leía mucho y le gustaba ver documentales de guerra, de manejo de grupos o de grandes líderes políticos.

El “Gato”, al igual que el “Abuelo”, vivió en Bogotá y aún tiene familia en la ciudad, particularmente, en el sector de Ciudad Bolívar. Este hecho también permitió que nos identificáramos rápidamente. Él tiene una camioneta 4x4, que lo hace una persona bastante solicitada en el ETCR, puesto que buscan sus servicios para que acerque a la gente al pueblo. Cuando lo conocí se presentó como un hombre muy amable y conversador, sin embargo, los días restantes, en los que solo compartíamos el saludo, parecía muy serio y ocupado.

Con Janeth compartimos el taxi del pueblo hasta el ETCR. Ella es una mujer, cuya edad oscila entre los 30 y los 35 años, de baja estatura. Cuando la conocí estaba embarazada: iba a tener una niña. Adicionalmente, ella tenía varios tatuajes y media cabeza rapada. Era toda loquita, como ella misma decía. Nació en Chaparral, Tolima, y desde muy pequeña, al igual que el “Abuelo”, se fue de la casa a buscar trabajo.

Se fue de su hogar cuando tenía alrededor de 15 años. En su antigua casa vivía con su padre, quien era alcohólico y la maltrataba a ella y a sus hermanos. Así que, ante las pocas posibilidades de progreso, decidió irse con el objetivo de que sus familiares no repitieran su historia y logaran estudiar.

Esta decisión la llevó a vivir en la calle por un tiempo, luego consiguió algunos trabajos poco estables, hasta que decidió entrar a la guerrilla. Conocía el grupo guerrillero desde muy chiquita, pues algunos de sus miembros compartían con su padre y le ayudaban con algunos alimentos, pero fue cuando tenía 16 años que tomó la decisión de entrar a la organización, tras conversar con un guerrillero que paseaba por su casa y que, posteriormente, la ayudaría a ingresar al grupo armado.

Es una mujer muy conversadora, fuerte y decidida. La fortaleza de esta mujer se puso en evidencia en la mitad de un recorrido en el que, ante la mirada atónita de sus compañeros y la mía, por su condición de embarazo, ayudó a bajar varios bultos de sal: todos le decíamos que se cuidara, pero solo replicaba y se reía.

Finalmente se encuentra Valentina, que es una mujer de 47 años, nacida en Bogotá, y, adicionalmente, es la encargada de dirigir los proyectos productivos textiles en el ETCR. La conocí por medio de Laura, una compañera de la universidad, quien la conoció tiempo atrás, en unos conversatorios en Bogotá sobre enfoque de género en las FARC.

Valentina, amablemente, nos invitó a su casa, en donde nos compartió sus experiencias sobre el ingreso y posterior inserción en el conflicto armado colombiano. Fue estudiante de economía de la Universidad Nacional en la década de los 70s y es de las personas más preparadas en el ETCR ya que, si bien no terminó su pregrado en Economía,

lo hizo en Comunicación Social, y tiene varios diplomados. En la actualidad dicta conferencias sobre género en diferentes ciudades en compañía de Isabela Sanroque, otra reconocida lideresa de las FARC, con quien obtuvo un par de diplomas sobre este tema.

Estas son las historias de excombatientes que pude conocer más ampliamente, y que me permito recordar y exponer a lo largo del presente texto, en busca de analizar sus memorias, las cuales han atravesado y atraviesan continuamente sus cuerpos, unos cuerpos tanto físicos como emocionales, y que tienen elementos para analizar, tanto en el pasado como en la cotidianidad actual.

Hoy, en la reincorporación, dichas corporalidades, regidas mucho tiempo por un estricto y disciplinado régimen, tienen cosas por decir sobre lo que implica el cambio que supone dejar de empuñar las armas, dejar de combatir, dejar de marchar, dejar de estar todo el tiempo atentos a un posible enfrentamiento.

Estos cuerpos también pueden decirnos cosas sobre el futuro. En especial si se piensa en la reincorporación a la vida civil, en el relacionarse con una población receptora, en el contemplar comenzar una nueva relación sentimental o el tener hijos, como Janeth. En últimas, en quizá la emergencia de nuevos actores políticos, que se enfrentarán a la posibilidad de continuar con una colectividad imperante, ahora desde medios legales y participativos o, por el contrario, enfrentarse al reto de la resocialización desde sus propias individualidades.

Es precisamente la experiencia de cada uno de estos excombatientes relevante a la hora de investigar sobre nuevas emergencias en relación con sus corporalidades, tanto en la guerra como ahora en el proceso de paz, ya que permite acercarse, desde otro ángulo, al proceso mismo de la reincorporación.

En este caso, intentando alejarse de la institucionalidad y el sin fin de estudios que de ésta han resultado sobre la coyuntura del proceso de paz, y concentrarse en la importancia de lugares de lo insospechado, como le llama Giannini (2004), lugares desde la experiencia misma de las personas, como lo pueden ser la construcción de los espacios que se habitan,

en este caso los ETCR, las diferentes rutinas que presentan las personas que habitan estos espacios en su cotidianidad o las actividades que los motivan hoy en día.

La información obtenida estuvo centrada en la experiencia propia de cada uno de los excombatientes a través del uso de su discurso. Adicionalmente, se empleó la Etnografía, entendida como una inmersión, enfoque y método que busca recolectar información con base en la experiencia del investigador y los investigados, un registro en notas, imágenes y sonidos que tiene valor por el dialogo entre la reflexividad de ambos actores (Guber, 2001). Además de dar cabida a la construcción de conocimiento desde los propios sujetos, en este caso, desde los mismos excombatientes, dando valor a su relato.

Finalmente, por medio de los relatos de los excombatientes, surgidos a partir del uso de la Etnografía, se indagó sobre las experiencias y particularidades propias de cada excombatiente, en lo relacionado al conflicto armado y al proceso de reincorporación, enfocándose en el cuerpo, su concepción, su uso y sus prácticas en torno al mismo, en la guerra y hoy en la reincorporación.

Dichos relatos serán entendidos como una captura humana y experiencial de las vivencias propios de los investigados, configuradas por el mismo sujeto que vivió la experiencia, recurriendo a la memoria en un contexto particular, buscando reconstruir un espacio social por medio de la memoria y el lenguaje, y la construcción de identidades, realidades sociales o subjetividades (Lindon, 2014).

2 CAPÍTULO 2: CORPORALIDADES COLECTIVAS EN TRANSFORMACIÓN

El siguiente capítulo indaga sobre la experiencia y la vivencia de la corporalidad de Fernando, el “Abuelo”, Juan, “Gato”, Valentina y Janeth en tiempos de conflicto armado y hoy en la reincorporación, en relación con los conceptos de colectividad e individualidad. Dichos conceptos han sido imperantes en tiempos de guerra, y lo siguen siendo en relación con el proceso de paz en excombatientes Farc.

Se expondrá un repaso por las memorias de cada excombatiente en cuanto a su ingreso a la guerrilla y las experiencias en el conflicto, en donde se puede analizar e interpretar la relevancia de una colectividad imperante, y cómo ha sido el cambio en tiempos del proceso de paz en torno a la vivencia propia de la corporalidad y su relación con esa colectividad que de igual forma se transforma actualmente.

También se repasarán las memorias en el relacionamiento con camaradas y cabecillas durante el conflicto, desde contextos distintos a la guerra que han tenido los excombatientes, es decir, momentos de distensión y camaradería en la vida en la insurgencia, ya que no todo el tiempo se estuvo en combate. Muchas de estas personas murieron, otras los acompañan diariamente en su proceso de reincorporación. Todo esto, en busca de poner en discusión la construcción de la corporalidad tanto colectiva como individual en dichas situaciones, y que transformaciones y posibles retos han enfrentado y enfrentarán los excombatientes concernientes a este aspecto, el relacionamiento y construcción diaria del cuerpo en un nuevo escenario.

La colectividad es un concepto recurrente en la guerra, entendiéndola como un conjunto de actores con intereses comunes, en las que se puede perder una soberanía individual en favor de una causa grupal (Villamil, 2019). En este caso, para los excombatientes de las Farc, la causa grupal siempre fue la revolución, el cambio del sistema económico y social del país por vía armada.

Cabrera (2001) argumenta que esa colectividad debe encontrar la unidad en la diversidad, siendo esa unidad una construcción, no un evento definido naturalmente, como se plantea en muchos casos a la individualidad en el modelo occidental hegemónico,

entendiéndola como un desarrollo personal del ser humano, buscando cierto tipo de emancipación, autonomía y libertad.

Estos conceptos se relacionan con la corporalidad en un contexto de guerra, debido a que, como lo mencionan Aranguren (2006) y Villamil (2019), la guerra es un discurso que se inscribe en el cuerpo, lo signa con marcas que no solamente incluyen a lo físico, también a un colectivo, en este caso al colectivo Farc.

De esta forma se crean identidades y subjetividades que responden a las necesidades de ese colectivo en las épocas de conflicto, y es precisamente el cuerpo un depositario de esas tramas de significado (Cabrera, 2001).

Surgen entonces interrogantes sobre que sucede con tales identidades y subjetividades que sirvieron para adaptarse y sobrevivir al entorno hostil de un combate armado desde las corporalidades de cada excombatiente, hoy en día, tanto en los ETCR, así como en los diferentes espacios de reincorporación.

También, y conforme al documento CONPES 3931, que plantea que la reincorporación debe basarse en la fortaleza colectiva del grupo y su homogeneidad, qué sucede con la noción de colectividad que, como se verá, se ha transformado en cierto sentido desde las negociaciones en la Habana.

Para tal fin, en los siguientes numerales se presentan algunas memorias de los seis excombatientes, en relación con esa construcción corporal colectiva en la insurgencia, y su transformación actual.

2.1 Memorias de la insurgencia. Construcciones corporales colectivas para la guerra.

El primer excombatiente del texto es Fernando. Desde pequeño, en su natal Boyacá, se interesó por la situación política del país. A él no le gustaba la violencia con la que se solucionaban los problemas para ese entonces, por los años 70. Esto lo llevó a desplazarse hacia el Meta, recién cumplió quince años. Allí conoció combatientes pertenecientes a la

guerrilla del ELN, pero terminó representando juventudes como dirigente de la Unión Patriótica, partido político colombiano de izquierda que hacia los años 90 sufriría el asesinato de varios de sus dirigentes (Cepeda, 2006).

Se integró a movimientos campesinos, a las Juventudes Comunistas (JUCO) y a corporaciones que luchaban por los derechos de la gente del campo. A las Farc las conoció en 1981, y al ver que estaban asesinando a los líderes de la UP, después de haber firmado un acuerdo con el gobierno de turno, decidió entrar a la organización.

La participación en el grupo guerrillero nunca fue forzada: se realizaba bajo la premisa de cumplir un deber con el país, un compromiso de lucha, que exigía formarse poco a poco, despacio. Los combatientes que llegaban a esta guerrilla terminaban por volverse comunistas a las buenas o a las malas, porque, como tal, esa era una de las exigencias del colectivo.

No en vano, apenas se entraba, o a los pocos meses, cada guerrillero adquiría un alias, un nuevo nombre, se “rebautizaban” a los nuevos, según Fernando, para que desde ese momento la vida se le entregara a la organización y sus ideales revolucionarios. En este caso, se puede hablar de cuerpos nombrados con un nuevo alias, un nuevo comienzo, y una noción de sacrificio hacia el colectivo que se empieza a gestar.

El momento de bautizo para cada guerrillero y para la guerrillera era muy importante. Allí se le dotaba de una nueva identidad a la persona que entraba. Además, se le dejaba en claro que, desde ese momento, surgía un quiebre, un antes y un después. En este punto se tomaba consciencia de que era una decisión muy importante, de la que se debía estar seguro y de la que no había vuelta atrás. Los nuevos nombres eran elegidos por los camaradas, los compañeros más cercanos o por el comandante de escuadra, principalmente.

Adicionalmente, al momento de ingresar a la guerrilla se debía tener claro que ésta era de ideología marxista-leninista de toda la vida y, por lo tanto, según Fernando, no se podía tener otro margen. Desde que se llegaba al campamento por primera vez, en el momento en el que entregaban el uniforme, no el arma -ya que ésta se daba después de cierto tiempo-, se

era guerrillero, se vivía como guerrillero y se pensaba como guerrillero. La corporalidad tanto física como emocional, por tanto, se le entregaba a la organización y sus ideales, que pasaban a ser propios. Corporalidades, por convicción, que se sacrificaban por el bien común.

Tanto así que el ingreso a la guerrilla de las Farc implicaba un deber racional -de cabeza- y emocional -de corazón-, que se evidencia en el compromiso con la causa y en la plena convicción de la decisión tomada. Muchas de aquellas personas que tomaron tal decisión siguen hoy en los ETCR o en las NAR, y su función, como guerrilleros o como transformadores sociales, acabará el día de su muerte, según lo comentaba Fernando.

Desde el ingreso, cada parte de su cuerpo y su mente estaba en la línea política e ideológica del colectivo. Esto implicaba un tipo determinado de organización, que se hacía evidente en el establecimiento de derechos y deberes, que eran aplicados para todos y cada uno de los militantes.

Lo anterior permitía la formación del papel de guerrillero, el cual exigía comprometer su vida a la transformación social, con una disciplina militar férrea, que no permitía dudar ni “mamar gallo”. Al interior del grupo armado, se cumplían las órdenes, porque “las órdenes se cumplen o la milicia se acaba”. Esta frase era como un grito de guerra, una reafirmación constante que se decía en la guerrilla.

Durante la época del conflicto armado, recuerda Fernando, había días en los que la guerra se presentaba todos los días y a toda hora. Esto, particularmente en los años que van del 2002 al 2010, período de presidencia de Álvaro Uribe Vélez, en el que entraron en vigor el Plan Colombia, la Política de Seguridad Democrática, entre otras estrategias y planes de guerra que eran utilizados por el gobierno en la lucha contra las Farc (Rojas, 2007). En este período, se despertaba y se dormía pensando en el combate. Se vivía con el fusil al lado. Siempre listos para salir de donde fuera, con la economía lista y dispuestos a todo. La economía se refiere a elementos básicos que se debían tener listos y a la mano, como ollas pequeñas, un cuchillo, una linterna y comida, entre otros.

En este contexto se puede hablar de cuerpos entrenados para el combate por un régimen militar, en el que se ahondará más adelante, cuerpos contruidos desde y para el *nosotros*, dejando de lado la individualidad. Si la colectividad no era fuerte y homogénea, el proyecto se derrumbaría.

Anterior a la presidencia Uribe Vélez en 2002, en las Farc se estudiaba mucho, se preparaban ideológicamente. La vida guerrillera consistía entonces en una preparación corporal física y mental, había que entrenar y entregar el cuerpo y la mente a los intereses de la colectividad.

Tal colectividad ha sido un elemento transcendental en la historia de las Farc, el cuerpo colectivo era imperante y la unión de grupo lo era aún más. Allí no había apellidos, ni había nombres: lo que más importaba era la organización, todo giraba en torno a ella. Si había que dar la vida por la causa, se daba. La viva prueba son los excombatientes muertos y los mutilados. Pero todo con conciencia, nunca se estuvo engañado ni obligado, recordaba Fernando.

Y es que, en una guerra, usted vive o se muere, y había que vivir, y para vivir había que eliminar físicamente al enemigo, y para Fernando, así como para el “Abuelo”, la disciplina era la única alternativa de enfrentarse a un enemigo tan poderoso.

Esa disciplina, el “Abuelo” la conoció también desde muy joven. Él empezó a trabajar cuidando fincas en el Vichada. Allí compartió con algunos líderes campesinos, para luego enterarse que hacían parte de las Farc. Se interesó y poco a poco fue involucrándose con la guerrilla, haciendo mandados, comprando provisiones, avisando si había presencia del ejército o la policía. Finalmente confiaron en él, y entró a la organización.

Lo primero que recuerda es la gimnasia. Se debía aprender a marchar y a preparar el cuerpo y la mente para la batalla. Lo cierto es que él, inicialmente, no entendía muy bien la importancia de dicha preparación, pero con el tiempo comprendió que le podría salvar la vida, y así fue. El régimen militar obligaba a los cuerpos de los guerrilleros a disciplinarse, entrenarse y capacitarse para los combates armados, y para subsistir en el monte, tanto física

como mentalmente. Como ya se dijo, cuerpos entrenados y disciplinados, y dispuestos a sacrificarse por el grupo.

El “Abuelo” también recuerda la rancho, lugar donde se preparaban los alimentos en el monte, y donde realizó sus primeros oficios como guerrillero, los cuales incluían preparar la comida y servirla. Poco a poco empezó a darse cuenta de la importancia del grupo, de la colectividad. En la rancho las labores se hacían de manera rotativa para que toda la guerrillerada participara y ayudara en la preparación de los alimentos, de allí su importancia y relevancia como lugar emblemático para el colectivo.

Seis meses después de haber ingresado a las Farc, al “Abuelo” le dieron su primera arma. Entrenaba cómo agarrarla, cómo dispararla y cómo llevarla. Estos entrenamientos los ejecutaba en potreros o zonas abandonadas, ubicando algunos blancos. Practicaba mucho, hasta que le agarró el tiro, literalmente.

Un elemento fundamental es el cuidado del arma que se les entregaba a los guerrilleros: según el “Abuelo”, se debían ser bastante cuidadoso y obediente respecto a su uso, ya que muchos jóvenes entraban a la guerrilla por el arma, para luego salirse y delinquir o ganar dinero con ella. Por esto, el grupo guerrillero decidía tardar unos meses en el entrenamiento del uso del arma, para luego entregarlas.

Con el tiempo, y como se verá más adelante, elementos externos como el arma o el uniforme se convertirán en partes constitutivas de las corporalidades de los excombatientes. Entonces, se puede hablar de cuerpos armados y listos para el combate en todo momento, corporalidades combatientes y siempre alerta.

En cuanto a los combates, este hombre canoso y de habla pausada, asegura que nunca fue herido de gravedad: desde su primer combate, en una emboscada del ejército, hasta el último, también una emboscada, pasando por las *marranas*, que era como le llamaban en la guerrilla a los aviones o helicópteros norteamericanos utilizados por el gobierno del expresidente Uribe en el Plan Colombia. De estos sucesos, siempre logró salir ileso.

Según la experiencia recolectada por el “Abuelo” en los años que ha vivenciado la guerra, lo que lo mantuvo con vida fue mantener ese régimen militar, cumplir a cabalidad lo que le pedían, escuchar a sus superiores con más experiencia en combate, en la vida en la insurgencia.

La rutina en la guerra parecía sencilla: “recoger y salir, recoger y salir” recordaba, y se ejecutaba de esta manera porque se debía estar listo en cualquier momento ante cualquier acción. En esos momentos todo era muy instintivo: se debían tomar decisiones en segundos, irse o quedarse, moverse o esconderse, atacar o esperar. El “Abuelo” recuerda que era muy bueno para ocultarse en situaciones en las que la muerte lo acechaba, ya que era minoría con respecto al enemigo.

En varias ocasiones, de andar tantos lugares, con solo ver un matorral o una mata espesa, como le llaman muchos guerrilleros a cierto tipo de vegetación tupida en el monte, tenía certeza de que era buen lugar para pasar la noche o para esperar escondido a que el Ejército se fuera. Una vez llegó a estar casi 9 horas escondido, sin moverse mucho, en completo silencio, y gracias a eso hoy sigue con vida. Para esto también se debía entrenar al cuerpo y la mente.

El “Abuelo” también supo sortear varios bombardeos, situaciones sorpresivas que requerían estar siempre alerta y casi que dormirse con un ojo abierto. Eventualmente, en la noche cuando se daba la orden de dormir y la oscuridad en el monte era profunda, se escuchaban estruendos ensordecedores, todo se iluminaba y cobraba dinamismo.

En esos momentos se debía tener en mente el campamento, dónde quedaba cada cosa para moverse en la oscuridad. Si se prendía una vela o linterna, ahí caían dos o tres bombas, la *marrana* mandaba un rayo. En esos momentos se sentía mucho miedo, según recuerda, se era guerrillero, pero también se tenía miedo a muchas cosas, susto, duda. En general, se debía hacer un enorme esfuerzo por controlar los pensamientos, la cabeza, y continuar.

En esas situaciones se veían muchos muertos y heridos. Las bombas eran arrasadoras, explotaban y mutilaban todo a la altura de las rodillas. En varias situaciones el “Abuelo” se

desempeñó como enfermero. Él era el encargado de atender a los heridos, y mientras estaba en combate simplemente los canalizaba, los dejaba con suero y se iba a buscar una mata en la cual refugiarse. Tiempos violentos, crudos.

Cuando el combate acababa, o alguno de los bandos se retiraba, se marchaba mucho, y el “Abuelo” junto a sus camaradas de turno recorrieron territorios con el alistamiento necesario y el fusil al hombro. En la guerra se marchaban unos 15 kilómetros diarios, y eso era poco, contaba. Con la comida era descuidado: a veces desayunaba, a veces no comía o no cenaba. Incluso había días en los que no comía absolutamente nada.

Lo anterior ocurría porque, según él, las necesidades físicas de la alimentación pasaban a un segundo plano, pues en esos momentos se concentraban en cumplir los objetivos dados, tales como abarcar distintos lugares, planear y ejecutar acciones militares, entre otras. Sin embargo, cuando había la posibilidad de estabilidad por algunos días, en la rancho se preparaban grandes comidas, sancochos, marranos y arroces, con la colaboración de todos. Eran momentos de alguna distensión.

De estos escenarios también hizo parte Juan, quien vivió una niñez dura en un ambiente hostil, en su natal Chocó. Él es hijo de padres estrictos, así que desde joven estaba acostumbrado a la disciplina. Tiene dos hermanas. Terminó el bachillerato y empezó a buscar trabajo: era bueno para las labores del campo, para utilizar el machete y sembrar alimentos, marihuana o coca.

Juan prestó el servicio militar, lo que a la postre le sirvió como entrenamiento para entrar a la guerrilla, ¡qué ironía! Nunca hubiera pensado que la institución que lo formó militarmente terminaría siendo su enemigo, recordaba. El inicio en la guerrilla no fue duro, ya estaba acostumbrado a la disciplina militar y estaba preparado física y mentalmente. Se puede decir que el sacrificio y entrenamiento corporal que se exigía para el ingreso al cuerpo colectivo Farc no le costó a Juan, en gran parte ya lo traía.

Y es que Juan, igual que Fernando, se dio cuenta de las carencias que sufría su departamento, tanto a nivel social como económico. Esto hizo que en su cabeza empezara a

germinar la idea de que las Farc estaban luchando por causas justas. A partir de esto se interesó por ingresar al grupo armado, habló con el encargado de una zona que le pertenecía a la guerrilla en Urabá, Antioquia, y le pidió entrar.

Tiempo después, luego de insistir, le dijeron que esperara un mes y pensara la decisión, así lo hizo y volvió para vincularse.

Los primeros días, luego de conocer a sus futuros compañeros, ya se sentía un guerrillero más. Había camaradería, y sabía que, de acuerdo con la capacidad, conocimientos y el cumplimiento, se daban responsabilidades, así que Juan intentaba cumplir con esa disciplina. Si le decían que hiciera cualquier cosa, lo hacía sin preguntar, confiaba en el cumplimiento de las normas, le gustasen o no.

Debió esperar para que le dieran su primer “fierrito”, que es la forma que emplea para referirse a las armas. Además, debió sortear el curso básico, el de carácter militar. Aprender la formación, a pararse, a girar, todos los movimientos que iban acompañados de cortas clases y charlas sobre ideología marxista. Allí le explicaban el motivo de la lucha armada, quien era el enemigo y por qué. Cómo se dijo, elementos que ya traía o que no eran nuevos para él.

Había entrenamientos en los que los guerrilleros debían trotar 4 o 5 horas, saltar, hacer flexiones, abdominales, tirarse al agua y perder el miedo a los obstáculos que pudieran aparecer en el combate.

Después de fortalecer el cuerpo y la mente, venían las armas. Sobre estas se enseñaba y se practicaba cómo cogerla, como dispararla, como cubrirse, cómo avanzar. Eso a Juan tampoco se le dificultó, para él todo era muy sencillo: solo debía relacionarse con el aparato, tenerle confianza y perderle el miedo.

Al ingresar entendió que había unos horarios estipulados para todo, para levantarse, a las 4 am, para ir al baño, comer, estudiar, para contar el personal, descansar y entrenar. Rutinas establecidas por el régimen militar para el contexto de la guerra.

La anterior preparación le sirvió para aguantar las marchas en el monte, que para cada escuadra constituían una meta tanto física como mental. Había que ser consciente del movimiento y desplazamiento que se venía. Esto, para no derrumbarse psicológicamente. La idea allí era no “irse a la carrera”, sino, por el contrario, coger un paso regulado y constante, lo cual dependía del terreno, el peso y lo tupida que pudiese estar la selva. Era “haciéndole, con cantimplora llena de agua y hágale”, recordaba Juan.

En la noche las caminatas eran más calmadas: a esa hora la guerrilla se movía mucho en carretera, ya que el paso era más ágil, era cuando menos podían ser descubiertos en zonas en las que había presencia del ejército. Allí también se implementaban unos santo y seña, juegos con palabras que permitían detectar cualquier intruso o efectuar cualquier comunicación entre los guerrilleros sin el riesgo de ser descubiertos.

Entonces, las corporalidades de los excombatientes estaban entrenadas a su vez para relacionarse y subsistir en territorios adversos, montes o selvas tupidas, con climas cambiantes, entornos hostiles en los que no sólo se combatía, también se dormía y se compartía con la guerrillerada. Cuerpos que lograban mimetizarse con estos ecosistemas y utilizarlos a su favor, tanto para la guerra, como para la vida misma.

De igual forma, Juan también se preparaba psicológicamente para manejar la mente con relación a la idea de la muerte o la soledad, ya que, según relata, había que tener a la mano todo el tiempo los implementos totalmente imprescindibles para sobrevivir en caso de quedar alejado del grupo, del cuerpo colectivo, es decir la economía antes nombrada. Esto dependía también de qué tan ordenado y responsable se estuviera con sus implementos, y qué tan disciplinado se era en combate o en marcha. La situación les exigía estar concentrados las 24 horas del día, para no morir en el intento.

La anterior preparación física y mental se efectuaba con el fin de sobrellevar entornos hostiles, los cuales, por lo general, contaban con la presencia del enemigo, y en los que el clima y la presencia de animales salvajes eran una variable difícil de controlar. En muchos casos los excombatientes se encontraban en situaciones en las que debían manejar el cuerpo y las emociones, que se podían alterar, por ejemplo, al pasar a las 2 de la mañana a escasos

metros de puestos de policía o retenes, o al hallarse en lugares en los que se encontraban de cerca de jaguares, tigrillos y serpientes, con lluvias torrenciales o altas temperaturas. Simplemente se debía guardar completo silencio y recordar el entrenamiento.

Juan señala que el día que más caminó, recorrió casi 40 kilómetros sin descanso, en donde se les exigía saber andar y saber utilizar el territorio para la supervivencia y para el combate.

Para Juan era muy importante el estar siempre con el fusil al lado. Decía que solía dormir con un ojo despierto y el otro dormido, por si había que luchar por sorpresa. El sueño se volvía liviano, y en el silencio del monte, cualquier movimiento era detectado. Era tal su nivel de concentración que muchas veces caía en falsas alarmas.

En cuanto al colectivo Farc, también reconocía que este primaba, sobre todo, el grupo y la disciplina terminaban siendo fundamentales para conservar la vida. Para Juan la organización militar del grupo fue muy productiva durante su estancia en el conflicto, debido a la unión y cohesión de la guerrilla, por medio de la cual planificaban sus acciones militares, así como la convivencia y el día a día en el monte.

Como tal, la guerrilla se organizaba en distintos grupos, los cuales van desde las escuadras, de doce personas; las guerrillas, de veinticuatro; las compañías, de cincuenta y seis; las columnas, de ciento veinte; los famosos frentes, cuya cantidad de militantes oscila entre las doscientas y las trescientas personas; y finalmente los bloques, los cuales estaban compuestos por dos o tres frentes.

Estos grupos funcionaban de acuerdo con la preparación y la exigencia militar e ideológica de los líderes y a la disciplina y compromiso de todas las jerarquías que hacían parte del colectivo, las cuales van desde guerrilleros rasos o de base, ya que en muchos casos no utilizaban las mismas denominaciones del Ejército, hasta los primeros mandos. Ese reglamento y ordenamiento no se podía modificar ni incumplir. El cuerpo colectivo funcionaba porque los cuerpos que lo integraban eran homogéneos, y trabajaban en pro de la causa colectiva.

En cuanto a la muerte, una posibilidad latente en los combates armados, en varias oportunidades Juan estuvo cerca de perder la vida. Se salvó de emboscadas y de quedar solo contra un ejército completo, pero gracias a la disciplina y las tácticas aprendidas en el curso básico logró ponerse a salvo. Recordaba que salvó muchos heridos, algunos con balas incrustadas, como le ocurrió a él mismo, que recibió una bala en el brazo, pero quedó sin mayores consecuencias. La bala se encarnó y solo quedó la experiencia y la cicatriz, una marca física y tangible, inscrita en el cuerpo de Juan.

En los enfrentamientos era importante mantener protegido el cuerpo de los heridos y recuperar el de los caídos en combate. Esto, con el fin de darle el cuidado correspondiente o la “cristiana sepultura”, para estar en paz, al menos con “el de arriba”. También era importante rescatar el “fierrito”, el fusil. Un fusil rescatado o robado al Ejército era una victoria sagrada para Juan, y según él, para cualquier guerrillero.

Tales prácticas hacen notar la noción de sacrificio colectivo que adquiría la corporalidad de los excombatientes aún con vida y en pie de lucha, como le llamaban, hacía las corporalidades de compañeros caídos en combate, o ante elementos constitutivos de ésta en la guerra, como el arma.

Sin embargo, y según argumentaba Juan, si bien no ha sido sencillo olvidarse de este modo de vida, lo intenta a diario porque para él la situación política y militar de las Farc con el proceso de paz lo ameritaba, es una oportunidad de hacer política y utilizar las palabras en vez de las balas. Dicha premisa es común en mucha población excombatiente que permanece en el ETCR, ejemplo de ello es el “Gato”.

En el ETCR todos conocen al “Gato”. Es un tipo jovial y recochero, de 53 años. Tiene una camioneta 4x4, por lo que es muy solicitado en el Espacio, sube y baja gente al pueblo, también transporta víveres y provisiones, saca una plata de ahí, como él mismo dice.

Entró a las Farc a los 23 años, duró en la organización 28 años. Perteneció a las JUCO, y ahí empezó su trasegar revolucionario. Dice orgulloso que, en las épocas de más guerra, vivió en las líneas de combate también como enfermero, pero de línea, es decir, combatían a

la vez que intentaban sacar a los heridos. Eran los más experimentados, los que más vivían escenas crudas y fuertes. Eso era la guerra, después de todo, decía “Gato”.

Anduvo las zonas más problemáticas en cuanto a la confrontación con el Ejército. Transitó por el Guaviare, por el Meta y por parte del Caquetá. Estas son zonas de intensos combates, y donde, en palabras suyas, “se regó mucha sangre inocente, tanto por parte de la guerrilla como del Ejército”. Durante su tiempo como combatiente nunca fue herido de gravedad, solo tuvo pequeños sustos superficiales como cortadas o raspaduras.

Era muy disciplinado y riguroso, aún lo es, y recalca constantemente la importancia de ceñirse en su totalidad al reglamento de las Farc, a su ideología política y a respetar y escuchar a quién más tiempo llevaba en el monte, con el fusil al hombro.

Asegura que en su tránsito a la vida civil ha tenido dificultades para dejar las armas, puesto que para él abandonar los “fierros” implica, al menos en parte, dejar los principios por los que había entrado a la guerrilla y había durado tanto tiempo en ella. Él insiste en señalar que los principios como revolucionario no se han olvidado, sino que habrá que seguir con la lucha ideológica y política desde las ideas y las palabras.

La dejación de armas, según lo comentaba, no obliga a olvidar la función que éstas tuvieron durante el conflicto, pues gracias a estas las peticiones de las Farc fueron escuchadas. Igualmente, un elemento que mantiene es el de la ideología, la cual “nadie se la podrá quitar”, ya que todo aquel que ha pertenecido a las Farc “seguirá siendo revolucionario hasta el final de sus días”.

Antes de ingresar a la guerrilla, “Gato” terminó el bachillerato. Quería estudiar medicina, pero entendió que no tenía el dinero suficiente para costear la carrera, o cualquier otra carrera, y que necesitaba “palanca”. Él hacía parte de la oposición, como le llamaba a las personas que no compartían ideales políticos con las élites del país, y se fue quedando de lado.

Sin embargo, “Gato” conoce apartados importantes de la historia de Colombia, del conflicto armado en nuestro país y de los conflictos que surgieron en nuestro continente en

el siglo pasado. Habla con claridad de las dictaduras en Argentina y Chile, y de los procesos vividos en Uruguay, Paraguay y Brasil.

Todo eso lo conoció y lo leyó en los espacios de estudio cuando no había combate, y recalca que su tiempo en las Farc no lo perdió, y que siempre intentó inculcarles a sus tropas la importancia de preparar “la cabeza”, para conocer la realidad del país, del continente.

Como enfermero y jefe de tropa tuvo que reclutar mucho personal y decía que la gente lo respetaba y lo apoyaba. Él se describe a sí mismo como una persona de fiar, leal, que llegó a comandar compañías de 50 unidades.

Así como el “Gato” era encargado de reclutar personal para las Farc, la primera mujer del texto, que responde al nombre de Valentina, también fue reclutada, para luego formar parte de la organización. Ella, de 45 años, es una de las personas que, anterior a la pandemia, lideraba el proyecto productivo textil, en el que se realizaban prendas de vestir elaboradas por excombatientes. Nació en Bogotá, pero desde pequeña se fue a vivir a Boyacá, que es el lugar de origen de su papá. Tuvo una infancia tranquila, común, típica de clase media colombiana, como recordaba.

Cuando terminó el colegio, volvió a Bogotá, y entró a estudiar economía en la Universidad Nacional, donde hizo 8 semestres, hasta que conoció el camino que quería para su vida. Cursaba la carrera y conoció el modelo neoliberal imperante, y pronto se empezó a dar cuenta de que la denuncia pública, especialmente de universitarios, se estaba privatizando. Eso la marcó.

Ingresó al movimiento estudiantil en defensa de la educación pública. En aquella época se cerraron varios hospitales, entre ellos el San Juan de Dios, también fue la época del genocidio de la Unión Patriótica, y tiempo después la desmovilización del grupo guerrillero M-19 (Navarro, 2001). Todos estos factores contribuyeron a tomar la decisión de buscar una alternativa.

Primero conoció al ELN, ya que este grupo guerrillero era más fácil de encontrar y contactar en la universidad, puesto que daban charlas en distintos lugares. Asistió, pero la

idea general de esta guerrilla no le quedó tan clara: para ella, en la práctica el grupo no tenía bases sólidas, por lo que continuó tocando puertas y buscando alternativas.

Por medio de un conocido, perteneciente a la UP, recibió una invitación al Guaviare, a un campamento de las Farc de aquella época, en los 90s. Estuvo allí tres meses y este tiempo fue suficiente para conocer la historia, los documentos, la gente, el espacio. Quedó anonadada, ya que se encontró con un ejército de gente muy humilde. No había casi personas con títulos, con estudios, solo gente sencilla, campesina, con un nivel de formación política, para ella, muy alto.

Había mucha organización. Se puede decir que era una ciudad construida en medio de la selva, la cual contaba con disciplina y rigurosidad militar, pero sobre todo encontró una propuesta, desde los procesos campesinos de resistencia de aquella época, que nacieron como autodefensas en los años 50s y 60s, y que hasta ese momento ella desconocía.

Conoció el proyecto, el cuerpo colectivo y se enamoró de sus ideales y la forma en que se querían llevar a cabo. De esta forma decidió poner al servicio de las Farc su cuerpo físico y emocional, sin embargo, su proceso difiere un poco de los anteriores excombatientes, en cuanto a la procedencia urbana de Valentina, y los cambios por los que tuvo que transitar para ingresar a la organización.

En cuanto a sus días como guerrillera, Valentina hace claridad en que cada persona ingresa a las Farc de manera diversa: algunos lo hacen por la ideología política, otros por habitar zonas de conflicto, otros por pertenecer a familias de tradición comunista o por violencia familiar y buscar un escape, entre muchas otras razones.

Cuando ella tenía 22 años ingresó, y recuerda que el inicio fue muy duro. Era bastante complicado el tener que aguantar físicamente las largas jornadas de trabajo, el tener que seguir el ritmo de los compañeros y conocer historias y compartir con todo tipo de gente. Todo esto era nuevo para ella. Pronto se dio cuenta que, aunque no se sentía tan joven, la gente campesina, de menor edad que ella, mostraba más madurez en algunos aspectos. Según

recuerda, esto era a causa de las crudas y difíciles condiciones de vida que se vivían en el campo.

Luego de unos arduos meses de acondicionamiento físico, de conocer y reconocer su cuerpo y su mente en un ambiente distinto y hostil, le dieron su uniforme y su fusil.

También recuerda con claridad la primera vez que vio morir a un compañero, y como le dolió hasta el alma y sintió que ya no podía más, casi que se derrumbó, pero que con ayuda de los camaradas pudo sobrellevar la situación, lo que la hizo más fuerte que antes. Según su experiencia, estos acontecimientos no la podían derrumbar, debía ser fuerte, después de todo esa es una característica de la vida revolucionaria, y ello, para Valentina, implicaba al cuerpo y la mente.

Más de una vez, sin ser muy religiosa, se encomendó a Dios, ya que en una ocasión unos sujetos armados, que decían ser paramilitares, la subieron esposada y tapada la cabeza con una bolsa. Creyó que iba a morir: “en esos momentos lo que hay que tener es fortaleza, perrenque y encomendarse a Dios,”. Al final eran personas de la Sijín buscando información, o que entregaran a otros guerrilleros de mayor rango.

En este caso, se puede hablar de un sacrificio corporal de Valentina para ingresar a la organización, distinta a la de Fernando, “Abuelo”, Juan y “Gato”, debido a su procedencia urbana y al cambio que ella debió sobrellevar tanto en lo físico como en lo mental. A ello se suma el elemento de ser mujer, una mujer urbana, ciudadina, frente a la mayoría de las camaradas de origen rural, y los prejuicios que ello conlleva, de fragilidad o debilidad.

Dichas situaciones también las experimentó Janeth, una mujer de 34 años, nacida en el departamento de Cundinamarca y quién en el momento del encuentro tenía 4 meses de embarazo. Ella es otra excombatiente que le apuesta con todo a la paz.

Janeth tiene 7 hermanos, de los cuales ella es la mayor. Recuerda su infancia, su estudio, sus papás, quienes le dieron gusto con ello hasta que pudieron. Se fue de casa, cansada de los malos tratos de su papá, a los 14 años.

En el pueblo en el que vivía eran conocidas las Farc, había bastante población que pertenecía al grupo y la guerrilla rondaba por los alrededores de la casa de Janeth. Los miembros del grupo guerrillero llegaban con equipos, con fusiles, y esto le parecía curioso, le interesaba y observaba atentamente. El entrar a la guerrilla no fue duro, ya que siempre estuvo acostumbrada a la vida campesina.

Al ingresar ya sabía marchar y desbaratar el fusil. Esto lo aprendió de pequeña, cuando observaba cómo lo hacían los guerrilleros. Lo que más se le dificultaba eran las traspasadas para prestar guardia, y las largas marchas a oscuras. Ella no estaba acostumbrada a eso, “era muy verraco”.

Sin embargo, con el paso del tiempo se fue acostumbrando, de manera que a las dos semanas ya le había agarrado el ritmo a la guerrilla y su día a día. Su familia no le hacía falta, contrariamente estaba feliz de no aguantar los maltratos y el desprecio de su padre, quién para ella, nunca la quiso.

En la guerra estaba acostumbrada a levantarse a las 4 o 5 de la mañana para la formación. Allí, decía, sentía la conexión que había entre los excombatientes, la camaradería y el compartir. Además, contaba que extraña precisamente eso, la vida militar y el régimen, el compartir, la familia fariana. Se le ha hecho difícil acostumbrarse a la vida civil. Esos escenarios en colectivo, dirigidos en gran parte por la estructura y exigencia militar configuraron su cuerpo y la forma en la que se relacionó con sus compañeros y con los territorios que recorrió. Hoy en día, el sedentarismo y el cambio que atraviesa el grupo son dos elementos que le han costado asimilar, comentaba.

Del conflicto, recuerda que inició por San Bernardo, donde nació, en Cundinamarca, y anduvo los páramos de la Uribe, Meta; por el Caquetá; Tolima; Huila, entre otros lugares. Todo lo recorrió al trote y con el fusil al hombro. También fue enfermera, razón por la cual la trasladaban con alguna frecuencia por distintos frentes guerrilleros. Hizo un curso para dedicarse a esta labor, operó a varios de sus camaradas, o como decía: “los rajaba, y atendía huesos tripiados, partidos, pulmonizados”. Esa era la jerga médica en las Farc.

Dentro de sus labores como enfermera amputó varias piernas heridas por balas y acompañó a varias compañeras en las labores de parto. Muchos elementos los fue aprendiendo por el camino, y claramente no fueron de la manera más tranquila posible. Contrariamente, vivió muchas situaciones de tensión, como cuando un bebe se vino de pies y fue complicado sacarlo, o cuando le tocó amputarle una pierna a una buena amiga suya, quién desesperada por el frío del páramo se disparó para que la sacaran de ese lugar.

En medio del conflicto armado se veían muchas enfermedades tropicales, y las condiciones eran tan duras que, según recuerda, había lugares a los que se llegaba después de caminar 5 o 6 días y luego en bote. Eran lugares totalmente apartados y olvidados por el Estado.

A los 2 meses de ingreso le dieron su primer fusil y su primera economía. Disparar no fue difícil, sólo fue cuestión de “saber pararse y conocer la fuerza para agarrar el aparato”. El primer combate que experimentó fue en el Sumapaz, lugar que no recuerda con estima, ya que las condiciones, como se dijo, no eran favorables. No se veía nada, cada tanto pasaba algún animal salvaje y hacía mucho frío.

En estos combates, ubicaban a los guerrilleros a más o menos cinco metros de distancia, lo cual implicaba que Janeth se sintiera sola, abandonada “a su suerte”. Ella asegura que se sentía nerviosa, con mucho miedo, ya que nunca había escuchado las balas tan cerca.

Sin embargo, cuando disparó por primera vez hacia un blanco desconocido, el miedo desapareció. No se veía nada, pero sentir el olor a pólvora era como un sedante para ella. Eso la tranquilizó. Fue un consejo que le dieron unos camaradas y que en realidad le funcionó, recordaba con asombro.

No la hirieron de gravedad en todo su trasegar como guerrillera, y cuenta que no sentía miedo de morir, ni lo siente ahora, pero sí le temía a que la capturaran viva. Varias veces el ejército la persiguió en el monte, y ella sentía que cuando se percataban de que era mujer la perseguían con más fuerza.

Recuerda esos momentos corriendo en el monte, escuchando al enemigo que decía que la agarraran “para matarla, para violarla”, y mencionaba que se le hacía una “babasa gruesa” al correr que no la dejaba respirar. Además, sus perseguidores solían disparar un tipo de bala muy “azaradora”, que la asustaba mucho porque sonaba durísimo, tanto así que podía pasar a un metro de distancia, pero ella la sentía al lado. Técnicas de guerra, para desestabilizar al enemigo.

Estuvo en bombardeos, y el escuchar caer las bombas, casi siempre en la noche, la dejaba neutra, sin saber para dónde coger o qué hacer. Con la experiencia fue aprendiendo cómo desenvolverse en esos casos, pero al principio fue duro.

Siempre veía las esquirlas de las bombas como “estrellitas de colores”, parecía estar en una película en cámara lenta, pero no había que envilecerse con eso, había que actuar y rápido. Después de las primeras explosiones siempre había quejidos y gritos de sus compañeros heridos, pero, a pesar de todo, había que tener la moral en alto.

Su experiencia en combate la convirtió en experta en clasificar heridas y atender con rapidez. Ella pronto comprendió que se debía prestar atención especialmente a los que menos gritaban porque eran los que se estaban muriendo, mientras los que más lo hacían -gritar- aún tenían tiempo. En general, acostumbrarse a eso, según lo cuenta, fue duro, pero con el tiempo lo consiguió.

También hubo momentos en que se encontraba sola y era la única enfermera. Ahí sentía un poco de miedo, pero lo solucionaba animándose y diciéndose a sí misma “yo puedo, soy capaz” y atendía como podía a los camaradas, después de todo, era para lo que se había preparado y en lo que tenía experiencia.

Entonces, de esta forma los seis excombatientes expuestos anteriormente en el texto rememoran su ingreso a la guerrilla y los días de combates, en los que se estaba consciente de que se podía perder la vida en cualquier momento, pero se hacía con convicción. Existía una preparación para ello, y el sacrificio era total, sacrificio físico, al entrenar y capacitar una

anatomía para la lucha armada, y al entrenar la mente para no desfallecer y soportar los rigores de la vida insurgente.

Sin embargo, como se dijo anteriormente, la vida en el conflicto armado no se refiere únicamente a los combates propiamente, y la construcción corporal de los excombatientes, con base a la construcción y a la reafirmación constante de un colectivo imperante, también se hace manifiesta y se puede analizar en los momentos en los que se fortalecían lazos con el grupo desde otras perspectivas, distintas a los contextos violentos.

Allí donde se compartían comidas, actividades distintas a las acciones militares o en los tiempos libres, también se hace visible la relevancia de la pluralidad del grupo sobre la singularidad de cada quién, y cómo ello constituyó cuerpos para combatir a un enemigo, pero también para lograr cohesión, e incluso recreación y diversión en medio de una guerra. A continuación, se presentan algunos de esos espacios, que hoy en día escasean y ayuda a que la colectividad antes imperante, se torne difusa.

2.2 La vida en la guerrilla más allá del combate, otros escenarios colectivos.

Como se mencionó, no todo en la vida de un guerrillero en el conflicto fue de confrontación armada. También se construyeron lazos en otros espacios y compartieron con diversos actores del mismo conflicto, por supuesto en su gran mayoría con camaradas y comandantes, y estas relaciones atraviesan y configuran al cuerpo desde una colectividad imperante.

Fernando, por ejemplo, se relacionó directamente con Manuel Marulanda Vélez, “Tirofijo”, y con Jorge Briceño “Mono Jojoy”. Esto, para él, fue parte importante de su formación, ya que comprendió elementos relevantes sobre las labores de mando, y además le permitió formarse como revolucionario y comandante, física e ideológicamente, ya que estos líderes pedían disciplina y rigurosidad.

El régimen militar debía ser férreo, tanto al prestar guardia, como en el combate e incluso en la marcha. Como tal, los comandantes eran muy estrictos a la hora de madrugar:

siempre muy temprano para hacer ejercicio y en la guardia se debía estar atento y no distraerse, era un cuento serio, recordaba Fernando.

Otro actor importante era el pueblo, por el que se daba la vida: había que acabar con la oligarquía corrupta y buscar siempre el bien de la comunidad. Algunas poblaciones apoyaban al grupo, incluso algunos campesinos ayudaban con labores de inteligencia y con suministros. También existían lazos que se tejían con las distintas comunidades, sobre todo campesinas.

Lugares como la ranca también eran sitios en los que no se vivía la confrontación armada. Para el “Abuelo”, ese era el lugar ideal para compartir con los cabecillas y los guerrilleros de base, ya que allí todos estaban en condiciones de igualdad, y se podía construir un ambiente agradable. Por supuesto, allí también había normas de limpieza como el uso de mallas, o llevar el cabello recogido en las mujeres, y siempre mantener manos y pies limpios. Lo mucho o lo poco que hubiera se preparaba y se repartía entre todos, mientras, a su vez, se departía. En la ranca unos cocinaban y otros ordenaban o recogían, se puede decir que era todo un trabajo en conjunto, recuerda. Construcción constante del cuerpo colectivo Farc, afianzamiento de lazos y relaciones en las que la noción de sacrificio se fortalecía. El “Abuelo” también compartió con varios comandantes, como Fernando, sobre todo con el “Mono Jojoy”.

Por su parte, Juan fue el primero en animarse a reconocer que la relación con la población civil por parte de la guerrilla fue equivocada en muchos aspectos. Recuerda que hubo muchos muertos, masacres, secuestros, torturas, entre otras prácticas de la guerra que se le infringieron al pueblo, ese mismo que la guerrilla, en su discurso, juraba defender, reconociendo también que no eran las mejores maneras de proceder. Para él, todo fue por la revolución, por cambiar las estructuras del país, y aunque admite que la guerrilla se equivocó, manifiesta que el Estado también lo hizo.

Juan también compartió con el “Mono Jojoy”, y lo que más recuerda de este líder fue el orden con el que trabajaba y le imprimía a cada guerrillero de base. La estructuración debía ser máxima, y decía que su figura y mando maximizaba el rendimiento de los guerrilleros,

tanto en el combate como en la convivencia. Cuando debía ser duro y estricto, lo era, cuando debía “ser persona” también lo era.

Era como un padre para su compañía. Su muerte, a manos del ejército, fue un golpe muy duro para él y para el grupo. Ese día se desgarraban las lágrimas, no se podía creer. El día que murió el Mono, como lo recuerda Juan, abatido por el enemigo, fue un dolor profundo, y marcó un antes y un después para la guerrilla, o por lo menos para esa compañía, la original de Cabrera, de dónde provenía Jorge Briceño. Fue aún más doloroso ya que ejército logró capturar su cuerpo, para mostrarlo ante los medios de comunicación y el país en general.

Lo que más disminuyó el ánimo a la guerrillerada era el no poder darle una sepultura a una persona valiosa, y que su cuerpo, su rostro, fuera expuesto como un trofeo. Muchos creyeron que hasta ahí llegarían las Farc, que sería el fin de la guerrilla. Esto ocurría a mediados y finales del año 2010, cuando varios cabecillas estaban siendo dados de baja o capturados por el ejército. Eso sí, para Juan, gracias a los escritos, a las ideas y a la presencia que habían dejado líderes como “Tirofijo” y el “Mono Jojoy”, y a la formación implantada, la guerrilla resurgió y siguió combatiendo.

Los días y semanas siguientes a la muerte del “Mono Jojoy” fueron como un “Vietnam completo”, recuerda Juan. Se escuchaban bombas, tiros, helicópteros, ametralladoras, mucha gente murió. En ese tiempo los guerrilleros iban motivados, con sed de venganza y sin miedo a la muerte, ya les habían quitado algo verdaderamente importante. Se iba con furia a “echar bala”, sin miedo a nada.

Luego de los enfrentamientos se tenían algunos espacios lúdicos que no sólo incluían a los cabecillas, allí compartía todo el grupo. Se jugaba voleibol, fútbol, cartas; en general había espacios para la “recocha”, o para actividades culturales. También surgían relaciones sentimentales, y había espacios de estudio y de lectura. Era un ir y venir, en el que por momentos se cambiaba el “chip” y se olvidaba de la guerra, aseguraba Juan.

Entonces, se puede reconocer que los cuerpos de los excombatientes, que si bien estaban entrenados y configurados para combatir y soportar ambientes hostiles, también se permitían momentos de distensión, de camaradería, cuerpos relajados por momentos cuando el combate lo permitía, que encontraban en la rancho, en los juegos o actividades culturales, deportivas, e incluso en relaciones sentimentales cortas o medianamente duraderas cambiar el *chip* de la guerra. Tales contextos a su vez fortalecían la colectividad y la noción de sacrificio de cada guerrillero, sacrificio corporal para con sus camaradas, con los cabecillas, con las ideas que planteaba la organización.

“Gato”, por su parte, comparte el anterior punto de vista, ya que comentaba que había varios momentos en los que se podía compartir un poco con la guerrillerada. Él asegura que esas eran épocas en las que el combate daba un poco de tregua y se podían distender un poco.

También asegura que había varios amantes del whiskey, y a veces se compartían unos tragos con algunos camaradas, en especial cuando había cumpleaños o días especiales para las Farc. En esas ocasiones traían botellas *Remy Martín* para los diabéticos, y compartían con los que quisieran.

Él compartía con camaradas, en tropa y con enfermeros. Lo más importante en estas ocasiones es que entre todos se aseguraban de que no le faltara nada a ningún guerrillero, por lo menos en lo referente a dotación, alimento, trato, y recreación cuando se podía. Eran una familia, en sus palabras, y para él lo siguen siendo hoy en día.

Valentina, por su parte, recuerda que desde su inicio como guerrillera sus compañeras la apoyaron de forma inmediata, y aunque ella venía con cierto grado de educación, superior al promedio, sintió que todo lo que conocía no servía para nada. Ella recuerda especialmente a las personas con las que compartió y de las que aprendió mucho: era gente de todas partes del país, de distintas situaciones económicas y de distinto proceder: algunos eran indígenas, otros afrodescendientes, otros campesinos, otras mujeres.

Le costaban mucho las marchas, en especial al principio, tal vez lo más complicado era cargar la economía y seguir el ritmo de los compañeros, que era algo para lo que no estaba

preparada. Sin embargo, varias mujeres, la mayoría indígenas, la ayudaron y la apoyaron en esas circunstancias, en las ocasiones en las que parecía que no podía, que se caía, que no lograba subir la trocha, la mata espesa, en las que le tocaba cargar elementos pesados. Todo ese proceso, para ella, fue como romper con un paradigma: el paradigma de la feminidad frágil y débil, cuerpos que históricamente han representado tales características y van en contra de la masculinidad hegemónica en la guerra.

Ella aseguraba que las mujeres que allí conoció, y que la ayudaron, eran bastante fuertes, de manera que debía competir no sólo contra sus propias debilidades y miedos, sino también contra la ventaja que le tenían las demás. En la guerrilla, para ella, ese paradigma de la feminidad débil se caía completamente, al reconocer que, en términos corporales, los cuerpos tanto de hombres como de mujeres eran vistos por igual, y eran exigidos en las mismas condiciones. En su caso particular, al venir de un entorno urbano, la adaptación de su cuerpo a un contexto nuevo tomó más tiempo y más esfuerzo, pero lo logró gracias a que se enamoró del proyecto, y la noción de sacrificio hacía la organización se convirtió en su proyecto de vida. Y era en los momentos en que compartía con sus compañeras guerrilleras y se apoyaban mutuamente cuando más se sentía parte del proyecto, y cuando más se enamoraba de las ideas revolucionarias, recordaba.

De ahí que Valentina no se arrepiente ni se arrepintió nunca de la decisión que tomó al entrar a las Farc, pues siente que tenía claridad política del por qué se metió donde se metió, y que en últimas no es una cuestión de arrepentimiento. Cómo se dijo, el sacrificio y la convicción fue total, pero cabe recalcar que su proceso fue distinto, su adaptación física y mental a las nuevas condiciones que convertirían su corporalidad en una corporalidad guerrera, tomaron otros caminos como los que pudieron tomar las experiencias de los demás excombatientes del texto.

Ejemplo de ello, y para finalizar se encuentra Janeth. Ella fue quién más se expresó con respecto a la relación con sus camaradas, y cómo le hacen falta esos momentos en familia. Siempre manifestó que prefería más a la “familia fariana” que a su familia biológica, porque en las Farc nadie le echaba en cara nada. En la guerrilla cada miembro se ganaba la comida,

el vestuario, la economía, y sobre todo había un sentido importante de unión, que se hacía evidente en los momentos en los que ocurría un problema e inmediatamente todos estaban pendientes y listos para ayudar, así lo recuerda.

Cuerpos contruidos en comunidad, dispuestos y configurados para luchar en conjunto, pero también para vivir en conjunto, para solucionar obstáculos en colectividad, dispuestos a sacrificarse por el camarada de al lado, así no se le conociera o se le tratara. Cuerpos en pluralidad.

Janeth recuerda también que casi siempre anduvo por páramos o lugares fríos y a pesar de que les dotaban de cobijas y elementos para minimizar los efectos del clima no siempre lograban cumplir el objetivo deseado. En este tipo de ambientes tenían que buscar un “socio o socia” para dormir, para “agarrar calor”. A veces se juntaban grupos de 4 o 5 guerrilleros para dormir, eso lo recuerda con mucho cariño, ya que en esas ocasiones se compartían muchas cosas, se llegaba a conocer a los compañeros y se distraía mucho. Se fortalecía la unión y la convicción por la causa revolucionaria, en dónde elementos como la corporalidad se relacionaban en conjunto para soportar condiciones adversas, teniendo presente que se podía perder la vida en cualquier momento.

En ese tipo de territorios Janeth prestaba guardia y cuando podía estudiaba un poco, aunque ello le daba sueño ya que no le gustaba. También estudiaba los documentos de las Farc y circulares que llegaban. Allí, en ocasiones se veía acompañada de otros compañeros, los cuales solían ser analfabetas, y con ellos debía leer libros y hacer resúmenes de manera conjunta. En general, eran espacios en los que había universitarios, bachilleres, y gente sin ninguna preparación académica, pero que eran capaces de trabajar unidos por un objetivo común.

Ella asegura que nunca pensó en desertar y siempre se decía a sí misma, “esto pasará, ya vendrán los buenos tiempos”, y sentía que esos buenos tiempos llegaban cuando podía reunirse con los “pelados y las chicas”, en general con todos sus camaradas, y se dedicaban a hablar, y a pesar de la guerra hacían algunas fiestas, “¡y qué fiestonones!”, comentaba Janeth, entre risas y con mucha nostalgia. Eso la hacía muy feliz. Los cuerpos, creados para

combatir, para pelear, también eran capaces de disfrutar un baile, de enamorarse, de reír o llorar (a escondidas, preferiblemente), y en estos espacios, era donde el cuerpo colectivo más se fortalecía. Allí se estrechaban los lazos de la familia fariana, recordaba Janeth.

Pese a Janeth tuvo un par de relaciones sentimentales, aquello no era un tema muy relevante, ya que todo era cambiante y muchas veces trasladaban a sus compañeros, de manera que la relación “quedaba ahí” y en esas circunstancias no había espacio para la tristeza, ya que lo importante era el grupo, el colectivo.

Una vez, comentaba ella, en una emboscada le mataron un “socio”, o una pareja sentimental. Esto fue duro, pero también fue un aprendizaje: esa es la vida en la guerra, decía. Ella también aseguraba que no lloraba porque a los muertos se les debe recordar por lo bueno y se debe continuar. En esas circunstancias no se podía llorar, o por lo menos no frente al grupo, porque podía bajar la moral. Lo único que se podía hacer era “llorar a un lado, llorar poquito” y sin que nadie se diera cuenta, después de eso se volvía a levantar la moral.

Sobre el periodo presidencial de Álvaro Uribe Vélez recuerda que hubo mucha gente muerta, “un horror completo, muchas bajas y gente que enterrar”. En esos días el silencio era tal que ella, en algunos momentos, sentía que se le hacía un “nudo en la garganta”, y quería hablar, pero no lo hacía: allí nadie hablaba, todos guardaban silencio, pues comprendían que si uno hablaba los demás podían ponerse a llorar ahí mismo, y no se podía ni se quería, ya que había que tener siempre la moral en alto.

Pese a que alguno o algunos estuvieran bajos de ánimo, primaba el bienestar colectivo, y si había que reprimir o esconder las lágrimas, se hacía. Allí también hay un entrenamiento corporal, en situaciones de dolor o angustia para las que se debía estar preparado, tanto física como mentalmente. Todo para el colectivo.

La homogeneidad del cuerpo colectivo Farc primaba por sobre cualquier particularidad, y como se vio en el primer apartado se estaba dispuesto a un sacrificio total en los momentos de combate armado, donde se sabía que se podía perder la vida en cualquier momento. Esto se hacía con convicción, hacía el proyecto Farc, que se fortalecía tanto en

estos escenarios pese a las pérdidas de compañeros, así como en los momentos de distensión y camaradería, que los hacía fortalecer los lazos y relaciones que se daban entre ellos y ellas.

Hoy en día el cuerpo colectivo parece no ser tan relevante como antes, lo cual implica cambios en diversos aspectos. Uno de ellos es la construcción y reconstrucción diaria de los cuerpos singulares de personas acostumbradas a los escenarios antes planteados. Entonces, entendiendo que la reincorporación, que como la misma palabra lo indica, tiene que ver entre otras cosas con un nivel corpóreo que se quiere incorporar nuevamente a la vida civil, se plantea que se deben brindar elementos y espacios de reeducación, adaptación y expresión corporal, todo ello basado en prestar atención a las transformaciones que surgen en los cuerpos de los excombatientes al verse enfrentados a la realidad actual.

2.3 Transformaciones corporales colectivas en la reincorporación

Como se mencionó anteriormente, la situación actual de postacuerdo plantea un escenario distinto al contexto de conflicto armado que han vivido las y los excombatientes. Si bien no se puede hablar de que las confrontaciones armadas han terminado en su totalidad, tanto con exintegrantes Farc, ahora convertidos en disidencias, y con otros grupos al margen de la ley, los excombatientes que se encuentran en el ETCR de Icononzo y que aparecen en los párrafos anteriores sí lo han hecho, y su apuesta es por la paz.

Este cambio en el modo de llevar su vida, al pasar del enfrentamiento armado a la búsqueda de la paz por medio del diálogo y el ejercicio político, repercute en sus corporalidades de diversas formas. En primera instancia, se reconoce que el cuerpo para un excombatiente, en contextos de guerra, se identifica con una causa grupal, colectiva (Chona, 2020).

Entonces, se puede entender al cuerpo como un arma colectiva borrada de su identidad personal, lo cual queda plasmado desde el momento en el que se ingresa a la organización, al perder la primera identidad o el primer nombre, y ser rebautizados con un nuevo alias. Desde ese momento se empieza a ser guerrillero, se empieza a pertenecer a ese cuerpo colectivo, como decían Fernando y Juan.

Pérez (2016), por su parte, denomina este proceso como una etapa de construcción del cuerpo social, en el que el sentido de lo colectivo se manifiesta en la corporalidad y en la que se crean subjetividades fundadas en un *nosotros* y no en un *yo*. Lo anterior, va en contra de la noción occidental hegemónica de lo corporal, en relación con la individualidad, ya que se toma el cuerpo como un elemento de diferenciación del otro, un cuerpo individual.

Por tanto, la construcción de la corporalidad para esta población es construida con los otros, con los camaradas. Aquí la identidad se construye cuando se empieza a conocer a la población con la que se va a compartir una ideología, la utopía de la revolución, como comentaba Valentina.

En este sentido, es precisamente el cuerpo el primer ámbito de compromiso y deber, puesto que, primero anatómicamente (Chona, 2020) se hace una entrega del cuerpo a la colectividad, la cual se evidencia en el entrenamiento físico, como la gimnasia a la que hacía alusión el “Abuelo”, o el entrenamiento experimentado en el servicio militar por Juan, o incluso en el proceso adaptativo llevado a cabo por Valentina, quien venía de un entorno urbano y tuvo que adaptarse a nuevas prácticas.

Chona (2020) denomina estos ámbitos como técnicas de adiestramiento corporal, las cuales son diseñados para volver aptos a esos cuerpos para la guerra, para soportar las marchas de las que se ha hablado hasta ahora, para perder el miedo a los obstáculos de los que hablaba Juan, para lograr completa inmovilidad por horas como señalaba el “Abuelo”, o para responder en el combate como le tocó a Janeth, y a todos.

Con el tiempo, elementos externos como el uniforme y las armas pasan a ser parte esencial de esa corporalidad física, ya que estos logran homogenizar a los miembros del colectivo y permite que se diferencien de sus enemigos. En muchos casos los uniformes más allá de ser un símbolo común compartido pueden convertirse en la segunda piel, o el arma, que puede fungir como una prolongación de sí mismo (Pérez, 2016).

Sin embargo, esas técnicas de las que habla Chona (2020) no son únicamente físicas, también abarcan un cuerpo mental que hace parte de esa construcción corporal colectiva. Con

esto se logra dotar al cuerpo de fortaleza mental para resistir, como mencionaba Juan, psicológicamente un combate, una marcha, la guardia o la muerte de un camarada como lo señalaban Janeth y Valentina.

Por tanto, se puede hablar en concordancia con Chona (2020) y Pérez (2016) del cuerpo como la ofrenda máxima a la causa de la revolución, al colectivo Farc. Esa corporalidad configurada por Fernando, el “Abuelo”, Juan, “Gato”, Valentina y Janeth, más allá de la mera anatomía, es el primer escenario que lleva la bandera de la revolución y la liberación, con el que se defiende a muerte la idea del colectivo, que pasa a ser la idea del proyecto de vida de cada uno de los integrantes de las Farc.

Siguiendo a Chona (2020), la significación del cuerpo, por tanto, se colectiviza, encuentra su causa en el grupo y su idea. Constantemente, en la cotidianidad de la guerra, se deconstruye y reconstruye esa corporalidad con base a las necesidades de la colectividad, y las necesidades de la colectividad Farc era involucrarse en una guerra a muerte.

Chona (2020) hace alusión a un tipo de goce de este contexto, que se hace evidente en el escenario de guerra, como causa común o como escenario ideal, en el que se puede demostrar que esas técnicas de adiestramiento corporal fueron bien aprendidas, y en últimas, demostrar el compromiso real que se tiene con la colectividad.

Lo anterior, permite explicar diversos tipos de comportamientos, como el del “Abuelo”, “Gato” o Janeth, quienes se negaban a abandonar a sus camaradas en combate por más de que se sintiera miedo. En general, se puede aseverar que ellos se comprometían con sus compañeros, en algún sentido, porque el régimen militar lo exigía, y las convicciones comunes con el grupo eran totales, pero también porque había unión, camaradería, respeto y cariño por el camarada de al lado.

Pérez (2016), por su parte, reconoce la importancia de los momentos de combate a este respecto. Este autor señala que en dichos momentos se presentan las experiencias más intensas de ese aprendizaje y transformación corporal para el colectivo. Esto se evidencia en

los relatos anteriores en los que se puede ver como los excombatientes eran capaces de ofrendar su cuerpo por un bien mayor: el grupo.

Esto ocurre porque ellos reconocían que el escenario de la guerra es el lugar en el que se conjuga tanto lo físico como lo emocional, y es allí donde la corporalidad adquiere completamente la dimensión de sacrificio.

Otro momento en el que se plasma esa nueva identidad corporal es en los actos de guardia, cómo también señala Pérez (2016), esos de los que hablaba Janeth como los más duros, y los que debió hacer justo al inicio de su experiencia con la guerrilla. En el acto de guardia se experimenta la transición de un cuerpo individual que se transforma en un cuerpo colectivo, ya que la responsabilidad se convierte en ser los ojos y oídos de todo el grupo.

Así lo recordaban Juan y el Abuelo, quienes también debieron prestar guardia como primeros ejercicios para demostrar su valía y compromiso con la organización. En estos momentos eran los primeros expuestos a un ataque, pues el guardia es quien ve o escucha a un posible enemigo en primera estancia. En definitiva, en la guardia se asume esa nueva identidad corporal y se toma conciencia completa de la importancia del grupo por sobre cualquier importancia individual.

Los anteriores momentos puede estar relacionados con una noción religiosa, como cuerpo sacrificial (Pérez, 2020) en el que ya no importa el *tener*, sino el *ser*. Se entrega, por parte de cada excombatiente, su máximo bien, el cuerpo, se renuncia a él, y en últimas a la vida misma, porque se sabe que se puede morir en cualquier momento, sin embargo, se hace con la convicción de que es por una causa, para ellos y ellas, justa y valerosa.

Así lo expresaban Fernando y Juan, quienes estaban cansados de la inequidad que existía y aún existe en sus departamentos, y al conocer a la organización decidieron entrar ya que consideraban que sus luchas estaban justificadas, y las convirtieron en su proyecto de vida. De igual forma Valentina, quien conoció estos procesos desde la capital del país, por medio de las luchas estudiantiles universitarias.

Entonces, de esta forma se entiende por qué ningún excombatiente del texto habla de arrepentimiento frente a situaciones puntuales, ni de sentido de renuncia hacia lo vivido y hacia las transformaciones que cada quién llevó a cabo. Esto ocurre debido a que la colectividad pasa a ser la forma como se concibe el ser y el estar dentro de la organización Farc en el conflicto armado, en el que siempre primaron las relaciones y causas colectivas por sobre cualquier individualidad. Todo lo que se hizo durante la guerra, se hizo por el grupo, porque se vivió y se convivió de esta forma en el monte.

En este sentido, es necesario reconocer, siguiendo lo descrito en párrafos anteriores, que la corporalidad en este contexto de guerra se construye mediante la interacción y las relaciones sociales que se gestan al interior de la colectividad.

Es una suma tanto de elementos en el combate como en la misma convivencia que formaron corporalidades armadas dispuestas a todo por una idea común. Valentina reconoce en mayor medida las situaciones de convivencia como las que la marcaron, los demás reconocen situaciones en combate o en guardia como acontecimientos de aprendizaje y compromiso. Tales marcas, aprendizajes o compromisos están inscritos en el cuerpo de cada excombatiente, y se siguen manifestando actualmente.

Chona (2020), a este respecto, habla de cuerpos encarnados de experiencias de la guerra, de creencias y posturas políticas compartidas, que forman emociones y estrategias de afrontamiento, como lo señalaba Janeth, quien argumentaba que había situaciones en las que tenía que reprimir el llanto con el fin de no “bajar la moral” de sus compañeros.

Toda la anterior serie de situaciones permite, a su vez, el surgimiento de interrogantes, sobre qué sucede hoy en día con esa corporalidad que se transforma día a día, y que ha tenido un cambio fundamental, pues el concepto de colectividad Farc también se ha transformado a causa de la firma de los acuerdos de paz, pese a que el mismo proceso abogue por la unión y cohesión del colectivo como en la guerra.

Entonces, se reconoce que en el cuerpo se pueden ver signos de identificación corporal que recrean pautas de relacionamiento y estatus en el colectivo, entonces: ¿qué

ocurre con esos signos?, ¿cómo es el relacionamiento y los estatus hoy en día en el ETCR?, ¿qué ocurre con aspectos como el armamento y el uniforme, elementos de identidad grupal e identificación corporal en la guerra?

Para responder estas preguntas, el primer reto que se presenta está en el lenguaje (Pérez, 2016), en el que también está presente ese sentido de la colectividad, debido a que es persistente el uso de conceptos como el de *nosotros*, en lugar de nociones como la de *yo*. Ante las preguntas a los excombatientes, muchas de ellas se responden con la voz de esa colectividad.

Sin embargo, cada tanto surgen pequeños espacios para hablar desde la individualidad, sin dejar de lado la gran colectividad, que pese a estar diezmada, aún permanece. Esos espacios son concernientes a lugares y prácticas diarias, que han cambiado rutinas o prácticas corporales de antaño, y presentan retos para la reincorporación.

La ranca, por ejemplo, que representaba para los excombatientes un lugar de esparcimiento y reunión, desapareció. Hoy en día es vista y asumida como un restaurante en el que dos cocineras preparan el alimento para todo el espacio, y es un lugar en el que, como lo comentaba Janeth, ya la gente no asiste a comer en grupo, sino que cada uno se va a su casa a comer solo o con su núcleo familiar.

En una situación similar se encuentran las reuniones, sobre las que Fernando y el Abuelo reconocen que la gente casi no asiste. Esto ocurre porque les da pereza ir a escuchar a los líderes del espacio y porque ya no consideran esta acción como una obligación. Además, las personas que asisten en muchas ocasiones suelen llegar tarde y no participan activamente en los temas que se tratan allí, los cuales suelen abordar los diversos proyectos productivos que se adelantan.

Lo anterior explica, en parte, por que dichos proyectos no avanzan significativamente, la otra parte se explica a partir del reconocimiento que se ha hecho, gracias a múltiples denuncias, sobre incumplimiento, en términos de las garantías económicas y de

infraestructura necesarias para la realización de esta labor, que ha tenido el gobierno colombiano.

Los excombatientes, en muchos casos, van a las reuniones y comparten por obligación, sin embargo, aún se pueden ver ciertos lazos de esa colectividad en las ayudas a la construcción de la infraestructura, en su gran mayoría realizada por las Farc, y de la que el gobierno, como se dijo, incumplió.

Otro elemento para rescatar es la aparición de los celulares y aparatos electrónicos, los cuales han contribuido a que cada uno de los excombatientes de la ETCR, como decía Janeth, “ande en la suya”, y por ende ya no se comparte como en los tiempos de conflicto. Los excombatientes no estaban acostumbrados al uso de estos aparatos debido a que eran elementos prohibidos en la insurgencia, puesto que los podían rastrear con ellos.

Sin embargo, el escenario actual les permite comunicarse a través de redes sociales, lo cual, según varios excombatientes, ha hecho disminuir la comunicación directa, algo impensable en tiempos de conflicto.

Respecto a esto, Janeth comentaba que hay ocasiones en las que se ha sentido “embobada” con el celular, por lo que intentaba dejarlo a un lado cada cierto tiempo. Esto con el objetivo de compartir con su vecina y mejor amiga del ETCR, Paola, quien también tenía su celular y revisaba constantemente Facebook o Instagram.

Algunos de los excombatientes, a su vez, deben bajar al pueblo de Icononzo cada mes para recibir el dinero que les brinda el Estado. En ocasiones les consignan, en otras no. Cuando no le pagan a alguno, entre grupos pequeños se ayudan y comparten provisiones, pero ya no se toma el dinero como un bien común, sino como un bien que es compartido entre amistades y conocidos.

El tema de las tarjetas de crédito y los tramites económicos ha sido engorroso, por ejemplo, para Janeth, muchas veces conocen de su pasado y no le tratan bien, pero en otras ocasiones ha logrado entablar buenas relaciones con vendedores o transportadores de Icononzo.

Su relación con la policía ha sido complicada y conflictiva. Esto se debe al hecho de que ella se considera “brava, parada”, y considera que muchas de las requisas y los tratos que reciben por parte de los policías son humillantes. A partir de situaciones de este tipo ha tenido algunas discusiones con agentes del ejército o la policía.

Sin embargo, a pesar de que la anterior situación es recurrente para varios de los excombatientes, también hay excombatientes como Fernando y el “Abuelo”, quienes comentaban que poco a poco se empiezan a generar lazos tanto con la policía como con la población de Icononzo. Todo es cuestión de tiempo y confianza, de relacionarse con la gente, decía Fernando.

Hoy en día existen espacios distintos a los proyectos productivos, Janeth asistía regularmente a clases de danza y a preparar presentaciones con otras mujeres y niñas y niños farianos, en donde se plantea el arte como forma de reincorporación y como proyecto de vida. Ella no se veía en ningún proyecto productivo y siente, como manifestaba, que el arte le brindaba un espacio para ser, para expresar y para empezar un nuevo proyecto de vida.

Allí las ayudas son pocas, pero se están empezando a buscar alternativas. Estos espacios se reconocen como nuevos escenarios de construcción corporal para excombatientes, y aunque son pequeños, son lugares destinados al arte en los que se logra plasmar sus vivencias y su propia memoria.

Hoy en día, muchos manifiestan no extrañar el fusil, el disparar sus armas o los combates. Lo que más extrañan es el compartir con los compañeros, el estar reunidos y el compartir entre todos así hubiera poca comida o poca moral, ya que eso levantaba mucho el ánimo y fortalecía la unidad. Lo anterior es una sensación compartida tanto por Fernando, el “Abuelo”, “Gato” y Janeth.

De esta forma, se reconoce que la construcción de las corporalidades de estos seis excombatientes habla de transformaciones en su diario vivir. Inicialmente, su corporalidad se comprendía dentro de un escenario de colectividad concebida en el escenario de la guerra

y posteriormente, se transformó en una noción mucho más individual. Se puede aseverar que el grupo ya no es lo que era y la unidad se torna difusa, aunque sin desaparecer totalmente.

La homogeneidad del grupo, que tenía que ver con un régimen militar imperante, pero también con construcciones de lazos y relaciones sociales a partir de ese compromiso y sacrificio hacia los otros, dista mucho de cómo se concibe a la organización en el ETCR de Icononzo.

Sin embargo, es importante mencionar que algunas prácticas colectivas se mantienen, y que acciones como el pensar en *nosotros* antes de en un *yo* se plasman en la construcción de la infraestructura, o en los momentos en los que el dinero escasea. Empero, hay ocasiones en los que la pérdida de espacios que fortalecían esa colectividad genera que la anterior noción se torne difusa.

Esto se evidencia, por ejemplo, en el cambio que hay en el sistema de preparación y repartición de la comida, en la práctica del ejercicio diario, en la preparación física, que son actividades que ya no se practican en comunidad, puesto que ya no se consideran vitales; lo mismo ocurre con las reuniones o charlas, y los espacios esenciales de preparación ideológica para la guerra, los cuales contribuían a unificar el grupo.

Lo anterior repercute en los signos de identificación corporal de los que hablaba Chona (2020), en cuanto a relacionamiento y estatus. Anteriormente la colectividad se entendía como unidad y los ideales de la guerrilla atravesaban a todos por igual, pero también existía una jerarquización: había mandos y había régimen militar. Hoy en día esa jerarquización es débil, como lo mencionaban Fernando y el “Abuelo”, y se manifiesta en la poca asistencia a reuniones dictadas, en muchos casos, por los anteriores líderes, o por profesionales en diversas materias.

Fernando y el “Abuelo” también reconocen que muchos de los jóvenes que hoy pertenecen a las Farc, y que se encuentran en el proceso de reincorporación no les respetan como ellos respetaron a sus líderes en épocas pasadas, y eso lleva a discusiones que afectan aún más a la colectividad, puesto que se fragmentan tradiciones.

En cuanto a elementos constituyentes de esa corporalidad en la guerra como el arma y el uniforme, manifestaron los excombatientes no extrañarlos, por lo que se considera que ese tipo de deconstrucción corporal de la guerra, para la paz, no costó en gran medida para esta población.

Sin embargo, también es pertinente tener presente que hubo momentos en los que el arma pudo constituirse como la prolongación del brazo y como un instrumento vital para continuar con sus ideales, así como el uniforme como mecanismo de identificación y mimetización en la zona de combate, pese a que su desapropiación no generó cambios significativos, según los mismos excombatientes.

Hoy se siguen usando las botas, por el terreno, pero cada uno viste a su gusto y los cortes de cabello alternativos empiezan a ser la norma, como es el caso de Janeth, quien se rapó la mitad de la cabeza en honor a una futbolista que admira, acto impensado en tiempos de conflicto. Allí también está presente la deconstrucción corporal de la guerra y las transformaciones que emergen en la reincorporación.

Si bien en la guerra también se reconocía que las mujeres tenían actos de embellecimiento corporal como pintarse las uñas o portar aretes de diversos colores, o los hombres con elementos alusivos a la masculinidad y vigorosidad, como ropa muy ajustada, hoy en día el abanico de posibilidades es mucho más amplio, lo que permite que excombatientes como Juan vistan los colores de su equipo, el América de Cali con más constancia, o que el “Abuelo” se concentre en portar sus relojes, cosa que antes no podía hacer.

Una noción como la de sacrificio, en cuanto a lo corporal, se ha transformado en la medida que ya no se está en guerra constante, por lo tanto, se debe reeducar al cuerpo en aspectos como el dormir, pues, como mencionaba Juan, ahora si se escucha un ruido puede ser el vecino, y no una bala o un bombardeo.

Sin embargo, y con la situación actual del país, cada excombatiente reconoce que los pueden matar en cualquier momento. Esto debido al hecho de que las fuerzas paramilitares

siguen funcionando en Colombia y que día a día continúan enfrentándose con los excombatientes, tanto con los desertores del proceso como con los que continúan apostándole a la paz.

Adicionalmente, se reconoce que la noción de sacrificio, encarnada en lo corporal como máximo bien que se le entrega al colectivo, se lleva para toda la vida. Aún hoy, en medio del proceso de paz, puede que llegue la hora de morir, como decía Juan, Valentina o Janeth, pero se entrega esa corporalidad con la convicción y el pensamiento de que se hizo por una causa colectiva justa. La corporalidad hoy se concibe y se vivencia desarmada, y en busca de otros espacios para expresarse y no ser silenciada.

Como lo menciona Mesa (2017), la reincorporación, y en este caso la corporalidad de los excombatientes se debe pensar no solo en el contexto del conflicto. Si bien los actores principales se siguen reconociendo en muchos aspectos en un plano colectivo, otros tantos han cambiado, pues la guerra planteaba un escenario distinto.

Un reto que se plantea a la reincorporación es brindar escenarios de construcción y deconstrucción de la noción de lo corporal en un escenario de paz, que facilite, posibilite y brinde herramientas a los excombatientes para desenvolverse en escenarios donde también se busque fortalecer la noción de la colectividad, en términos y contextos distintos a los de la guerra.

La construcción corporal de los excombatientes en su estancia en el conflicto armado habla de cuerpos de distintas procedencias, tanto urbanas y rurales, de diferentes edades y diferentes costumbres, que costándoles mucho o poco, aprendieron a vivir en comunidad por un bien común, aprendieron a mimetizarse con su entorno y sobrevivir a él cuando fue necesario, además de combatir a un enemigo.

Se entrenaron y compartieron tanto en colectivo que la noción de sacrificio llegó a ser total. Fueron cuerpos armados, combativos, pero también cuerpos relajados, enfermos, enamorados, risueños y asustadizos. No eran máquinas, y no lo son hoy en día.

Entonces, y retomando las anteriores experiencias de una guerra de más de 50 años a través de los registros y narraciones de los cuerpos de las personas que vivenciaron el combate en carne propia, se plantea que la reincorporación, que hoy en día pareciese acorporal al dejar de lado este elemento, abre un abanico de posibilidades en cuanto a una construcción de una reincorporación en sentido corporal.

Es decir, reconocer que tanto al ingreso a la guerrilla, como ahora en la reincorporación, existió y existe una reeducación corporal, ya que tanto la noción de sacrificio corporal como la colectividad como la conocían los excombatientes cambió, como cambió, mucho o poco, el escenario cuando decidieron ingresar a la organización y dedicar su vida a ello.

Teniendo en cuenta también que, como manifestaron los excombatientes, la ideología no se las cambiará nadie, y el papel de guerrilleros finalizará el día de su muerte, es menester buscar alternativas para que esa reeducación corporal este encaminada hacía la construcción de cuerpos productivos que se reincorporan a la sociedad civil y esperan no empuñar más armas. Todo esto, por supuesto, desde escenarios y situaciones que permitan ser, expresar, debatir o construir desde la diferencia, y sin más muertes.

Propuestas que ya se encuentran en funcionamiento, pero en muchos casos con escaso apoyo son los espacios de creación artística y deportiva. Se considera que se debe apostar por estos espacios por múltiples razones, por ejemplo, mediante la creación artística y el deporte se abre la posibilidad de homogenizar causas comunes de integrantes de las Farc, lo que a la postre les ayudará a encausar sus proyectos de vida, como lo busca hacer Janeth, sin mucho apoyo.

Entonces, me permito hacer un paralelo entre los espacios de prestar guardia y los combates, que pueden ser vistos como momentos cumbre de entrega y sacrificio corporal por la causa colectiva en la guerra, lo que ayudaba a cohesionar al grupo, con estos espacios artísticos y deportivos hoy en día.

En la cotidianidad actual, la entrega y sacrificio corporal pueden ser destinados, primero a la consecución de los proyectos productivos, pero también al arte, la música, como los artistas urbanos Martín Batalla o BlackSteban, que son excombatientes que cantan desde su memoria colectiva (Quishpe, 2018). También se pueden generar espacios de baile, danza o teatro, como a los que asistía Janeth, o eventos deportivos, como el entrenamiento y la participación en el mundial de Rafting en Australia, por parte de un equipo integrado en su totalidad por excombatientes de las Farc, quienes utilizan su destreza física y el conocimiento de los territorios que recorrieron en la guerra, ahora en el deporte.

Se plantea que el colectivo debe seguir siendo el proyecto de vida para la gran mayoría de excombatientes, en temas de seguridad y la lucha con el paramilitarismo latente en Colombia. También en temas económicos, puesto que las distintas cooperativas deben funcionar en grupo para volverse viables y los proyectos productivos puedan emerger y ser económicamente sostenibles.

Entonces, se expone lo anterior para que la reincorporación brinde alternativas y recursos desde esa colectividad actual, que formó a cada integrante del colectivo Farc, para llevar a buen término su reincorporación, en este caso desde sus corporalidades, atravesadas por memorias y experiencias que buscan un espacio de representación y participación.

El siguiente capítulo se centrará en la noción de cotidianidad, y se repasará un día cotidiano de los excombatientes en el ETCR de Icononzo, por supuesto, anterior a la contingencia sanitaria actual del Covid-19.

Se indagará desde otro aspecto las manifestaciones corporales de transformación que viven los excombatientes en el actual proceso de paz, desde el repaso de su memoria, una memoria colectiva (Quishpe, 2018) las manifestaciones diarias del haber sido partícipe de una guerra y que tensiones surgen en el día a día debido a esto, a la vez que se profundizará en los escenarios artísticos y deportivos como posibilidades de construcción y reconstrucción corporal en la reincorporación.

3 CAPÍTULO 3: TRANSFORMACIONES COTIDIANAS. MEMORIA COLECTIVA EN ESPACIOS Y SITUACIONES CAMBIANTES

El presente capítulo se centrará en el concepto de la cotidianidad, desde una perspectiva de las transformaciones corporales que emergen en la reincorporación en el ETCR. Se expondrá como se lleva a cabo el día a día de las Farc en el ETCR de Icononzo.

A lo largo del capítulo se analizará desde la memoria colectiva (Quishpe, 2018) de las Farc, manifestaciones en la cotidianidad de los excombatientes sobre el haber vivido la guerra en carne propia, visceralmente (Villamil, 2019) y como a partir de estas experiencias surgen elementos para analizar el proceso de reincorporación actual. Por tanto, es pertinente dar voz tanto a las memorias construidas en el pasado, así como a las memorias que se construyen y reconstruyen constantemente en la vivencia y la convivencia que llevan hoy en día los excombatientes en los espacios destinados para la reincorporación. Con esto, se busca dar cabida a las múltiples voces que tienen algo por decir del conflicto armado en Colombia.

En un primer momento se expondrá el día a día de los excombatientes, aquellos que hacen su mayor esfuerzo por mantenerse en el ETCR de Icononzo. Se retratan algunas de sus prácticas cotidianas. Se señalan algunos horarios establecidos y otros más flexibles que se conocieron en el trabajo de campo, a través de conversaciones con los propios implicados, y como se relacionan con esas nuevas prácticas cotidianas.

En segundo lugar, se exponen algunas subjetividades corporales que se vivencian en el día a día en el ETCR, a partir del análisis de tales prácticas que se realizan a diario en el Espacio.

Finalmente, se expone como la memoria colectiva de los excombatientes se convierte hoy en día en una nueva voz que se necesita sumar a la conversación nacional sobre lo que se vivió en el conflicto armado. Esto no solo es posible, sino que además es necesario ya que la memoria colectiva de las Farc, que se construye y reconstruye en la cotidianidad en el ETCR habla sobre la construcción de nuevos sujetos políticos, así como de nuevas corporalidades que le apuestan a la paz. Una paz que no busque silenciar esas nuevas agencias

corporales, si no que les dé cabida y las ponga en discusión nacional. Esa, a consideración propia, será una arista importante para una completa reincorporación a la vida civil, al menos en lo que a este aspecto se refiere.

En términos generales, los análisis que se presentan a continuación están basados en las propuestas teóricas sobre la cotidianidad que provienen de diversos autores. Jiménez (2015) asegura que la cotidianidad, como conjunto de actividades que garanticen la reproducción social, debe ser abordada desde cuatro esferas: el trabajo, la familia, el tiempo libre y la actividad sociopolítica. Estas esferas estarán orientadas a la indagación sobre la interpretación, reinterpretación y el actuar de los excombatientes frente a sus propios procesos de reincorporación (Meza, 2017) actuales, en sus cotidianidades en Icononzo.

El cuerpo, como elemento clave para la investigación, no es una unidad fija o estática. Por el contrario, dialoga diariamente con un contexto social e histórico, contando historias a través de la expresión o sensación. (Villamil, 2019). La existencia es, en primer término, corporal, pues se expresa a través de un cuerpo vivo y vivido. En el pasado, cuerpos que vivieron en carne propia, visceralmente, una guerra a muerte, hoy desde las prácticas actuales. Por tanto, mediante su estudio se puede abordar el proceso de reincorporación desde quien lo asume, los propios excombatientes, quienes articulan e interpretan esa cotidianidad en sus cuerpos diariamente.

Santos Herceg (2014), por su parte, expone a lo cotidiano como una realidad social imperceptible, porque siempre está, es lo que se hace diariamente, no cambia. Lo anterior está en relación con lo expuesto por Giannini (2004), quien argumenta que, en términos generales, la cotidianidad es eso que pasa cuando no pasa nada, y es aquel lugar en el que se presentan continuidades y rupturas.

En la vida cotidiana, en los hechos que ocurren día a día en la vida de los seres humanos hay estabilidad, buscando orden y eficiencia (Santos Herceg, 2014), puesto que esta búsqueda ayuda a los mismos a establecer parámetros de convivencia con otros seres humanos, ya que también se entiende a la cotidianidad como una pluralidad de relatos, heterogénea.

Para Santos (2014) cada persona configura su propia cotidianidad de acuerdo con la subjetividad. Sin embargo, como seres sociales que somos los seres humanos, se deben establecer reglas y parámetros para vivir en convivencia, en una cotidianidad social.

En síntesis, a partir de las propuestas de Santos y Giannini, se puede entender que la cotidianidad incluye una rutina, una rutina compartida y propia a la vez, pero no se remite únicamente a esto. Hay acontecimiento en la cotidianidad, fracturas de la rutina, que precisamente son cotidianas, instaurándose así una dialéctica entre rutina y acontecimiento. A esto Giannini le llama transgresión, es decir, una voluntad de quiebre de la vida cotidiana.

Ahora, para llevar un análisis como el que expongo a continuación es necesario retomar la premisa de que la cotidianidad que se tenía en la guerra ha cambiado para los excombatientes: hoy la cotidianidad es otra, es un proceso en el que hay que aprender de nuevo las reglas de convivencia, como por ejemplo la preparación y el consumo de alimentos en espacios relevantes en la guerra como la rancho, o el cambio en los espacios de estudio en el monte, por la consecución en los ETCR de los distintos proyectos productivos.

Entonces, el concepto de transgresión de Giannini puede extrapolarse a la transición actual en la que se encuentran los excombatientes, en donde elementos como la corporalidad se ven enfrentados a cambios en las rutinas establecidas para la vida en la insurgencia.

Por medio del relato, de la narración del día a día hoy en el ETCR, se expondrá a continuación, qué dice la corporalidad de los excombatientes con respecto a esas nuevas reglas por las que deben y están transitando, en busca de la reincorporación a la vida civil, y como espacios como los mencionados anteriormente, concernientes al arte y el deporte, brindan alternativas a tal consecución.

3.1 Día a día en Icononzo. Nuevos retos y nuevas posibilidades

El Tolima, sin duda, es uno de los departamentos más emblemáticos y golpeados por el conflicto armado colombiano, ya que allí comenzaron a surgir las primeras guerrillas de

corte rural y campesino, grupos alzados en armas, así como emblemáticos líderes campesinos como Juan de la Cruz Varela, hace más de 60 años (Londoño, 2011).

Allí se encuentra el ETCR La Fila, en Icononzo, donde llegaron a establecerse cerca de 300 excombatientes de las Farc de diferentes zonas del país al iniciar el proceso de paz. Sin embargo, este número se ha visto reducido y para el año 2018 alcanzaban a estar entre 150 y 200 exguerrilleros aproximadamente (Revista Semana, 2018), puesto que se trata de una población en constante movimiento. Hoy en día ese número ha bajado a un rango de 100-120 excombatientes, según palabras de Juan.

Esta reducción se debe a diferentes motivos que, según la misma población de las Farc, hoy Fuerzas Alternativas Revolucionarias del Común, están relacionados con el incumplimiento estatal en temas de infraestructura y subsidios económicos, lo que ha llevado a muchos excombatientes a optar por la búsqueda de sus familias, por dejar los proyectos productivos que se les ofrecen en el ETCR y buscar otras alternativas laborales o, en algunos casos, por volver a la insurgencia.

Sin embargo, este espacio, por ejemplo para Fernando, es de los mejores ETCR del país, y eso se debe al trabajo arduo que realizan las y los excombatientes que continúan allí. Esta población, en su gran mayoría, conservan la práctica de levantarse temprano en la madrugada, la cual es una costumbre adquirida desde los tiempos del conflicto, la rutina de aquella época cuando el régimen militar se cumplía a las buenas o a las malas. En la guerra se levantaban temprano para hacer gimnasia y organizar el día.

En la actualidad, y anterior a la eventualidad por la pandemia, el día comenzaba generalmente a las 6:00 am, cuando los excombatientes se dirigen a estudiar sus proyectos productivos. Hoy sigue ocurriendo, pero los proyectos se encuentran parados por lo anterior, a excepción del proyecto textil.

Cuando funcionaban, la mayoría de los espacios de estudio sobre los proyectos productivos se hacían en compañía de algunos Ingenieros Agrónomos, quienes asesoran a los excombatientes. El proyecto productivo más avanzado es el textil, y se encuentra enlazado

con la marca de ropa *Manifiesta*, que pertenece a una estudiante universitaria que busca apoyar el proyecto y surgir en conjunto. Esta iniciativa comenzaba labores a las 8 de la mañana.

Es de recalcar que dicho proyecto textil del ETCR de Icononzo, en estos momentos se encuentra realizando producciones de tapabocas hechos con materiales propios. Estos tapabocas son realizados tanto para la población excombatiente del ETCR, como para la población de Icononzo (El Espectador, 2020).

Lo anterior ayuda sin duda a afianzar los lazos con la población receptora más cercana al espacio, y por seguridad tanto propia como ajena. El nombre del proyecto en la actualidad es *Confecciones La Montaña*, y funciona en su gran mayoría por redes sociales. Los tapabocas son vendidos a \$ 1000. En términos generales son mucho más económicos que los que se encuentran en droguerías o expendios dedicados a la distribución de este producto tan solicitado por estas épocas.

Anterior a la pandemia, el proyecto textil buscaba producir gorras, morrales y camisetas con símbolos del nuevo partido político de las Farc. Sus precios oscilaban entre los \$80.000 en morrales camuflados, y \$20.000 y \$15.000 para camisetas y gorras. Hoy en día, en la página web de *Confecciones la Montaña*, se pueden adquirir estos productos, con diversos colores y precios. Esta producción no incluye únicamente al ETCR de Icononzo, también está presente en el ETCR de Anorí, en Antioquia.

En cuanto al espacio de trabajo en Icononzo, es pertinente señalar que el lugar destinado para tal fin contaba con siete máquinas de costura, con las cuales, a futuro, se pretende innovar en la confección de pantalones camuflados y vestimenta para guardaespaldas. Esto es un sueño de la cooperativa, y más recientemente también lo es seguir exportando prendas de vestir con *Manifiesta*, luego de la eventualidad sanitaria.

El fondo del salón en el que se desarrolla el proyecto textil contaba con una máquina de gran tamaño que estampa el logo a las camisetas, las gorras y los morrales. Debajo de esta máquina siempre se encontraba una pila de camisetas listas para vender a \$ 20.000, en colores

blanco y negro. Por supuesto, todo lo anterior también se encuentra detenido, pero la idea es retomarlo e imbricarlo con el nuevo proyecto conjunto con la marca.

Volviendo a los demás proyectos productivos, se debe señalar que la actividad de estudio tiene una duración de dos horas, que va desde las 6:00 de la mañana hasta las 8:00 de la mañana. Esta actividad se lleva a cabo en un pequeño coliseo que tiene dibujadas las imágenes de *Simón Bolívar* y Manuel Marulanda -*Tirofijo*-.

Allí, poco a poco, empezaban a llegar tanto hombres como mujeres, y se ubicaban en el centro del lugar, después de una pequeña tarima. Lentamente tomaban sillas rimax blancas, y se reunían alrededor de los computadores que les han suministrado. Estos los solían utilizar conjuntamente, ya que no eran muchos los ordenadores con los que contaban para trabajar.

Sin embargo, hay que señalar que hay un relativo avance, pues inicialmente se empezó el proceso solo con un computador, por lo que el trabajo era más lento y poco diferenciado. Posteriormente, el número aumentó a tres, lo que permitió que los excombatientes pudieran reunirse por grupos, según el tipo de proyecto productivo: hay de ganadería, especialmente compra y venta de cerdos y reses, y de agricultura, enfocados en la siembra de aguacate, sachá inchi, mora y hortalizas.

Estos proyectos se deben, en gran medida, al hecho de que Icononzo, según lo comentaban los ingenieros agrónomos y los propios excombatientes, es una zona muy buena para el trabajo de la tierra, ya que ésta y el clima permiten el trabajo tanto ganadero como agrícola.

En estos espacios de encuentro, tanto con sus mismos camaradas como con profesionales de diversas áreas, se dan nuevas relaciones para algunos excombatientes. Esto se ve reflejado en el hecho de que muchos de los excombatientes se vinculan en proyectos productivos, como Juan, por ejemplo, quien pertenece al proyecto textil, que no conocían con anterioridad, y el entrar en estos espacios significa verse enfrentado a “eso del estudio”, cómo le llama.

Mientras algunas y algunos se dedican a labores que ya conocen desde sus infancias, marcadas por ambientes rurales, a otros se les ha dificultado el hecho de tener que estudiar, de sentarse frente a un computador a hacer un proyecto, y de tener que escuchar por horas a personas muy preparadas, pero que aún no han descifrado cómo facilitarles el acceso al conocimiento y motivarlos a querer aprender y profundizar sus conocimientos. En palabras de las y los propios excombatientes, esto se debe a que ellos son “perezosos mentalmente”.

Antes de la pandemia, se hablaba de que el proyecto de la cooperativa textil, en busca del objetivo de lanzar la marca propia de ropa con el nuevo logo de las Farc, iba por buen camino, pero hacía falta conseguir más mercado y más clientes, que son elementos fundamentales para ampliar el margen de ganancia del negocio.

Sin embargo, se espera que, con la contingencia actual, y la producción de los tapabocas, los clientes empiecen a multiplicarse, y que la producción no se quede en la realización de estos elementos sanitarios, sino que se lleve a buen término, a través de la ampliación de la producción de ropa propia con la marca y el nuevo logo.

En el momento de asistencia a las charlas destinadas a los otros proyectos productivos, las y los excombatientes se notaban risueños cuando les mencionaban que estaban quedados con el proyecto o que debían entregar la totalidad de este trabajo o quedarían por fuera de la cooperativa. Otros miraban al suelo, miraban sus manos o atendían a los bebés que acompañaban a algunas.

Muy pocos participaban activamente cuando había preguntas, sin embargo, casi todos y todas manifestaron tener algún conocimiento en siembra o cuidado de algún tipo de alimento o ganado. Es decir, claramente, muchas áreas de estos proyectos, para las y los excombatientes no son temas nuevos, pero la necesidad de profundizar en estos conocimientos y en muchos casos de actualizarlos, es el gran reto que tienen por delante las personas destinadas a apoyarlos en la consecución de tales emprendimientos.

Por supuesto, el mayor reto es con cada uno de los excombatientes y sus intenciones de que lo que escogieron empiece a marchar, entendiéndolo como la meta a mediano-largo plazo que plantea la reincorporación económica y laboral.

Como se dijo antes, estos emprendimientos representan un gran cambio, sin embargo y como Juan y Valentina comentaban, es un espacio necesario, ya que se espera que los participantes no vuelvan a empuñar más armas, y estos proyectos se presentan como una oportunidad para conseguir el sustento diario legalmente.

Sin embargo, el lento avance de los distintos proyectos genera ciertas preocupaciones, que no son fáciles de solucionar para los excombatientes, pues, tal y como ellos mismos lo aseguran, lo que necesitan es “tierra, pa trabajar” y recursos con los que producir, y eso es precisamente lo que más escasea.

La anterior falta de recursos hace que en esta parte del territorio se encuentran personas aburridas, atentas, tímidas, recocheras y algunas participativas y con conocimientos en múltiples materias, pero la constante siempre fue esa expectativa por un pedazo de tierra, como ellos y ellas denominaban, para poder trabajar y hacer lo que saben y les gusta.

Una vez finalizaban los encuentros en los que adelantaban los proyectos productivos, a las 8 de la mañana aproximadamente, cada participante recogía su silla y la ponía en una gran pila en un costado del coliseo. Es imperante dejar el espacio limpio para utilizarlo el próximo día o para otras reuniones, pues allí también se realizan, en diferentes momentos, reuniones programadas por los líderes del ETCR, como Fernando o Valentina, y charlas sobre maternidad y sexualidad, que causan más risa que otra cosa entre los excombatientes. Dichas charlas son dictadas, en su mayoría, por enfermeras, y médicos, que asisten eventualmente.

En estas charlas las y los excombatientes participaban más activamente: se les veía más interesados e interesadas, especialmente las que son madres o padres, y teniendo en cuenta que solo se cuenta con un espacio de atención en salud con un paramédico, por lo que las peticiones en salubridad eran la constante, tanto para ellas y ellos, como para sus hijos.

Por lo anterior, si alguien se enferma, se le debe llevar a Icononzo, y si es de gravedad se lleva a un hospital más especializado y de mayores niveles de atención en salud, en Ibagué o hasta Bogotá. Ambos recorridos son considerablemente largos, pues su duración oscila entre dos a cinco horas.

En los anteriores espacios transcurría el estudio y preparación diaria de los proyectos productivos para las y los excombatientes. Luego de su finalización es el momento del desayuno: la primera comida del día. Según el Abuelo, algunos no comen y esperan hasta el almuerzo, otros tampoco comen al medio día, y esperan hasta la noche.

Los que deciden comer, se dirigen al restaurante, allí cada uno se acerca según su apetito y ganas. Este lugar puede considerarse, según decían Fernando y Janeth, la “nueva rancho”. En el restaurante, cuando inició el proceso en el ETCR, se repartían diariamente la preparación de los alimentos, para que todos tuvieran que hacerlo al menos una vez. Hoy en día ya hay unas cocineras fijas, que utilizan delantales blancos, guantes y una malla en la cabeza con el fin de evitar que elementos externos permeen la comida.

El desayuno variaba, pero la constante era la cancharina, una especie de arepuela grande con peto: un plato muy sabroso. Este tenía un costo para los foráneos, que oscilaba entre \$ 10.000 y \$ 12.000 pesos, según el momento, y se debía pedir con anterioridad. Eso sí, siempre había tinto. El tinto jamás falta en el ETCR: se preparan grandes cantidades y casi que en todo momento.

Como se dijo anteriormente, la constante hoy en día es comer cada uno por su lado, en sus casas o en solitario, ya poco se comparte en este espacio, que otrora era el momento de compartir con toda la guerrillerada, la preparación de los alimentos y su consumo, para luego ordenar y limpiar lo que se había usado. Este momento también se reconoce con un cambio constante que se asimila de a poco, especialmente por las generaciones antiguas de las Farc, como Fernando o el “Abuelo”.

El desayuno finalizaba a las 9:00 am, después ya no se servía más. De las 9:00 am a las 12:00 del mediodía el ingeniero agrónomo aclaraba algunos inconvenientes sobre los

proyectos a aquellos que se le acercaban, pero no mucha gente lo hacía. Este espacio también era destinado para el estudio, como comentaba Fernando, tanto ideológico sobre las premisas de las Farc como en lo concerniente al acuerdo firmado con el gobierno, sin embargo, cada vez menos excombatientes llevaban a cabo dicho estudio.

En el inicio de la construcción del ETCR se comentaba que los excombatientes asistían al coliseo a estudiar el acuerdo y a debatir un poco más sobre los proyectos productivos. Hoy en día este trabajo se realiza individualmente, ya que, como comentaban Juan y el “Abuelo”, la asistencia también disminuía cada día, pues no era un ejercicio obligatorio. De 9:00 a 12:00, muchos lugares del ETCR parecían desolados, ya que los que no entraban a sus casas, trabajaban individualmente en las construcciones de sus nuevos hogares.

A las 12:00 del día comienzan a servir el almuerzo, y los pocos que lo tomaban solían compartir en el restaurante. Sin embargo, había varios que decidían llevar la comida para su casa y comer solos o en compañía de sus compañeros de vivienda, nuevamente. Es la nueva constante respecto a la alimentación en el Espacio, contrario a lo que ocurría en los días de la guerra.

Para el almuerzo estaban destinadas dos horas, es decir, el tiempo iba hasta las 2:00 pm. Luego de ello se dispone el “trabajo libre”, como le llamaban Juan y el “Abuelo”. Este tiempo estaba dirigido a finalizar las construcciones de cada casa, y si ya se había hecho, ayudar a otros compañeros a terminar las suyas. Aquí la cooperación y el trabajo colectivo parecen resurgir, pues todos se vuelcan por el bien común de que cada uno y cada una tengan al menos un techo para vivir.

En este período de tiempo también se cortaban grandes palos de madera para los techos de las casas, se lavaba la ropa, se recogían cargamentos de víveres, en su mayoría cervezas, pacas y pacas de cerveza, para aprovisionar la tienda, se limpiaban y barrían los espacios comunitarios, o simplemente “se empezaba a esperar la noche” cómo decía el Abuelo.

Al caer la noche, tipo 5:00 o 6:00 pm, algunos de los que tomaban siestas, despertaban para encontrarse en la tienda a escuchar música, hablar y beber cerveza. Era el momento de esparcimiento para todos los presentes. Allí se dedicaban a jugar billar y tomar bastante “pola” o “cervecita”, para luego ir a dormir, y empezar un nuevo día. Según el Gato, estos “degenerados” como les llamaba a sus camaradas, podían beber hasta el cansancio, y al otro día estaban listos bien temprano para trabajar, el mismo grupo que siempre asistía a la tienda a jugar billar.

Entonces, de esta forma transcurría un día común en el Espacio Territorial de Icononzo, un lugar que para los excombatientes representa nuevas oportunidades, nuevos desafíos y hasta el momento, un nuevo hogar, para los que no se han ido. Muchos manifiestan que el ETCR de Icononzo es de los mejores, ya que se ha trabajado duro y casi que todo se ha levantado con las manos y el sudor de sí mismos. La ayuda, concuerdan Juan, el “Abuelo”, Fernando y Valentina ha sido muy poca, para ellos al gobierno no se le ve intención de paz.

Nosotros, decían, estamos firmes, “pa’ lante” y convencidos de que la lucha no termina. Igual, para ellos, así siempre ha sido la guerrilla, gente trabajadora que se siente contenta en el ETCR y que lo van a sacar adelante. Más aún con la coyuntura actual, que ha transformado la cotidianidad antes expuesta, pero que se espera en pocos meses se retorne a la normalidad.

Por tanto, el anterior relato, que correspondía a un día cotidiano en el ETCR de Icononzo, narra las prácticas rutinarias que atravesaban actualmente los excombatientes. Ahora, en relación con los pasados de esta población, que se dieron en un escenario de conflicto armado, existen algunas prácticas que se han transformado y otras con las que se desea continuar.

Según Romero (2008) la cotidianidad en la guerra hace que se construyan imaginarios y formas de relación mediados por valores y símbolos propios de la guerra. Lo anterior se hace notar en el trato de la guerrillerada hacia personas como Fernando o el “Abuelo” quienes, para algunos camaradas, aún conservan cierto liderazgo y poder, o en el trato

igualitario que se pregona tanto hacia hombres como mujeres, pues en la guerra todos eran vistos por igual, según el relato de los propios Fernando y “Abuelo”.

Así, muchos de los excombatientes procuran mantener una serie de prácticas y relaciones construidas en dicho escenario, como lo son el levantarse temprano, el hacer gimnasia, el compartir en el restaurante al momento de cada comida o en las charlas informativas y momentos de estudio, entre otras. Sin embargo, se manifiesta, tanto por Fernando y el “Abuelo”, así como por Juan, Janeth y Valentina que estas prácticas poco a poco se transforman, en respuesta a que la colectividad se transforme y pierda homogeneidad, unidad.

Lo descrito en el párrafo precedente se puede explicar a partir de lo expuesto por Jiménez (2015), quien señala que la vida cotidiana en la guerra se entiende como un modo y ritmo de vida para lograr una adaptación y una resistencia. Surge entonces una transgresión allí de la rutina en la guerra, un quiebre, que no solo atraviesa la corporalidad física, sino también la mental y emocional. En el tránsito que representa a la reincorporación, junto con el cambio de contexto que está implícito, se entiende que tanto la adaptación como la resistencia son dos elementos que se ven enfrentados a una nueva cotidianidad, a unas nuevas prácticas, transgreden un orden establecido por un tiempo considerable.

Retomando los postulados de Pérez (2016), es pertinente señalar que en medio de la guerra hay una serie de signos que permiten la identificación corporal y la gestación de una subjetividad colectiva. Esto, a través de prácticas cotidianas, que tienen que ver con las técnicas de disciplinamiento corporal antes nombradas, como el levantarse siempre temprano, el prestar guardia e involucrarse en los combates a muerte, la comunión en la rancho, el dormirse con un ojo abierto o esconderse por horas, o los espacios de estudio obligatorio. Estos son una serie de elementos que, en la nueva vida de los excombatientes, se han transformado, pero no han desaparecido del todo.

Hoy en día se manifiestan nuevas subjetividades, lenguajes y discursos corporales (Villamil, 2019) en la reincorporación que responden a interrogantes a futuro sobre cómo enfrentarse en la cotidianidad a dimensiones personales, psicosociales, familiares o

comunitarias (Mesa, 2017). Estos lenguajes se hacen presentes en la forma en la que hoy emplean, los excombatientes, su corporalidad.

Tal corporalidad, como se señaló en secciones anteriores, fue configurada para la guerra y hoy presenta algunas incertidumbres, en palabras de Juan y Janeth, que se deriva de dudas sobre cómo llevar la vida en el proceso de paz, en si será o no efectivo el proceso de reincorporación, en cómo mantener la comunión con el colectivo o lo que quede de él, y con otros actores del conflicto con quienes antes no había diálogo, o sobre cómo valerse por sí mismo para labrar su propio futuro.

También, tales subjetividades corporales responden sobre cómo se expresa hoy en día, desde el cuerpo, esa forma de vida expuesta en el segundo capítulo, basada en un *ser* y no *tener*, adoptada desde el ingreso y en la guerra, o sobre si sigue habiendo renuncia a lo material en pro del proyecto revolucionario y la lucha contra el capitalismo imperante y la burguesía criolla, como muchos le llamaban. Esa lucha, se espera, ya no sea desde las armas, sino desde las palabras, como manifestaban algunos.

Adicionalmente también responden sobre qué responsabilidades enfrentan los excombatientes desde sus cuerpos en la cotidianidad actual, entendiendo que la noción de colectividad, como se vio anteriormente, ha cambiado. En últimas, qué nuevas subjetividades surgen en ese día a día cotidiano hoy en el ETCR, en la vivencia y convivencia con sus corporalidades en estos tiempos cambiantes.

En primer lugar, cabe destacar el argumento de Pérez (2016) sobre la vida cotidiana en la guerrilla en tiempos de conflicto, entendida como una rutina programada y dirigida. Hoy en día se intenta continuar con la rutina, pero esta se torna difusa, y muchas personas no la cumplen. Se entiende que hoy en día, cada quién puede tener diversas rutinas, el grupo sigue existiendo, la colectividad se transformó en aspectos como la alimentación, el estudio o la preparación física, por tanto, esa rutina programada y dirigida por un régimen militar le abre paso a una pluralidad de rutinas abiertas a las posibilidades que brinda la reincorporación y los deseos de cada quién.

Ya el régimen militar no existe, y así como señala Pérez (2016), anteriormente fue en la práctica militar en donde se aprendieron e incorporaron realmente los hábitos corporales necesarios para la guerra. Lo mismo sucede con la cotidianidad hoy en día en la reincorporación, es en la práctica diaria donde se descubre que la convivencia se torna complicada porque el régimen militar cohesionaba el grupo y le hacía obligatoria la asistencia a las reuniones programadas a la totalidad de la organización.

Hoy, esas reuniones se modifican por el estudio en proyectos productivos a los que, en muchos casos, se llega con desgano, no se presta atención, o simplemente no se asiste. Como se dijo, actualmente hay pluralidad de rutinas, y nadie obliga a nadie a asistir a alguna actividad.

Muchos y muchas excombatientes, sobre todo los más jóvenes, ya no se levantan temprano, ni a las reuniones ni a hacer ejercicio o gimnasia, simplemente se dedican a esperar la noche para ir a la tienda a compartir. De ahí que el peso de muchos y muchas ha cambiado notoriamente. Esto se debe al hecho de que la alimentación, que en la guerra era poco constante hoy lo es menos. Adicionalmente, la preparación física se olvidó casi que totalmente, y es de entenderse, pues este era un aspecto necesario para la guerra y hoy en día no lo es. Hoy en día ya no hay que entrenarse para un combate, ni educar al cuerpo para soportar entornos hostiles.

Hoy en día, la reeducación corporal tiene que ver con conseguir un sustento diario siendo productivos económicamente, entonces la reincorporación aboga por la transformación de cuerpos configurados para la guerra, en cuerpos productivos para un sistema económico imperante.

El tránsito hacia nuevas subjetividades corporales cotidianas actualmente también se puede ver en la construcción de la infraestructura del ETCR, terminada por los propios excombatientes. La fuerza y destreza física, así como la comunión entre pequeños grupos permitió contrarrestar los pocos materiales e insumos que dotó el gobierno para la realización del ETCR. Los conocimientos adquiridos fueron utilizados conjuntamente en la adecuación de las viviendas, que pasaron de ser provisionales a estables y duraderas.

Muchos de estos conocimientos los dejó la guerra y su contexto, y a pesar de que Janeth, por ejemplo, manifieste que, de vez en cuando le gustaría armarse una “carpita” con materiales encontrados en el monte, ya que son mucho mejores que los que brindó el gobierno, toda la experiencia que dejó el crear un techo en medio de la nada se utiliza hoy para contrarrestar las tejas de mala calidad y la pintura que para muchos excombatientes produce cáncer con el tiempo.

De la misma forma, al menos en el proyecto textil, antes de la eventualidad del COVID-19, los excombatientes manifestaban un compromiso y responsabilidad a la hora de tejer y realizar prendas de vestir. Esto se sentía en el ambiente en cada visita que se hacía cuando me acerque a conocer sus jornadas de trabajo y sus reuniones. Esto es algo que se mantiene hoy en día y que se evidencia en la realización de tapabocas, que se elaboran con los insumos que ya tenían y con la disciplina y constancia que aprendieron durante el conflicto armado.

Son estos espacios donde hoy en la reincorporación se sigue manifestando el *ser* y no *tener* aprendido en tiempos de conflicto con el colectivo y el régimen militar, así como esa idea de sacrificio para la causa revolucionaria. En la guerra el bien máximo que se entregaba a la organización era el cuerpo, hoy lo sigue siendo en forma de trabajo diario, de utilización del tiempo para producir camisetas, gorras, morrales, cerveza o tapabocas, y manifestar desde estas prácticas, que atraviesan el cuerpo, el deseo de cambio, de salir adelante y por supuesto, de seguir llevando el nombre de las Farc en su representación por sobre sus propios nombres.

Cada prenda de vestir, cada tapabocas o producto elaborado por las manos y el esfuerzo de los excombatientes lleva el logo de las Farc. Hoy cada letra tiene un nuevo significado, pero la pertenencia sigue estando allí, y se manifiesta a través de tales prácticas, que se pueden denotar como una reeducación corporal para el mercado laboral y económico imperante actual.

Esa reeducación corporal se expresa también, cómo decía Juan en su momento, en que se sigue durmiendo a veces con un ojo abierto, puesto que se teme un posible ataque del enemigo. Hoy ese “enemigo” muchas veces es el vecino, que puede necesitar algún favor.

De igual forma, se expresa trabajando juntamente con la población de Icononzo o con la policía, utilizando esa destreza física que les dejó el combate y la preparación para construir la infraestructura necesaria para cerrar el ETCR al ingreso de personas externas por la pandemia. La actividad logística y la organización también se manifiesta en estos eventos, donde el trabajo conjunto y dirigido es primordial, y en las Farc se domina con total naturalidad.

El hecho de que muchos excombatientes hayan decidido abandonar el ETCR buscando nuevos trabajos mejor remunerados, y la constante en endeudarse para comprar televisores o celulares que, en palabras de Janeth, muchos no tienen cómo comprarse, habla sobre una apertura al consumismo que es innegable y coherente, debido a la necesidad de tales implementos para el mismo proceso de reincorporación.

Sin embargo, al menos en la población que continúa en el ETCR y le apuestan a la paz desde estos espacios, pone de manifiesto el poco deseo de una transformación radical en este aspecto. Janeth, así como Juan y “Gato”, manifiestan que sus vidas y, por tanto, sus cuerpos, estarán siempre al servicio de la organización y la idea de la revolución social y económica del país no se ha modificado, y no la modificarán grandes lujos o riquezas que adornen sus cuerpos, los acompañarán por el resto de sus vidas.

Por su parte, las dimensiones personales y comunitarias no se han transformado en gran medida. En palabras de Janeth y Juan, la camaradería en muchos casos es la misma que se evidenciaba en la guerra, y espacios como la tienda al jugar billar lo demuestran. Si bien no todos disfrutaban de esta convivencia, acompañada de cerveza, otros se reúnen en nuevos espacios, por ejemplo, de creación artística, como Janeth. Cada tanto se dictan cursos de baile, de música o de deporte, y aunque no son constantes, al menos en Icononzo los dos primeros son bastante concurridos, por excombatientes y sobre todo sus hijos.

Estos espacios, para ella, les permiten a los excombatientes fortalecer lazos con la comunidad excombatiente del ETCR que, como se ha visto, se transformaron en el nuevo escenario, quizá por la falta de momentos en los que se compartan aficiones o proyectos de vida que no tengan que ver con los proyectos productivos que ya se ofrecen, y por qué se

estaba acostumbrados a que el régimen militar guiaba y ordenaba la cotidianidad en la guerra, encausándola para un bien común.

La preparación física que se traía de la guerra, otro de los espacios que ayudaban a cohesionar el grupo hoy pueden encontrar nuevas subjetividades corporales en espacios como la danza, la música, o el deporte. En Icononzo, tales espacios se han hecho un lugar con mucho esfuerzo, a través de talleres que se dictan con poca frecuencia, pero que se espera que aumenten, como manifestaba Janeth, a quién le pedían más continuidad en la realización de estos.

También hay talleres poco frecuentes que están dirigidos a la pintura, por ejemplo, para terminar las fachadas de la infraestructura con retratos de otros líderes significativos para los excombatientes, al teatro en la realización de obras sobre vivencias en la guerra, la vida en la insurgencia o la representación de sus líderes y sus vidas. Tales espacios, a la vez que pueden cohesionar colectividades a menor escala de los que aún continúan en el ETCR, les permiten expresar la memoria colectiva que les dejaron sus propias vivencias en el conflicto.

Por su parte, la música, que poco a poco empieza a abrirse camino en los ETCR a nivel nacional, hoy encuentra exponentes como los cantautores *Martín Batalla* y *BlackSteban*, ambos excombatientes de las Farc asentados en los ETCR de Anorí, en Antioquia, y en Icononzo, respectivamente. Dichos espacios dedicados a la música también son solicitados en Icononzo, pero aún no se cuenta con esta posibilidad en el ETCR.

En cuanto al deporte que, si bien en Icononzo no es constante, pese a que cuentan con la cancha de fútbol, se reconoce que los excombatientes en otros ETCR del país, como en Anorí o Mesetas (El Espectador, 2020), recurren a esta práctica diariamente, por medio de la cual se empiezan a generar lazos con la propia comunidad del ETCR y con comunidades aledañas.

Tanto campeonatos de fútbol con comunidades cercanas, como entrenamientos en disciplinas como el canotaje o rafting que los llevo a Australia a algunos excombatientes, son

disciplinas para las cuales no se arranca desde cero, y les permiten resignificar las aptitudes adquiridas en la guerra y utilizarlas para forjar lazos de confianza, emprender proyectos sociales o económicos, buscar patrocinio y fortalecer sus colectividades Farc, que hoy se reducen a las poblaciones de sus ETCR y las NAR.

Allí también hay una reeducación corporal que la reincorporación deja de lado. Son estos espacios artísticos y deportivos cruciales en cuanto a esa reelaboración y surgimiento de nuevas subjetividades en la cotidianidad para esta población, ya que pueden permitir manifestar una memoria propia, construida desde las entrañas de la organización desde su fundación, y los valores y principios que las y los excombatientes siguieron durante tanto tiempo, a los que les dedicaron sus vidas y sus bienes más preciados, sus propias corporalidades.

A la vez que les permiten manifestar y expresar sus propias versiones sobre el pasado, pueden ayudarles a encontrar lugares donde lo aprendido para la guerra es resignificado corporalmente, así como dotarlos posiblemente de herramientas sobre cómo enfrentar la cotidianidad hoy en día, fortaleciendo la colectividad y las dimensiones personales y comunitarias que se tornan difusas, en muchos casos.

También a enfrentarse a nuevas relaciones con sus mismos camaradas, en otro tiempo y en otro lugar, y cómo afrontar y establecer estos nuevos espacios en los que se dan situaciones distintas a las que venían acostumbrados, como el restaurante o los espacios de estudio, tanto con los proyectos productivos como con los proyectos particulares que quiera emprender cada uno.

Es desde estos espacios de creación artística y deportiva que se propone afianzar la búsqueda de la comunión con la nueva cotidianidad que plantea la reincorporación, tanto con el propio colectivo Farc, así como con poblaciones receptoras y el enemigo de antaño, las instituciones militares y el Estado. Es allí donde se trae a colación el concepto de transgresión o ruptura deseada en la cotidianidad de Giannini y Santos, entendiéndola como una ruptura a la rutina programada en el contexto de guerra.

Hoy en día, y más con la situación actual por la pandemia, las corporalidades de los excombatientes tienen la responsabilidad de resignificar sus aptitudes aprehendidas para la guerra en un contexto laboral, en sus proyectos productivos para ser viables económicamente y no tener que recurrir a las armas para subsistir. La reincorporación, en estos términos, debe reeducar corporalmente para incorporar a la civilidad a sujetos que se espera sean productivos, empezando por su misma corporeidad.

Lo anterior conlleva disciplina, rigurosidad y preparación tanto física como mental, mismos aspectos que tuvieron que sortear los excombatientes en su ingreso a la guerrilla y preparación para la guerra. Entonces, tales espacios de creación artística y deportiva pueden resignificar sus cuerpos y sus cotidianidades de forma significativa. Lo anterior, tanto para el proceso de paz, como para su cotidianidad colectiva actual, entendiendo que sus cuerpos, como elementos más preciados entregados a la idea revolucionaria, buscan formas de expresión y manifestación sobre lo que vivieron en carne propia, vívida y experiencialmente.

Por tanto, la última reflexión a la que invita esta investigación está dedicada a la revisión del concepto de memoria colectiva (Quishpe, 2018), entendiendo que los espacios de creación artística y deportiva son escenarios de nuevas subjetividades corporales para la población Farc hoy en la reincorporación, que pueden ayudar, como se dijo, a esa resignificación y reeducación corporal, tanto individual, como colectiva.

Dichos espacios hablan de una memoria particular, la memoria de los propios excombatientes que atraviesa sus corporalidades en la actual cotidianidad en el ETCR, y que busca representar y posicionar su idea sobre el conflicto armado, sobre el proceso de paz y sobre la reincorporación, constantemente.

Es el cuerpo, por supuesto, el depositario de esa memoria particular, y un elemento clave a la hora de expresar y manifestar lo que sucedió en la guerra, y lo que sucede hoy en el día a día en el ETCR. En últimas, un elemento vital para la construcción de la reparación y no repetición.

3.2 Memoria colectiva que se manifiesta en la cotidianidad, voces que buscan ser escuchadas

Para Quishpe (2018), el concepto de memoria colectiva se configura a partir de experiencias vividas y compartidas. Se rememoran porque tiene un significado colectivo, y por tanto se debe diferenciar de los conceptos de memoria histórica y de verdad.

El autor expone que memoria histórica hace referencia al recuento de la memoria colectiva e información de otro tipo de fuentes con herramientas de la historia y otras ciencias sociales. La noción de verdad hace referencia a la pretensión, posible o no, de una reconstrucción objetiva de un contexto, en este caso el conflicto armado colombiano (Quishpe, 2018).

Lo anterior permite reconocer que la memoria colectiva de las Farc se remite a lo que los propios excombatientes tienen por contar acerca del conflicto armado y la cotidianidad vivida en ese contexto. Por supuesto, esa memoria colectiva los acompaña en el proceso de reincorporación y en sus prácticas cotidianas actuales, ya que el cuerpo se presenta como un elemento depositario de aquella memoria, y, a su vez, es este el medio por el cual se expresan y resignifican las nuevas experiencias: las de un tránsito de un contexto de guerra a uno de reincorporación.

Sobre lo anterior, Quishpe (2018), señala que los excombatientes a la vez que construyen buscan posicionar su memoria colectiva diariamente. Esto se puede ver en el relato de cada excombatiente participe de este texto, puesto que ninguno manifiesta arrepentimiento por las decisiones ejecutadas durante el conflicto armado, ya que ese accionar propio de cada quién estuvo basado en el compromiso y sacrificio hacia la organización y sus ideales políticos y económicos.

Como se señaló anteriormente, el bien máspreciado que cada excombatiente entregó a la organización fue su cuerpo, y por tanto su vida. Este bien, en el actual proceso de reincorporación, sigue estando al servicio del grupo, pero ya no a través de escenarios bélicos,

sino a través de su trabajo, su tiempo y la dedicación que invierten a la realización de los distintos proyectos productivos colectivos.

Lo anterior es posible porque hoy la Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común, solo representa un cambio en el nombre, no el sentido y significado que tenía para los excombatientes, debido al hecho, en palabras de Fernando, el “Abuelo”, Juan, Janeth, “Gato” y Valentina de que “la vida revolucionaria jamás termina, solo hasta el día de la muerte”. Ellos son conscientes de que los pueden matar por afirmar ideas de este tipo, pero es justo allí donde sigue estando presente la noción de sacrificio y entrega absoluta al colectivo, a la idea revolucionaria.

Ahora, a partir de las prácticas cotidianas propias del conflicto armado, se mantienen ciertas fechas conmemorativas, lugares de recuerdo (Quishpe, 2018) y se encuentran los espacios dedicados a la creación artística y deportiva, que pueden ser vistos como lugares de emergencia de nuevas subjetividades corporales, que buscan posicionar esa memoria colectiva de las Farc ante sí mismos y ante el país en general.

En cuanto a lo que propone Quishpe (2018), se reconoce que hay fiestas en las que se rememora en los distintos ETCR a líderes muertos en combate, como *Tirofijo* o *Mono Jojoy*, así como espacios dedicados a la memoria del conflicto desde las propias Farc. En el ETCR de Icononzo existe un museo pequeño, como le llaman los excombatientes, en el que se exhiben una gran diversidad de elementos utilizados en las distintas confrontaciones. Se espera utilizar estos espacios con fines turísticos en algún momento, es la historia del conflicto, contada desde la versión Farc.

Tanto las fiestas, las rememoraciones y los espacios dedicados a la memoria son lugares de creciente polémica en el ámbito nacional, tanto para medios de comunicación como para la población en general, así como para instituciones militares o el mismo Estado. Sin embargo, Quishpe (2018) recalca que el espacio de la memoria debe entenderse como un campo en constante disputa, puesto que allí se encuentra el sentido del pasado, que orienta una acción política presente. En este caso, el sentido del pasado tiene múltiples interpretaciones, que varían entre excombatientes, población civil, instituciones y Estado.

Lo importante, en el caso anterior, es tener presente que dichos espacios de construcción de memoria del conflicto armado son tan válidos como cualquier otro, pues desde allí se rescata la memoria colectiva de las Farc, la cual responde a una construcción desde múltiples voces individuales y colectivas. Esta construcción, por supuesto, también atraviesa el cuerpo, y lo que se propone es dar cabida a las múltiples configuraciones corporales que surgieron del conflicto en excombatientes, para reeducar, si se necesita o no, a esos cuerpos para la paz.

De igual forma, los excombatientes, por medio de su memoria propia, buscan en su cotidianidad actual, enunciar y dar sentido a sus actuaciones en el pasado desde la legalidad. A partir de esto, pueden emerger nuevas subjetividades corporales en esta población, las cuales, en palabras de Quishpe (2018), son el camino para una verdadera reincorporación política. Además, se reconoce que el momento actual es idóneo para hacerlo, pues anteriormente la exguerrilla se encontraba en la clandestinidad y en la ilegalidad.

Entonces se plantea que, si se construye un proceso de reincorporación política, en la que se escuche las voces y los cuerpos tanto de las víctimas civiles, como de los excombatientes y los entes militares, sin juzgarlas, por el contrario, incluyéndolas, visualizándolas y sumándolas a la conversación nacional en busca de la reivindicación y reconciliación, se podrá consolidar en mayor medida un completo proceso de tránsito hacia la vida civil por parte de los excombatientes.

Para tal caso, es relevante tomar atenta nota de aquellas nuevas subjetividades que surjan desde la corporalidad de los excombatientes, que buscan posicionar su propia memoria y resignificar su cotidianidad constantemente.

Sin embargo, también se debe tener en cuenta que dicha construcción de memoria, tal como lo señala Quishpe (2018), no es igual a una reconciliación definitiva, puesto que la escucha y visualización de múltiples voces abrirá la disputa aún más, pero sin intentar imponer una verdad como única y sin recurrir a la violencia como medio de validación.

En lo que respecta a esta investigación, los espacios de creación artística y deportiva, como se vio, pueden constituir, en varios casos, las nuevas formas cómo se puede concebir y vivenciar al cuerpo hoy en los ETCR, además de la posibilidad de brindar escenarios que permitan expresar la memoria colectiva Farc desde sus propios cuerpos y desde el fortalecimiento del cuerpo colectivo.

Darle voz y representación a esa memoria colectiva, sin pretender dotarla de veracidad o falsedad, puede permitir a los excombatientes configurar y reconfigurar cotidianamente la aproximación a sus corporalidades, las cuales están en constante cambio y dinamismo, y permitirles explorar esas nuevas formas de relacionamiento de sus cuerpos físicos y mentales con sí mismos, con sus camaradas, con la población civil y con sus enemigos del pasado.

Por tanto, se reconoce que el cuerpo de los excombatientes cuenta historias sobre la guerra y la reincorporación a través de sus expresiones y sensaciones. Esto permite reconocer que estos no son cuerpos cuyo fin último es la guerra, aunque se gestaron en ella, sino que actualmente son cuerpos vividos en la construcción de la paz. Por ello, la importancia de evocar esas corporalidades a través del relato de la cotidianidad de cada uno de los excombatientes, los cuales, a partir de esas mismas experiencias y relatos, permiten comprender como se gesta tanto la memoria propia como la colectiva.

4 REFLEXIONES FINALES

Buscando analizar la experiencia vivida en clave corporal, y como está se hace manifiesta en el proceso cotidiano de transformación de los excombatientes de las Farc que, cómo se vio, transitan actualmente a un contexto de reincorporación a la vida civil, desde un contexto de guerra anterior, surgen las siguientes reflexiones.

El trabajo de campo en el ETCR de Icononzo permitió, en primera medida, acercarse a las corporalidades de los excombatientes desde el concepto de colectividad. Se reconoce que la corporalidad para los excombatientes Farc desde el ingreso y los años en el combate fue una causa colectiva, un arma colectiva que se constituyó desde y con los otros, con los camaradas con los que se compartió y con los cabecillas a los que se obedeció.

Ese cuerpo social, hecho desde el nosotros, habla de subjetividades propias de un contexto de guerra en el que la organización les permitió enfrentarse al Estado y hoy seguir con vida, el régimen militar cohesionó y dotó sus cuerpos para soportar el combate y la coyuntura.

Se reconoce también que el cuerpo de los excombatientes fue el primer y más importante ámbito de compromiso y deber para con la organización. Por medio de técnicas de adiestramiento corporal, tanto anatómicas que se adquirieron en los entrenamientos físicos como el manejar las armas o el combate propiamente dicho, y técnicas psicológicas y emocionales es que se logra preparar al cuerpo para vivir y sobrevivir a la vida en la insurgencia.

Por tanto, la corporalidad de cada excombatiente Farc presente en esta investigación es considerada como la ofrenda máxima a esa colectividad imperante en la guerra, dotándola de la noción de sacrificio. El cuerpo fue entrenado para llevar la bandera de la revolución, y aún la lleva. En palabras de Janeth, Valentina, “Gato”, Juan y Fernando: “nunca se deja de ser revolucionario, se lleva hasta la muerte” (Trabajo de campo, 2018).

El sacrificio, que atraviesa totalmente la corporalidad, se empieza a hacer consciente desde el momento de ingreso a la guerrilla, se mantiene presente, y posiblemente se

mantendrá así para toda la vida. Fue en los momentos de prestar guardia, y en los combates a muerte donde lo corporal adquiere el carácter colectivo con más fuerza.

Cuando se prestaba guardia se dimensionaba realmente el convertirse en los ojos y oídos de toda la organización, y velar por la seguridad tanto propia como colectiva. De allí la importancia que le daban Fernando y el “Abuelo” a estos momentos, o cuando Juan hablase de que no se podía pensar en otra cosa, había que estar totalmente concentrado en la guardia. De allí también que fue lo que más les costó adaptarse tanto a Janeth como a Valentina, pues era un ejercicio tedioso y de cierta complejidad física.

En los momentos de combate se tiene consciencia de que se puede morir, pero se va “a lo que se va” (Trabajo de campo, 2018), como decía Juan. Allí sus corporalidades se reconocen como un arma colectiva, que se estaba dispuesto a sacrificar por el bien común, por la ideología revolucionaria, gracias al entrenamiento físico y mental, y a lo enseñado por las figuras de mando, siendo Manuel Marulanda y Jorge Briceño los tratados en este texto.

Después de estos momentos, en la práctica se tomaba consciencia de una corporalidad colectiva, y en un modo de ser y estar en las Farc, de pertenecer a la organización, que privilegió siempre el ser parte de, por sobre un tener respecto a la materialidad.

En la reincorporación, sigue estando presente una memoria corporal guerrera, que se puede ver en el sueño liviano del que hablaba Juan, dormirse con un ojo despierto aún hoy en día, entendiendo que ya no hay combates, al menos en el Espacio. También en la noción de sacrificio y compromiso que adquirió el cuerpo en la guerra para con la colectividad.

Lugares y espacios como el restaurante, antigua rancho, las reuniones para estudiar lo acordado con el gobierno o para desarrollar proyectos productivos y su consecución en un trabajo diario o en la construcción de la infraestructura que no terminó el gobierno y corrió por cuenta de las Farc, hablan de que para algunos excombatientes el cuerpo sigue siendo una causa colectiva, construida desde y para los otros.

Por supuesto, hoy esa colectividad se torna más débil, pues la fuerza que le infringía el régimen militar ya no está, y como decían Fernando y el “Abuelo”, las generaciones más

jóvenes de las Farc no se las preparó de manera correcta en este aspecto, la preparación para ellos y ellas fue muy pobre y hoy son los primeros que se dispersan en diversos aspectos respecto a la unión y cohesión del gran grupo.

Sin embargo, las nuevas y antiguas generaciones de las Farc hoy se enfrentan a cambios que atraviesan sus corporalidades, y se reconoce que puede existir una aproximación menos compleja a espacios como el trato con el antiguo enemigo, la policía; con la población de Icononzo, con el dinero, las instituciones y los procedimientos bancarios, con las nuevas tecnologías o con el estudio y la consecución de los proyectos productivos, si la colectividad no se desvanece, o por lo menos se mantiene a pequeña escala.

Aquellos lugares donde la colectividad se hacía fuerte y el cuerpo adquiría en la práctica el carácter colectivo, hoy se han visto disminuidos. Brindar escenarios para fortalecer esa colectividad desde lugares en donde los excombatientes sigan encontrando en sus cuerpos una causa colectiva, hoy cuerpos desarmados que buscan expresarse y no ser silenciados por balas, según la presente investigación, podrían dar elementos esenciales en cuanto a una reincorporación que desde la institucionalidad aboga por esa misma colectividad fuerte y homogénea.

Así, se podría hablar, en términos de Restrepo (2018) de una paradoja en el proceso de reincorporación, en este caso desde la corporalidad. Reconociendo que la institucionalidad y la misma ruta de reincorporación abogan por la fuerza y la cohesión de la colectividad para que el proceso sea satisfactorio. Sin embargo, cómo se vio, el cuerpo colectivo Farc se torna difuso, y se manifiesta constantemente por esta población la poca confianza institucional y la incertidumbre en el proceso.

Sumado a ello, se reconoce que la ruta institucional o el denominado DDR dejan por fuera elementos como el cuerpo, en muchos casos homogenizando la experiencia de retornar a la civilidad de una población que, cómo se vio, hoy presenta una multiplicidad de rutinas y agencias que pueden ser analizadas desde esa corporalidad.

Los excombatientes manifiestan que entregaron la totalidad de las armas, sin embargo, se denota que no comparten categorías como exguerrilleros o excombatientes, ya que el sacrificio y el compromiso con la organización se llevarán para toda la vida, según los mismos implicados. Por supuesto, no es el mismo tipo de sacrificio, adaptación y reeducación corporal al ingreso a la organización frente a la reincorporación.

Hoy en día, los cuerpos que fueron diseñados para la vida en la insurgencia se ven enfrentados a una nueva realidad, en la que necesitan, entre otras, adquirir productividad desde la legalidad. Sin embargo, también requieren ser escuchados y tenidos en cuenta, no ser silenciados.

Aspectos como la poca atención a la experiencia de los excombatientes en elementos cruciales como la corporalidad en cuanto a su resocialización e incorporación a la cotidianidad actual, en la que ha ocurrido una transgresión a la rutina que guio sus proyectos de vida por mucho tiempo dan cuenta de ello.

Por tanto, se reconoce que el funcionamiento y lenguaje institucional de la reincorporación deja de lado aspectos como la necesidad de espacios en los que se brinde la posibilidad de nuevas adaptaciones y reeducaciones corporales, de ser necesarias o no, así como fortalecer la cohesión y unión entre excombatientes a partir de tales espacios.

Una completa reincorporación, a consideración propia, debe comprender tanto al sujeto colectivo como a los particulares que lo conforman y sus circunstancias. Reconociendo también que el cuerpo es un elemento depositario de la memoria en la guerra y un elemento relevante de identificación, relacionamiento y expresión. Hoy las corporalidades de los excombatientes que siguen en el proceso de paz se encuentran en ese proceso de aprendizaje de una nueva realidad, de unas nuevas reglas.

Si bien en la guerra los momentos de prestar guardia y los combates eran donde el cuerpo adquiría en mayor término esa dimensión colectiva, así como en el compartir en la rancho, en las noches frías construyendo hogares de paso o en las reuniones del partido

cuando los combates lo permitían, se plantea actualmente que esos espacios pueden ser de creación artística y deportiva.

Tanto espacios de creación artística, como la realización de talleres de música, teatro o danza, así como la realización de prácticas y eventos deportivos pueden ser agentes que busquen la cohesión del grupo, que la corporalidad que se torna individual en muchos casos encuentre su causa en lo colectivo, fortalecer la colectividad y por medio de ésta y tales espacios brinden la posibilidad de expresar su memoria propia, una memoria corporal colectiva.

Tanto la adaptación y resistencia corporal construidas para la guerra, hoy se ven enfrentadas a una nueva cotidianidad, a quizá tener que aprender de nuevo las reglas de convivencia, a una reeducación y resignificación corporal colectiva e individual.

Las nuevas subjetividades corporales presentes en la cotidianidad actual en el ETCR, tienen que ver con cuerpos que siguen siendo utilizados para construir una infraestructura, hoy en busca de estabilidad. Para el estudio y trabajo de diversos proyectos productivos que les exige responsabilidad y sacrificio, también hacia un colectivo como en la guerra, pero también para un futuro individual, para con una población receptora con la que se debe convivir, así como con la policía y las instituciones estatales que hoy busca reconocerlos como civiles.

Entonces, teniendo en cuenta el nuevo escenario y las nuevas prácticas y subjetividades desde el cuerpo en las que se ven envueltos los excombatientes, se reconocen que tales espacios en lo referente al arte y al deporte pueden brindar lugares para expresar su memoria colectiva, siendo el cuerpo un depositario de aquella, y brindándoles la posibilidad de encontrar espacios de reeducación corporal tanto individual como colectiva.

Lo anterior está relacionado por supuesto, también con la experiencia personal de quien realizó esta investigación, ya que la actividad deportiva como expresión me ha permitido construir y reconstruir constantemente la percepción y la configuración corporal en diferentes momentos de la vida, en diferentes contextos y diferentes situaciones.

De igual forma, las expresiones artísticas y los espacios en los que se puede ser, pensar o actuar, entre otras, me han permitido validar tales afirmaciones.

Hoy los cuerpos de los excombatientes que le apuestan a la paz, y siguen firmes con el actual proceso, pese a la situación desalentadora en cuanto a seguridad y salubridad, demuestran que no son cuerpos para la guerra como único fin. Lo fueron en su momento, hoy se busca que sean un arma colectiva de trabajo y expresión, desarmados y en constante proceso de reeducación, resignificación y adaptación.

Como decía Janeth y el “Abuelo”, quizá el cambio ha sido muy rápido, brusco, el cuerpo no está acostumbrado. Ha sido más difícil acostumbrarse a la vida civil que a la militar, pero se considera que brindando lugares para que la memoria colectiva sea expresada, se seguirá construyendo una paz desde una multiplicidad de voces y de cuerpos.

Por supuesto la consecución de estos espacios no acaba con la discusión, y su implementación sólo abrirá nuevas miradas y nuevos escenarios para analizar el proceso de reincorporación, que presenta un sinfín de dificultades.

5 REFERENCIAS

Abramovich, E. (agosto de 2018). “La implementación de paz con las FARC entra en su fase más difícil”. Periódico El Tiempo, Edición Digital. Bogotá, Colombia. www.eltiempo.com. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/politica/proceso-de-paz/la-implementacion-de-la-paz-con-las-FARC-entra-a-su-fase-mas-dificil-instituto-KROC-253526>

Agencia para la Reincorporación y la Normalización-ARN. (Marzo, 2018). “Informe de gestión del Cuatrienio, 2014-2018”. Bogotá Colombia.

Aranguren, J. P. (2006). Las inscripciones de la guerra en el cuerpo: evidencias de un sujeto implicado. *Revista colombiana de psicología*, 15(1), 103-112.

ARN EN CIFRAS. (2020). Agencia para la Reincorporación y la Normalización. Colombia. Recuperado de: <https://www.reincorporacion.gov.co/es/agencia/Documentos%20de%20ARN%20en%20Cifras/ARN%20en%20cifras%20corte%20abril%202020.pdf>

Cabrera, R., González, M. D. M., Goicochea, N., Guerra, P., Huicochea, L., Maqueda, P., ... & Romero, P. (2001). El cuerpo de los antropólogos físicos. *Estudios de Antropología biológica*, 10(1).

Castillejo-Cuéllar, A. (2013). Guerra, cotidianidad y los órdenes globales: notas antropológicas para una relectura de la violencia en Colombia. *Antropologías en Colombia: trayectorias, tendencias, y desafíos contemporáneos*, Universidad del Cauca, Popayán.

Castillejo, A. (2009). *Los archivos del dolor. Ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea*. Universidad de los Andes. Facultad de Ciencias Sociales. Centro de estudios Socioculturales (CESO). Ediciones Uniandes.

Cepeda, I. (2006). Genocidio político: el caso de la Unión Patriótica en Colombia. *Revista Cetil*, 1(2), 101-112.

Chona, C. (2020) Guerra en carne y hueso: concepción de la corporalidad mutilada en ex combatientes de las FARC y de ex militares de la fuerza pública colombiana. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Trabajo de grado, Maestría en educación para la paz.

Citro, S. (2009). *Cuerpos significantes: travesía de una etnografía dialéctica*. Biblos.

El Espectador, (2020). Excombatientes están fabricando tapabocas para atender emergencia del coronavirus. Bogotá, Colombia. El Espectador. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/coronavirus/excombatientes-estan-fabricando-tapabocas-para-atender-emergencia-del-coronavirus-articulo-911112>

El Espectador (2019). La responsabilidad por la muerte de Dimar Torres. En periódico El Espectador, de 29 de octubre de 2019. Disponible en: <https://www.elespectador.com/opinion/editorial/la-responsabilidad-por-la-muerte-de-dimar-torres-articulo-888364>

El País (2018). Se cumplen dos años de la firma del acuerdo de paz con las FARC. Redacción El país. Recuperado de: <https://www.elpais.com.co/proceso-de-paz/se-cumplen-dos-anos-de-la-firma-del-acuerdo-de-paz-con-las-FARC.html>

Espejo, G. (junio, 2018). “Desarme de las FARC: un año después”. RCN Radio. Bogotá, Colombia. www.rcnradio.com Recuperado de: <https://www.rcnradio.com/politica/desarme-de-las-FARC-un-ano-despues>

Ferrari, L. (2012). El construccionismo social y su apuesta: la psicología social histórica. *Recuperado el, 12.*

Ferreiro, A. (2002). Una perspectiva fenomenológica del cuerpo que danza. *Maya Ramos Smith y Patricia Cardona Lang (directoras), La danza en México. Visiones de cinco siglos, 1.*

Fisas, V. (2011) Introducción al Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR) de excombatientes. *Quaderns de Construcció de Pau, 24, 1-20.*

García, B. M. (2008). La investigación en la cotidianidad social desde la fenomenología. *Tiempo de educar, 9(17), 35-56.*

Gergen, K. J., Ferráns, S. D., & Mesa, A. M. E. (2007). *Construccionismo social: aportes para el debate y la práctica.* Bogotá: Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Psicología, CESO, Ediciones Uniandes.

Gobernado R. (1999). Individualismo y colectivismo en el análisis sociológico. *Reis, 9-25.* Universidad de Málaga.

Guber, R. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad* (Vol. 11). Editorial Norma. Bogotá.

Guerra, C. T., Villarreal, L. F. G., & Rodríguez, L. G. (2008). Desmovilización y convivencia local: el punto de vista de las comunidades receptoras. *Diversitas*, 4 (2).

Gutiérrez Loaiza, Alderid (2012). Negociaciones de paz en Colombia, 1982-2009. Un estado del arte. En *Revista de Estudios Políticos*, ISSN: 0121-5167, núm. 40, enero-junio, 2012, pp. 175-200 Instituto de Estudios Políticos Medellín, Colombia.

Herrera, D. (marzo, 2018). “Reincorporación de las FARC-Ep: ¿Innovación posconflicto o más de lo mismo?”. Zero. Bogotá, Colombia. zero.uexternado.edu.co Recuperado de: http://zero.uexternado.edu.co/reincorporacion-de-las-FARC-ep-innovacion-posconflicto-o-mas-de-lo-mismo/#_ftnref1

Iñiguez, H. G. (2004). *La "reflexión" cotidiana: hacia una arqueología de la experiencia*. Editorial Universitaria.

Jiménez, Y. F., Gutiérrez, M. R., & Angulo, R. M. B. (2015). La unidad en la guerra de 1895: Aproximación al estudio desde la cotidianidad en Holguín. *LUZ*, 14(1), LUZ, 2015, vol 14. 1-13.

KROC Institute. (febrero, 2019). “Tercer informe sobre el estado efectivo de implementación del acuerdo de paz en Colombia”. Universidad de Notre Dame. Escuela Keough de Asuntos Globales. Bogotá, Colombia.

KROC Institute. (junio, 2020). “Cuarto informe sobre el estado efectivo de implementación del acuerdo de paz en Colombia”. Universidad de Notre Dame. Escuela Keough de Asuntos Globales. Bogotá, Colombia.

Lara Salcedo, L. M. (2016). ¿Y después de la guerra qué? Avatares en el tránsito a la vida civil de jóvenes desmovilizados de las FARC. *universitas humanística*, (82).

Lara, L. M. (2011). Configuración de las subjetividades en el tránsito a la vida civil de jóvenes desmovilizados de las fuerzas armadas revolucionarias de Colombia-FARC. *Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional*.

Laverde Palma, Juan David (2019). Radiografía de las disidencias de las FARC. En *Periódico El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/radiografia-de-las-disidencias-de-las-FARC-articulo-882226>

Lindón, A. (2014). Narrativas autobiográficas, memoria y mitos: una aproximación a la acción social. *Economía Sociedad y Territorio*.

Londoño, R. (2011). Juan de la Cruz Varela. Sociedad y política en la región de Sumapaz (1902-1984). *Bogotá: Universidad Nacional de Colombia*.

Londoño, L. M. (2005). La corporalidad de las guerreras: una mirada sobre las mujeres combatientes desde el cuerpo y el lenguaje. Universidad de los Andes. Facultad de Ciencias Sociales.

Lupton, D. (2012). La medicina como cultura: la enfermedad, las dolencias y el cuerpo en las sociedades occidentales. Universidad de Antioquia.

Marín González, K., & Espinosa Menéndez, N. (2017). Normalización sin transición: la dimensión territorial del proceso de paz en la Zona Veredal de Transición y Normalización (ZVTN) de La Macarena. *El Ágora USB*, 17(2), 441-461. <https://doi.org/10.21500/16578031.3281>

Maya, N. (15 de agosto, 2018). “La implementación avanza, pero la sostenibilidad de la paz enfrenta varios riesgos”. Hacemos Memoria. Bogotá Colombia. hacemosmemoria.org Recuperado de: <http://hacemosmemoria.org/2018/08/15/informe-implementacion-acuerdo-paz-2/>

Mesa, J. D. (2017). Hacia una nueva mirada de la reintegración de desmovilizados en Colombia: conceptos, enfoques y posibilidades. *Revista CS*, 23, pp. 105-133.

Navarro, A. (2001). La desmovilización del M-19, diez años después. *Haciendo paz: reflexiones y perspectivas del proceso de paz en Colombia*, 66-75.

Padilla, Angélica (2016). Normalizar el conflicto y des-normalizar la violencia: retos y posibilidades de la enseñanza crítica de la historia del conflicto armado colombiano. En *Revista Colombiana de Educación* (Bogotá). No. 71 (Jul/Dic. 2016) p. 219-251

Pérez, A. L. (2017). Los cuerpos de la Guerra. Análisis de los procesos de construcción corporal y subjetiva en los militantes. *El Ágora USB*, 17(1), 192-210.

Presidencia de la República. (23 de marzo, 2018). “Colombia debe darles a quienes dejaron las armas la posibilidad de una adaptación exitosa a la vida civil”. Presidencia de la República. Bogotá, Colombia. es.presidencia.gov.co Recuperado

de:<http://es.presidencia.gov.co/noticia/180323-Colombia-debe-darles-a-quienes-dejaron-las-armas-la-posibilidad-de-una-adaptacion-exitosa-a-la-vida-civil>

Piñeros López, D. M. (2012) Construyendo y re-construyendo al sujeto excombatiente. El futuro y sus anclajes en los relatos de excombatientes de organizaciones armadas irregulares. Tesis para optar por el título de Psicóloga. Ciudad: Bogotá. Universidad Externado de Colombia. Programa de Psicología.

Quishpe, R. (2018). Los excombatientes y la memoria: Tensiones y retos de la memoria colectiva construida por las FARC en el posconflicto colombiano. *Análisis Político*, 31(93), 93-114.

Rcn Noticias. (junio de 2018). “A la fecha, sólo el 61% de los acuerdos tiene buen futuro, dice informe del Instituto KROC”. Noticias RCN. Bogotá, Colombia. www.noticias.canalrcn.com. Recuperado de: <https://noticias.canalrcn.com/nacional-pais/fecha-solo-el-61-los-acuerdos-tiene-buen-futuro-dice-informe-del-instituto-KROC>

Rico T. A. (2019). “Hermana de Dimar Torres dice desconocer qué motivo su asesinato”. Rcn Radio. Bogotá, Colombia. Recuperado de: <https://www.rcnradio.com/judicial/hermana-de-dimar-torres-dice-desconocer-que-motivo-su-asesinato>

Restrepo, Vanesa (2016) Antioquia tendrá tres zonas de ubicación y un campamento. En Periódico *El Colombiano*, 24 de junio de 2016. Disponible en: <https://www.elcolombiano.com/colombia/paz-y-derechos-humanos/antioquia-tendra-tres-zonas-de-ubicacion-para-las-FARC-ID4454138>

Redacción Colombia (2019). Iván Márquez, "Santrich", "El Paisa" y "Romaña" vuelven a la guerra. En periódico *El Espectador*, 29 de agosto de 2019. Disponible en: <https://www.elespectador.com/colombia2020/pais/ivan-marquez-santrich-el-paisa-y-romana-vuelven-la-guerra-articulo-878350>

Redacción Política, *El Espectador*, (2017). Fin definitivo a la dejación de armas de las FARC. En periódico *El Espectador*, 22 de septiembre de 2017. Disponible en: <https://www.elespectador.com/colombia2020/pais/fin-definitivo-la-dejacion-de-armas-de-las-FARC-articulo-855801>

Redacción Paz, El Tiempo (2017). 'Queremos el perdón y la reconciliación de Colombia': Timochenko. En periódico El Tiempo, de 1 de septiembre de 2017. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/politica/partidos-politicos/farc-lanza-su-partido-politico-en-plaza-de-bolivar-126322>

Restrepo, M. A. (2019). Las paradojas del tránsito: la experiencia de la verdad y el relato en los excombatientes de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). *Revista de Estudios Colombianos*, 53.

Revista Semana. (noviembre, 2017). "El corte de cuentas a la paz". Redacción Revista Semana. Bogotá Colombia. www.semana.com Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/acuerdo-de-paz-informe-instituto-KROC-de-la-universidad-de-notre-dame/547368>

Revista Semana. (septiembre, 2018) "Ni el éxito del proceso está garantizado, ni el riesgo de no retorno al conflicto ha desaparecido". Redacción Revista Semana. Bogotá Colombia. www.semana.com Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/segundo-informe-del-instituto-KROC-sobre-la-implementacion-fue-publicado/578866>

Rojas, M. (2007). Plan Colombia II: ¿Más de lo mismo?. *Colombia internacional*, (65), 14-37.

Romero Picón, Yuri & Chávez Plazas, Yuri (2008). El juego de la guerra, niños, niñas y adolescentes en el conflicto armado en Colombia. *Tabula Rasa*, (8), 197-210. [fecha de consulta 27 de abril de 2020. ISSN: 1794-2489. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=396/39600810>

Salcedo, L. M. L., & Salazar, R. D. (2010). Trasegar de las subjetividades y las memorias de las y los jóvenes desmovilizados en el tránsito a la vida civil. Una mirada a los programas educativos y de apoyo psicosocial. *Universitas humanística*, 70(70).

Santos Herceg, J. (2014). Cotidianidad: trazos para una conceptualización filosófica. *Alpha (Osorno)*, (38), 173-196.

Selgas, F. J. G. (1994). El "cuerpo" como base del sentido de la acción social. *Reis*, 41-83.

Tickner, Arlene (2019). Blindaje internacional. *En periódico El Espectador*, de 10 de marzo de 2019. Disponible en: <https://www.elespectador.com/opinion/blindaje-internacional-columna-845828>

Valencia, John Gregory y Botero Caicedo, Yuli Andrea (2018). Posiciones básicas entorno a la desmovilización, desvinculación, reincorporación, reinserción en el marco de la reintegración de excombatientes La reintegración de excombatientes... Un marco de situaciones. En *La reconciliación, la paz y sus devenires sociales: lugares para mirar al sujeto ex combatiente*. Belalcazar y Botero (comp.) Universidad Libre, Colombia.

Valencia Agudelo, Germán Darío. (2019). Reincorporación territorial en Colombia. *Estudios Políticos*, (56), 9-16. <https://dx.doi.org/10.17533/udea.espo.n56a01>

Valenzuela, A. F. (1997). La vivencia en circulación. Una introducción a la antropología de la experiencia. *Alteridades*, 7(13), 5-15.

Vélez, M. (2007). De la inserción laboral a la inclusión social de los desmovilizados en la búsqueda de la paz en Colombia. *EL PRESENTE DEL FUTURO DEL TRABAJO II*, 879.

Villamil Benavides, A. M. (2019). *La metáfora de la corporalidad en la guerra como dispositivo narrativo resiliente: Relatos de un excombatiente de la guerra de las FARC-EP* (Doctoral dissertation). Universidad de Cundinamarca.